



GENERAL

LIGUEL MIRANDA



F1233

.M573

A7

V
009587
M



1080017882



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



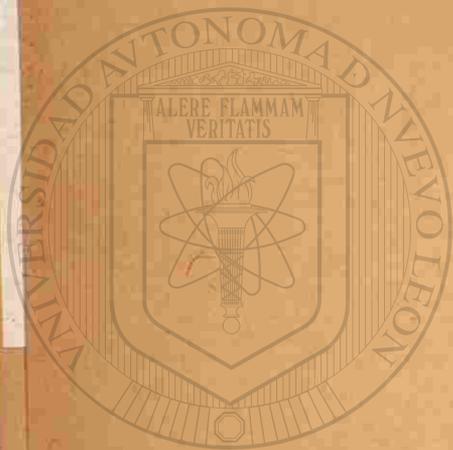
FON. 210
VALVERDE Y TELLEZ

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Doña María José

Junio 30 de 1915

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



EL GENERAL
MIGUEL MIRAMÓN

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





EL GENERAL

MIGUEL MIRAMON.

RECTIFICACIONES Y ADICIONES
A LA OBRA DEL SR. D. VICTOR DARÁN,
TITULADA
"NOTAS SOBRE LA HISTORIA DE MÉXICO"

POR

ROMAN ARAUJO.

(Edición de *El Tiempo*.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

MEXICO.

Imp. de "El Tiempo," 1^a de Maones, 20,

1887.

Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

038353

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

V
923
M



FONDO METEORIO
VALVERDE Y TELLEZ

Es propiedad del autor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

038820

INTRODUCCION.

Desde que se anunció por los periódicos europeos la publicación de una obra escrita en francés por el Sr. D. Víctor Darán, con el título de «El general Miguel Miramon—Notas sobre la Historia de México,» tuvimos deseos de conocerla, y al cabo de algun tiempo vino á nuestras manos un ejemplar de la edición hecha en Roma por D. Eduardo Perino. Entónces la leimos con el mayor detenimiento, pues cuanto se escriba referente á los sucesos que tuvieron por epilogo el drama del Cerro de las Campanas, tiene que excitar el mayor interés, pues aun cuando han trascurri-

000587

do ya cuatro lustros, sin embargo, siempre se conservará la memoria de las ilustres víctimas del 19 de Junio de 1867.

El Sr. D. Víctor Darán, á quien tuvimos el gusto de conocer en 1870, empleado en la casa de Banco de los Sres. Martin, Darán y C^a, vino á México cuatro años ántes, en vísperas de desplomarse el imperio del infortunado príncipe Maximiliano; por lo tanto, no tuvo oportunidad de conocer á los personajes que figuraron en aquella época, y para formar sus «Apuntes históricos» ha tenido que valerse de las diversas obras publicadas y sobretodo, de los datos que le proporcionó la Sra. D^a Concepcion Lombardo de Miramon, escritos unos por su mismo esposo, y otros, quizá la mayor parte, por el general D. Manuel Ramirez de Arellano.

Desde las primeras páginas de la obra del Sr. Darán, nótase el deseo de que en Europa, á donde no se conoce

nuestra historia y tan mal concepto se tiene de nuestros hombres públicos, sean cuales fueren sus opiniones, aparezca el general Miramon como un héroe singular. Muy loable es tal deseo, y no lo censurariamos, si para lograrlo no se faltara á la verdad histórica y no se sacrificara injustamente la reputacion militar de muchos generales y jefes distinguidos, que despues de luchar con la mayor abnegacion, lealtad y constancia por el triunfo de su credo político, duermen el sueño eterno ó viven enteramente alejados de la escena pública.

En nuestro humilde concepto, la obra del Sr. Darán ha sido escrita bajo las inspiraciones de la respetable Sra. Viuda de Miramon, quien, no está por demás decirlo, cuando vino á México por los años de 79 á 80, invitó á varios de amigos para que hiciesen este trabajo, no habiéndolo aceptado por motivos que no creemos del caso referir.

Además de las injusticias que ya dejamos señaladas, hay algunos errores y vacíos, por lo cual, no obstante nuestra escasa capacidad, vamos á rectificarlos y procuraremos que cada personaje quede en su lugar, sin rebajar el mérito que justamente corresponde al general D. Miguel Miramon, quien si cometió algunos errores, hijos de su juventud é inexperiencia, tuvo una muerte muy gloriosa en el Cerro de las Campanas, mezclando su sangre, como dice muy bien el Sr. Darán, con la de su soberano y la del valiente general Mejía.

Existiendo aún muchísimas personas que figuraron en la época que abraza el libro del Sr. Darán, y honrándonos algunas de ellas con su amistad, les hemos consultado multitud de puntos, hemos examinado varios archivos particulares, tomando cópia de documentos interesantes, y por último, hemos leído con el mayor detenimiento muchas obras

históricas escritas por personas de ambos partidos, liberal y conservador, á fin de podernos formar mejor juicio. No obstante todo esto, nuestro trabajo tiene que ser muy imperfecto, y podemos tambien caer en algunas equivocaciones, pero siendo de buena fé, estamos dispuestos á corregirlas cuando se nos señalen.

México, Abril de 1887.

PRIMERA PARTE.

CAPÍTULO I.

*Nacimiento del general Miguel Miramón.—
Sus padres y hermanos.—Independencia de
México.—Decapitación del general Itur-
bide.—Cuestión de Texas.*

D. Miguel Miramón nació en la ciudad de México, el día 17 de Noviembre de 1831, siendo fruto del matrimonio del Sr. D. Bernardo Miramón y de la Sra. D^a María del Carmen Tarelo (1)

(1) Hé aquí la fé de bautismo del general D. Miguel Miramón.

"En veintiuno de Noviembre de mil ochocientos treinta y uno, yo el Bachiller D. Agapito Guiol (V. P.) y con condición por haberse echado el agua al tiempo de nacer, bauticé solemnemente en esta parroquia de la Santa Veracruz, á un infante que nació el día diez y siete, á quien puso por nombre Miguel, Gregorio de la luz Atenógenes, hijo legítimo y de legítimo matrimonio del teniente coronel D. Bernardo Miramón y de D^a María del Cásmen Tarelo, nieto por línea paterna "del capitán D. Bernardo Miramón y D^a Josefa Arreco-

El Sr. D. Bernardo fué soldado del vireinato español, llegando á general de brigada del Ejército Mexicano. Desempeñó varios puestos, entre ellos el de ministro del Supremo Tribunal de la Guerra durante la última administración del general Santa Anna.

Los hermanos de Miguel fueron: José Bernardo, que falleció en Chihuahua, Mariano, que sucumbió en la Habana víctima del vómito, Joaquin, fusilado en Tepetates en Febrero de 1867 y Carlos, que vive en la actualidad.

Llama la atención que todos los hermanos Miramon hayan abrazado la carrera militar, quizá porque á ella pertenecieron su abuelo paterno, su padre y sus tíos D. Joaquin y D. Angel.

"quibar, y por la materna de D. José Antonio Tarello y de D.^a Ana Segundo de la Calleja. Fueron sus padrinos el teniente coronel D. Joaquin Miramon y D.^a Mariana Gorriño y Miramón, á quienes advertí su obligacion y parentesco espiritual. Y para que conste, firmo *Dr. José María Aguirre, Agapito Guiol.*"

Antes de hablar del ingreso al Colegio Militar del jóven Miguel y del asalto del Castillo de Chapultepec el 12 de Setiembre de 1847, dia en que recibió su bautismo de fuego, creemos conveniente retroceder unos veintiseis años para ocuparnos de la consumacion de la Independencia y de la cuestion de Texas, puesto que este fué el origen de la malhadada guerra que nos trajeron los americanos.

El memorable 27 de Setiembre de 1821, se efectuó la independencia de nuestra patria, llevándole á feliz término en una campaña de siete meses, sin efusion de sangre, el generalísimo D. Agustín de Iturbide, llamado justamente el libertador de México, mal que pese á sus enemigos; pero algun tiempo despues, los mismos caudillos que le ayudaron en su empresa, y á quienes habia favorecido, lo derrocaron del tro-

zo y desterraron del país que hizo libre con la punta de su espada.

Un año más tarde, el ex-emperador tuvo la debilidad de volver á la República, presentándose al general D. Felipe de la Garza, jefe de las armas en Tamaulipas, pero este señor, que sin faltar á sus deberes como soldado y obrando solo como caballero, pudo haberlo salvado haciéndole conocer el decreto de proscripción que existía contra él, y rembarcándolo, lo entregó á la Legislatura del Estado. Componíase entonces de los Sres. presidente D. José Antonio Gutierrez de Lara; vicepresidente, D. Miguel de la Garza García; presbítero, D. José Eustaquio Fernández; presbítero, D. José Echandía; español, D. Juan Bautista de la Garza, D. José Antonio Barron, D. Bernardo Gutierrez, D. José Ignacio Gil y D. José Feliciano Ortiz é inmediatamente se

reunieron en Padilla el 18 de Julio de 1824 y acordaron la decapitación del Libertador de México, que tuvo lugar el día siguiente, olvidando sus méritos y servicios para emanciparnos de nuestra madre España.

La misma legislatura, en sesión del 20 de Julio, declaró *Benemérito del Estado* al general Garza.

Bajo el imperio de Iturbide, en 1821, Texas quedó como provincia gobernada por un jefe político y militar, y al expedirse la Carta federal de 4 de Octubre de 1824 por el Congreso constituyente, presidido por Don Lorenzo de Zavala, se formó, según el art. 7º, el Estado interno de Oriente con las provincias de Coahuila, Nuevo Leon y Texas. Este último se subdividió en tres departamentos, que fueron Béjar, Brazos y Nacogdoches.

Antes de hacerse la independencia

el virey D. Juan Ruiz de Apodaca concedió al súbdito norteamericano Moisés Austin permiso para establecer sobre la orilla derecha del Rio Brazos, á distancia de treinta leguas de la costa, una colonia compuesta de trescientas familias, con la condicion de que habian de ser católicas, de buenas costumbres y moralidad, pero habiendo fallecido el concesionario el 10 de Junio de 1821, su hijo Estéban comenzó á llevar á efecto la colonizacion, teniendo que suspenderla con motivo del cambio de gobierno en México.

El año de 1823, despues de la caída del emperador Iturbide, el nuevo Poder Ejecutivo, compuesto de D. Pedro Celestino Negrete, D. Mariano Michelena y D. José Miguel Domínguez, (los dos últimos como suplentes de los generales Don Nicolás Bravo y Don Guadalupe Victoria, que se encontraban ausentes),

ratificó la concesion heredada por Estéban Austin, dándole amplísimas facultades para el progreso y seguridad de la colonia y á mayor abundamiento el despachó de coronel del ejército mexicano.

Dos años más tarde, la legislatura del Estado libre, soberano é independiente de Coahuila, por medio de una ley mandó admitir en la provincia de Texas, sin restriccion alguna, como colonos, á toda clase de extranjeros, concediéndoles tierras con muchas libertades y franquicias, siendo una de ellas la excencion de contribuciones por diez años. " Aquellas fértiles llanuras, dice " el historiador Don Juan Suarez Navarro, regadas por caudalosos rios, se " poblaron instantáneamente, ocupando " cada uno de los pobladores los terrenos que más les acomodaban: aventureros de todas las naciones reco-

« rriendo el país con su rifle al hombro
 « y su bolsa de municiones, ¡hé aquí to-
 « da su industria y capital! Criminales
 « y vagamundos vinieron á Texas, alen-
 « tados por la prosperidad de la colo-
 « nia y por las franquicias que disfruta-
 « ban los nuevos pobladores. Al abri-
 « go de tales exenciones, nuestros de-
 « partamentos fronterizos se dedicaron
 « á vivir del contrabando, y en poco
 « tiempo el mercado del interior se lle-
 « nó de efectos de todo género, con per-
 « juicio del erario nacional. »

El gobierno norteamericano, ávido de
 ensanchar su territorio á costa nuestra,
 con la mayor astucia protegía la colo-
 nización de Texas, y unos veinte em-
 presarios, todos súbditos de aquella na-
 cion, poblaron con numerosas familias
 la línea occidental de los Ríos Colora-
 do y Brazos, las inmediaciones de Na-
 cogdoches y el arroyo Navasato, y ya

en 1830 los colonos se encontraban en
 una actitud respetable que puso en alar-
 ma al presidente de la República Me-
 xicana D. Anastasio Bustamante. Con
 objeto de remediar el mal y por inicia-
 tiva del entendido hombre de Estado,
 Don Lucas Alaman, que tenia á su car-
 go la cartera de Relaciones, se expidió
 el 6 de Abril del mismo año una ley
 prohibiendo colonizar á los extranjeros
 cuyo territorio colindara con el de Te-
 xas; y á consecuencia de esta disposi-
 cion se suspendieron los contratos que
 estaban pendientes y fueran opuestos á
 dicha ley. Para hacer cumplir esta, fué
 nombrado el distinguido y valiente ge-
 neral D. Manuel de Mier y Terán, quien
 á la cabeza de los batallones 11^o y 12^o
 de infantería y el 9^o cuerpo de caballe-
 ría, penetró en el territorio de Texas,
 estableciendo destacamentos militares y
 nombrando autoridades, sobre todo en

las aduanas de Galveston, Matagorda y Velazco.

Los colonos, acostumbrados á vivir á su antojo, no pudieron ver con ojos serenos las medidas dictadas por el gobierno mexicano, proponiéndose proclamar abiertamente su independencia. Uno de los que les prestaron aliento para dar este paso, fué D. Lorenzo de Zavala, que como ya hemos dicho, tuvo la presidencia del Congreso constituyente al expedirse la Carta federal de 1824.

El Sr. Zavala era natural de Yucatan y uno de los talentos más esclarecidos de aquella época, pero desgraciadamente para nuestro país, se prestó á servir de instrumento al funesto ministro americano Poinsett. Este señor le sugirió la formación de las logias yorkinas, para hacer contrapeso á las escocesas, con lo cual se sembró la anarquía

que era lo que anhelaba el gabinete de la Casa Blanca con su política artera y mezquina.

Ya hemos dicho que el gobierno americano deseaba la independencia de los texanos, por lo cual los favorecía secretamente enviándoles armas, municiones y los pertrechos de guerra necesarios; así es que pronto se pusieron en pie numerosas fuerzas y obligaron á capitular á nuestras guarniciones de San Antonio Bejar y del fuerte de Velazco, retirándose la primera al mando del coronel D. Martín Cos para Laredo y la segunda á las órdenes del teniente coronel D. Comingo Ugarte, para el puerto de Matamoros.

Dueños los colonos de todo el territorio de Texas, sin ninguna fuerza mexicana, proclamaron su independencia formando una república con D. Samuel Houston (norteamericano), de presiden-

te y D. Lorenzo de Zavala (yucateco), de vicepresidente, preparándose desde luego para la lucha, pues comprendían perfectamente que el gobierno de México enviaría un numeroso ejército para someterlos á su obediencia.

CAPITULO II.

Pronunciamiento de Zacatecas y derrota del gobernador García.—Campana de Texas.

En 1835, el general D. Antonio López de Santa Anna ocupaba la presidencia de la República, y el Congreso, con el fin de limitar el poder de los Estados, mandó, por una ley expedida el 31 de Marzo de ese año, que «la milicia cívica de los Estados, distritos y territorios, se redujera á lo que diera la base de un miliciano por cada quinientos habitantes, organizada conforme á la ley de la materia.» Varios gobernadores protestaron contra esta disposición, considerándola atentatoria á su soberanía, y al fin se conformaron, á excepción de D. Francisco García, gobernador de

te y D. Lorenzo de Zavala (yucateco), de vicepresidente, preparándose desde luego para la lucha, pues comprendían perfectamente que el gobierno de México enviaría un numeroso ejército para someterlos á su obediencia.

CAPITULO II.

Pronunciamiento de Zacatecas y derrota del gobernador García.—Campana de Texas.

En 1835, el general D. Antonio López de Santa Anna ocupaba la presidencia de la República, y el Congreso, con el fin de limitar el poder de los Estados, mandó, por una ley expedida el 31 de Marzo de ese año, que «la milicia cívica de los Estados, distritos y territorios, se redujera á lo que diera la base de un miliciano por cada quinientos habitantes, organizada conforme á la ley de la materia.» Varios gobernadores protestaron contra esta disposicion, considerándola atentatoria á su soberanía, y al fin se conformaron, á excepcion de D. Francisco García, gobernador de

Division de vanguardia: jefe general D. Joaquín Ramirez y Scsma.

• Batallones de infantería Jimenez, Matamoros y Activo de San Luis.

• 8 piezas de artillería.

• Regimientos de caballería de Dolores, Veracruz, Coahuila y Presidial.

• Total: 1541 hombres.

• Primera brigada de infantería: general D. Antonio Gaona.

Batallones de Zapadores, Aldama, activos de Querétaro y Toluca, Auxiliares de Guanajuato y Presidiales. Además, una batería de 6 cañones.

Total: 1,600 hombres.

Segunda brigada de infantería: general Eugenio Tolsa.

• Batallones de Morelos, Guerrero, Activos de México, Tres Villas y Guadalupe y una batería de 6 piezas.

Total: 1839 hombres.

Brigada de caballería: general D. Juan José Andrade.

Regimientos permanente de Tampico y Activo de Guanajuato con 437 hombres.

Seccion Urrea: general D. José Urrea.

Batallon activo de Yucatan y piquetes de varios cuerpos de infantería y caballería y una pieza de artillería.

Total: 600 hombres:

El general en jefe con la division de vanguardia ocupó á San Antonio Bejar el 23 de Febrero, y tan pronto como llegaron los batallones Zapadores, Aldama y Toluca, pertenecientes á la primera brigada de infantería, el general Santa Anna, con 1,400 hombres escogidos, se preparó á obrar sobre la fortaleza del Alamo, á donde se habian refugiado los rebeldes al mando de Bowiez, Travis y Crockett.

El 6 de Marzo se emprendió el asalto, tomándose el fuerte, pero con una pérdida por parte nuestra de 26 oficia-

les y 258 soldados, muertos ó heridos. Los enemigos perecieron todos, pues, como dice el general Santa Anna en su parte, los que no murieron en el combate y « quisieron escapar de las bayonetas de la infantería, fueron á caer « bajo los sables de la caballería. » Entre los heridos nuestros se encontraban los coroneles D. Benito de Zenea y D. Francisco Duque de Estrada, jefe este último del Batallon de Toluca, y no obstante su mucha gravedad « desde el « suelo en donde estaba postrado, pisoteado de sus mismos subordinados, los « alentaba al asalto. »

Un subteniente de aquel batallon, y que hoy es general del ejército, nos ha referido que el sargento primero Vicente Serrano, cayó al suelo con el pecho traspasado por una bala y apoyándose con su fusil que tenia en la mano derecha, gritaba á sus muchachos: *adentro*

Toluca, no pierdas el fama, y á poco de pronunciar estas palabras espiró gloriosamente.

Algunos historiadores aseguran que los defensores del fuerte del Alamo estaban dispuestos á rendirse si se les garantizaba la vida, pero segun nos manifiestan algunos testigos presenciales, que son dignos de toda fé, nunca hicieron tal proposicion; si el general Santa Anna desplegó contra ellos el mayor rigor, fué por no dejar ningun enemigo á retaguardia y poder continuar sin obstáculos la campaña.

Dice el Sr. Roa Bárcena, en su obra ya citada, que el plan del general en jefe fué el hacer obrar varias brigadas ó secciones, por centro, izquierda y derecha, sobre Goliath, el Cópamo y demás puntos de la costa y de la línea de Béjar á Bastrop, para que afluyeran en seguida al cuartel general, que se establecería en San Felipe de Austin.

El general Urrea y el coronel D. Juan Morales se apoderaron del fuerte de Goliat y habiéndolo abandonado el coronel Faning, se lanzaron en persecucion de éste, dándole alcance el 20 de Marzo y lo hicieron prisionero con 400 de sus soldados.

Y nos es penoso decir que el general Santa Anna mandó fusilar á todos, y como quiera que ya el general Urrea ya les había garantizado la vida, el primero insistió en la ejecucion, mandando á su ayudante el general Miñon para que la presenciara y diera parte de su cumplimiento.

Todas las operaciones del ejército iban siendo ejecutadas con buen éxito, pero el rigor desplegado era terrible: las poblaciones fueron entregadas á las llamas por los vencedores, y la muerte era la que esperaba á los prisioneros, así es que los Tejanos, al ver que no se les da-

ba cuartel, se propusieron vender caras sus vidas, para lo cual contaban con los auxilios de los Estados Unidos, al grado de que en Nueva Orleans se enganchaban públicamente una multitud de aventureros.

El 7 de Abril llegaron los generales Santa Anna y Filisola á San Felipe de Austin, donde por un prisionero supieron que Houston, presidente de la llamada república tejana, se encontraba con 800 hombres á 15 leguas de allí, « con intenciones de retirarse al río « Trinidad, si los mexicanos atravesaban el « Brazos. »

El día 9 salió el general Santa Anna de Austin, con 100 hombres, y despues de batir un destacamento enemigo se posesionó del paso de Thompson, donde se le incorporó el 13 el general Ramírez y Sesma con sus fuerzas. Dejando á éste y al general Filisola, salió el

14 en la tarde con 700 soldados y una pieza de artillería. La marcha hecha por pantanos y arroyos, fué sumamente penosa, y al día siguiente á las doce de él, llegó la division acosada por el hambre y la sed á una magnífica hacienda de campo, en la que habia todo lo necesario. El general en jefe mandó hacer alto, se dió un excelente rancho á la tropa, y despues de tres horas de descanso, se continuó la jornada, llegándose á las once de la noche á Harrisbourg. Por dos impresores norteamericanos aprehendidos, se supo que en la mañana de ese mismo día se habian marchado para Galveston, D. Lorenzo de Zavala y demás individuos que formaban el titulado gobierno tejano.

El coronel D. Juan N. Almonte, hijo del ilustre D. José María Morelos, á cuyo lado comenzó su carrera militar, llegando en 1853 á la más alta graduacion

en el ejército, fué enviado de Harrisburg el día 16 de Abril en la tarde, sobre New-Washington al frente de la caballería, y el 17 tomó la misma direccion la infantería mandada por el mismo general Santa Anna. En la noche á las diez, sin saber siquiera el camino que se llevaba, se desató un aguacero torrencial, y nuestros valientes y heroicos soldados tuvieron que sufrir el agua sobre su puesto, pasando el resto de la noche. Al amanecer del 18 continuó la division, con la ropa empapada, llegando al medio día á New-Washington, donde por fortuna pudo surtirse de harina, jabon, tabaco y otra porcion de víveres. Además, el coronel D. Pedro Delgado (1) pudo conseguir en las in-

(1) El Sr. Delgado publicó una relacion muy minuciosa sobre la expedicion de Texas, y varios historiadores la han reproducido íntegra. Nosotros tambien nos servimos de ella, así como de la obra del Sr. Roa Bárcena, que ya hemos citado y

mediaciones más de cien cabezas de ganado.

El 20 tuvo noticia el general en jefe por el capitán Barragan á quien habia destacado la tarde anterior en observacion del enemigo, que Houston acababa de llegar al paso de Linchburg, á tres leguas de New-Washington. El general Santa Anna en el momento de oír el mensaje del capitán Barragan, salió con la mayor precipitacion en busca de los tejanos, cuyas avanzadas se encontraron á las dos de la tarde á la orilla de un gran bosque, donde se ocultaba el grueso de la fuerza. Aunque el general en jefe quiso atacarle inmediatamente no pudo descubrir su escondite y ordenó que la compañía de Toluca la estuviera tiroteando, así como que la

de los informes verbales que nos han dado algunos presenciales, que recuerdan muy bien los acontecimientos al cabo de medio siglo.

única pieza de artillería que se llevaba, se situara en una lomita para romper el fuego sobre el enemigo.

El general Santa Anna se marchó de allí para reconocer el terreno, y acampó con el resto de las fuerzas á una milla de distancia sobre la orilla de la laguna de San Jacinto. Poco despues ordenó se retirara la compañía de Toluca y el cañon de artillería, siendo perseguida por una fuerza enemiga de caballería que á la vez lo fué por una partida nuestra de dragones, trabándose un combate á la arma blanca.

El siguiente dia, 21, se incorporó el general D. Martín Cos con 400 infantes pero como no habian comido ni dormido durante 24 horas, se les permitió acostarse y lo mismo hicieron el general Santa Anna y sus tropas, pues todos estaban muy fatigados, quedándose de vigilante el general Castrillon. A las

cuatro y media de la tarde en que todos dormían, no estando nadie en su puesto, el enemigo avanzó sobre la línea de la derecha, en número de mil hombres formando una columna de ataque con dos piezas de artillería. Nuestras tropas y sus jefes se levantaron inmediatamente, poniéndose sobre las armas, pero como todo era confusión, la derrota fué completa, muriendo el general Castrillon y los coroneles Batres y Treviño. Cayeron prisioneros 600 soldados y considerable número de jefes y oficiales, contándose entre ellos el general D. Martín Cos y los coroneles Almonte y Delgado. El general Santa Anna pudo huir, pero fué aprehendido por una partida de tejanos, presentándose al vencedor á las dos de la tarde del día 22. Como el general iba disfrazado, no se sabía quien era, y se nos asegura por testigos presenciales de

aquella campaña, que el funesto D. Lorenzo de Zavala fué quien lo dió á conocer.

El general Santa Anna, que tanta gloria conquistó en las riberas de Pánuco el 11 de Setiembre de 1829, al caer prisionero en San Jacinto tuvo la debilidad de acceder a las pretensiones de los vencedores, y ordenó á su segundo en jefe el general Filisola se retirara al otro lado del Rio Colorado, dejando así libre el territorio á los colonos usurpadores, y el 14 de Mayo siguiente firmó con Houston un tratado, obligándose á no volver á tomar las armas contra los tejanos, é influir en que no se enviasen tropas de México en tanto que nuestro gobierno no llegaba á reconocer la independencia de Texas.

Conforme al derecho de gentes ningún monarca ni general en jefe, que esté prisionero, tiene ya ninguna autor-

dad sobre sus súbditos y soldados, pero olvidándolo el general Filisola, procedió á concentrar sus fuerzas en San Felipe Austin, que se componian de 4,078 hombres al mando de los generales Ramirez y Sesma, Andrade y Urrea, retirándose á Matamoros, cuando bien pudo seguir la campaña contra los rebeldes tejanos, que no excedian de 2,000 hombres, y esto diseminados en todo el país.

Siempre los errores de nuestros generales han sido causa de grandes males para México, pero justo es decir que han sido de buena fé, pues nunca les ha faltado valor ni patriotismo. Tampoco nuestros gobiernos por las mezquinas pasiones de partido, han sabido corresponder á sus servicios y los pocos oficiales que sobreviven están completamente olvidados y muchos en su ancianidad no tienen un pedazo de pan que llevar á la boca...

Uno de esos oficiales es el Sr. D. Domingo Soto Mayor, hoy coronel con grado de general, quien se encuentra colocado de recaudador de la garita del Niño Perdido, cuando el gobierno debería asignarle una pension decente, como premio de más de medio siglo de servicios.

Tambien viven el entónces capitán D. Miguel Andrade y los subtenientes D. Leonardo Márquez, D. José María Alfaro y D. Alejo Barreiro, que despues llegaron á generales del ejército nacional.

Antes de concluir este capítulo, diremos que si el general Santa Anna fué muy débil en San Jacinto para poder salvar su vida, en cambio el año de 1838 perdió una pierna en Veracruz rechazando á los franceses mandados por el príncipe de Joinville, y en 1847 se expuso mil veces combatiendo al invasor norteamericano.

CAPÍTULO III.

Continuacion de la guerra de Texas.—Convencion con los Estados Unidos.—Reclamaciones americanas.—Expedicion del general Woll á Béjar y triunfos que obtuvo.

El parte oficial dado por el general D. Vicente Filisola sobre los desgraciados sucesos de San Jacinto y la evacuacion del territorio de Texas por nuestro ejército, fué traído á México por el alférez D. Domingo Soto Mayor, haciendo éste una travesía por los desiertos de Texas y Coahuila y Estados de San Luis Potosí y Querétaro, y regresando luego de México al puerto de Matamoros, en el breve espacio de diez y nueve días, cosa que no querian creer sus compañeros, pero tuvieron que rendirse ante la evidencia de los hechos.

El presidente interino D. José Justo Corro, al recibir tan infausta noticia, dice el Sr. Rivera Cambas, en su obra «Los gobernantes de México,» publicada en 1871, «excitó el patriotismo de los mexicanos para acudir á salvar al ejército y libertar al presidente, y señaló la manera con que los ayuntamientos podían llevar á efecto la reunión de recursos.» Nombró general en jefe del ejército del Norte, reunido en Matamoros, al general D. José Urrea; y el general Filisola pidió licencia para pasar á México, á que se le sujetara á un juicio, siendo absuelto por el consejo de guerra, que lo declaró libre de toda responsabilidad en la pasada campaña (1).

(1) El Sr. Darán infiere varias ofensas al Sr. general Filisola, y dice: «prefería la dulce intimidad de algunos amigos en la discreta sombra de su habitación, al estruendo del cañon en los campos de batalla.» Esto no es exacto; el ilustrado his-

Las escaseses del erario para enviar refuerzos y dinero al general Urrea, fueron causa de que permaneciera inmóvil en Matamoros, pero siendo preciso recobrar á Texas, dispuso el gobierno fuera un segundo cuerpo de ejército á las órdenes del general D. Nicolás Bravo, quien aceptó con la condicion de que se le diesen ocho mil hombres, el haber de dos meses, y un fondo como reserva de doscientos mil pesos.

Todo se le prometió, pero nada se cumplió, y no queriendo echar sobre sus hombros una carga tan pesada, renunció el mando por medio de una nota dirigida sobre la marcha, al ministerio de la Guerra, desde la hacienda de Bocas,

torrador Roa Bárcena lo considera como un jefe entendido, púdico y pundonoroso, y el Sr. D. Lucas Alaman, al referir la expedición de Guante en la encomendada al Sr. Filisola en 1822, dice que este general dejó allí sentada su reputación como hombre honrado.

más allá de San Luis Potosí, el 17 de Noviembre de 1836, y para que no se creyera en él una cobardía, ofreció ir á la campaña como simple subalterno.

Hecha dimision del mando por el general Bravo, fué nombrado para sustituirlo el general Filisola, quien se situó en la frontera de Texas, pero subsistiendo la misma escases de recursos, tuvo que estar en la más completa inaccion, y entretanto el gobierno norteamericano se apresuró á reconocer la independencia de la república tejana, quedando definitivamente perdido para México aquel territorio. Nuestro ministro en Washington D. Eduardo Gorostiza, no juzgó honrosa su permanencia allí, pidiendo su pasaporte, y esto que era una consecuencia muy natural, unido á supuestos agravios á ciudadanos de los Estados Unidos, hizo creer al presidente Jackson que era causa suficiente para declararnos la guerra, pro-

poniendo se nos entablaran nuevas reclamaciones.

Segun leemos en la Memoria presentada al Congreso de la Union en 16 de Setiembre de 1870 por el laborioso ministro de Hacienda D. Matías Romero, se firmó en Washington por los plenipotenciarios D. Francisco Pizarro y Mr. John Forsyth (1) el 11 de Abril de 1839, una Convencion, disponiendo esta se formase una comision compuesta de dos individuos nombrados por cada gobierno, á la cual deberian someterse todas las reclamaciones que hubiera contra México hasta ese dia, cuya comision habia de reunirse en Washington dentro de tres meses de canjeadas las ratificaciones de la convencion y terminaria sus funciones á los diez y ocho meses, contados desde el dia en que se reu-

(1) Mr. John Forsyth estuvo de representante de los Estados Unidos ante el gobierno del general Zuloaga en el año de 1858.

niese. Para el caso de discordia se ocurriría a un árbitro nombrado por el rey de Prusia, y si éste rehusaba se invitaria para que lo nombrase, al gobierno británico y en su defecto al de Holanda.

Conforme al art. 6º, el importe de las reclamaciones falladas debería satisfacerse al contado ó por medio de libranzas que ganarian el interés de ocho por ciento anual desde la fecha de su expedición hasta la del pago, y serian admisibles en nuestras aduanas marítimas en pago de cualquier derecho que se adeudara ó se impusiere á los efectos tanto de importacion como de exportacion.

Esta Convencion fué ratificada por el presidente de la República Mexicana, general D. Anastasio Bustamante y su ministro de Relaciones D. Juan de Dios Cañedo, el 11 de Enero de 1840, y por

el gobierno norteamericano el 6 de Abril, promulgándose en México el 2 de Junio siguiente, esto es, mes y medio ántes del pronunciamiento que acaudillaron en la misma capital, D. Valentin Gómez Farias y el antiguo general del ejército de operaciones sobre Texas, D. José Urrea.

Los trabajos de la comision mixta reunida en Washington dieron por resultado que la deuda de México á favor de los Estados Unidos importase dos millones y medio de pesos, y para cubrirlos se impuso un préstamo forzoso por medio de las leyes de 20 de Abril y 5 de Mayo de 1843, debiéndose pagar por trimestres durante un período de cinco años, á fin de que fuese ménos gravoso á los cuotizados.

En la memoria del ministro de Hacienda D. Ignacio Trigueros, 31 de Enero de 1844, que el Sr. D. Matías Ro-

mero cita en la suya, se dice haberse pagado hasta ese día, al agente americano \$201,615.00 por cuenta de capital, más los intereses respectivos, pues las circunstancias aciagas del tesoro mexicano no permitieron nunca pagar al contado, aceptándose libranzas.

La comisión mixta funcionó en Washington hasta Febrero de 1842, dejando sin resolver multitud de casos, y aunque era indispensable nombrar nuevos comisionados que los examinasen, no fue posible que los dos gobiernos se pusieran de acuerdo.

Entretanto, seguían en México las revueltas políticas, ocasionadas por la ambición de muchos caudillos, y á pesar de que el gobierno americano tendía á mexicanar la mano de amigo, no des-cuidaba de su ambicioso proyecto de quitarnos gran parte de nuestro territorio, sin omitir medio por reprobado que

fuese. Valiéndose de los ingratos colonos tejanos, dispuso que una parte de ellos, ayudada por ciudadanos americanos, sublevara el Estado de Nuevo México, cuyo gobernador político y militar era el general Armijo. Este señor se preparó á combatir y por medio de sus acertadas disposiciones, logró hacer prisioneras varias partidas de filibusteros y por último, el 17 de Setiembre y el 5 de Octubre de 1841, se rindieron con sus fuerzas el coronel Cook en *Ator-chico*, y el brigadier Macleod en la Laguna Colorada.

El año de 1842 continuaron las agresiones de los norteamericanos contra nuestro territorio, por lo que el ministro de Relaciones D. José María Boscán, dirigió una nota seria y digna al secretario de Estado Webster, quien contestó que «no estaba en las facultades de su gobierno impedir la emigra-

«cion de sus nacionales á Texas; que
 «era absurda la teoría de que la per-
 «mision de la salida de armas y muni-
 «ciones importara violacion del tratado
 «existente, y confirmando el reconoci-
 «miento de la independencia de la nue-
 «va república.» (1)

El gobierno de México, no dudando que eran una verdad las expediciones preparadas en los Estados Unidos para agredirnos, dispuso que el general Don Isidro Reyes, jefe de la division del Norte, situada en los departamentos de Tamaulipas, Nuevo Leon y Coahuila, con su cuartel general en San Fernando Agua Dulce, mandase algunas tropas á recorrer los puntos más amenazados, reconociendo á la vez el terreno más á propósito para teatro de la guerra. En esta virtud el segundo en jefe

(1) Roa Bárcena.—"Recuerdos de la invasion norteamericana."

de la division, general D. Adrian Woll, á la cabeza de los batallones 12° de infanteria y 1° ligero mandados respectivamente por el teniente coronel D. Mariano Fernandez y comandante graduado capitán D. Marcelo Torreblanca, una bateria de artilleria á cargo del valiente é instruido teniente D. Manuel del Frago, tio de D. Leonardo, actual comandante de las compañías de bomberos, y alguna caballeria al mando del coronel D. Cayetano Montero, (1) emprendió la expedicion, atravesando el inmenso desierto que media desde San Fernando Agua Verde hasta San Antonio Béjar. Al acercarse á este punto hizo alto la fuerza y se mandaron algunos exploradores pertenecientes á la compañía presidial de Lampazos á reconocer Béjar, pero los astutos colonos tendieron un

(1) El total de las tropas que formaban esta columna ascendia á 1,800 hombres.

lazo al general Woll ocultándose unos y abandonando otros la población para volver á poco; de consiguiente dichos exploradores participaron que no había ningún enemigo y con esta confianza se continuó inmediatamente la marcha en columnas de viaje, entrando á Béjar el 16 de Setiembre de 1842, aniversario del día en que se celebra en nuestra patria la proclamación de su independencia por el cura de Dolores Hidalgo, D. Miguel Hidalgo y Costilla.

Iba á la cabeza de las tropas el teniente coronel D. Mariano Fernandez, llamado por cuantos le conocieron *el valiente entre los valientes*, con su batallón 12º de infantería y seguía el resto de las fuerzas. No se encontró una sola alma desde las orillas de la población, pero no bien había penetrado á la plaza principal la música del 12º tocando sus aires marciales, cuando desde todas

las alturas se dirigió un nutrido fuego de fusilería, que como por encanto barrrió con ella, pereciendo casi todos los músicos y quedando regados todos sus instrumentos.

El general Woll, con la serenidad y el valor que le era característico, mandó formar en el acto dos columnas de infantería, una á las órdenes del teniente coronel Fernandez y otra á las del capitán D. José María Alfaro, en sustitución del comandante Torreblanca, para que asaltaran las alturas defendidas por los tejanos, siendo las principales las casas de Zambrano y del Cura García. El combate fué terrible, pues los enemigos se defendieron como leones, pero los prodigios de valor hechos por nuestros soldados, nos dieron el más completo triunfo, arrancándose una por una las posiciones. Merece una mención especial el sargento 1º del 12º D. Ausen

cio Espinosa, hoy teniente coronel en depósito, pues con un puñado de sus soldados, tomó la casa cural, batiéndose al arma blanca.

Los tejanos que pudieron salvarse, fueron rumbo al llano del Perdido, situado al Norte, y el día siguiente se reunieron con otras fuerzas enemigas en el Salado, á cinco ó seis leguas de Béjar. El general Woll, aprovechando el entusiasmo de sus soldados, dispuso marchar á batirlas. Iniciado el combate duró doce horas, en cuyo tiempo nadie pudo comer ni beber, cayendo muchos soldados extenuados por la fatiga y el hambre, pero el triunfo obtenido fué muy brillante, viniendo á completarlo el bizarro coronel Montero, que con su caballería pié á tierra y sable en mano, siguiendo las órdenes del general en jefe se lanzó en persecución de los fugitivos que se habían refugiado en un espeso monte y á donde acabó con ellos.

En Rio Hondo, punto muy estratégico, á nueve leguas al norte del Salado, había otras fuerzas enemigas, muy bien fortificadas, en espera del general Woll, y este valiente soldado sin arreararse marchó á batirlas, derrotándolas completamente.

Lástima que el gobierno mexicano hubiera dispuesto que nuestras tropas se retirasen en vez de permanecer en los puntos ocupados y seguir la campaña empezada con tan buen éxito, pues aun cuando el erario hubiera estado exhausto de recursos, nuestros generales, jefes, oficiales y soldados estaban poseidos del mayor entusiasmo y patriotismo, pero ya hemos dicho en otro capítulo que los errores de nuestros gobernantes fueron causa de grandes males para México.

El general Woll, conforme á las instrucciones que se le habían dado, dispu-

so regresar al cuartel general de la division, situado en San Fernando Agua Verde. Su retirada, hecha paso á paso, con todas las precauciones que aconseja el arte de la guerra, fué muy feliz y algunas jornadas fueron de tres y cuatro leguas, no habiendo perdido ni un solo soldado. Al acercarse al citado punto, nuestras tropas tuvieron la agradable sorpresa de encontrar al general en jefe D. Isidro Reyes con toda su oficialidad y músicas, así como á las principales familias, que habian salido á recibir las, haciéndoles una entusiasta ovacion, pues desde el general Woll hasta el último soldado fueron coronados. Hubo un jefe que por su conducta equívoca en la campaña, no obtuvo la misma distincion, y fué tal el bochorno que le causó, que inmediatamente se le declaró una fiebre, de la que murió á las cuarenta y ocho horas.

Nuestras tropas sufrieron en esta expedicion una baja de cuatrocientos hombres, entre muertos, heridos y dispersos, y los trofeos que conquistaron se mandaron á México lo mismo que los prisioneros. Estos fueron formados en el paseo de Bucareli la mañana del 13 de Junio de 1843, dia del santo del general Santa Anna, quien despues de arengales los puso en libertad y auxilió con recursos pecuniarios para que pudieran regresar á sus hogares.

La expedicion á Texas en 1842 será siempre un timbre de gloria para las tropas que la hicieron, y sobre todo para su digno jefe el general D. Adrian Woll, que aunque nacido en Francia, consagró á México su vida entera. No hay un solo general, jefe ú oficial, con quienes hayamos hablado últimamente, que no lo recuerde con respeto, colmándole de elogios, y diciendo que de-

be considerarse como á uno de los padres del antiguo ejército.

El general Woll estuvo siempre filiado en el partido conservador y en el imperio fué uno de sus más entusiastas servidores. En Julio de 1866 salió de México acompañando á la Emperatriz Carlota y con motivo de la enfermedad de esta augusta señora, se quedó en Francia. Tenemos á la vista una carta que el general Woll dirigió á un amigo suyo, desde Montauban, el 12 de Enero de 1867, y entre otras cosas le dice: « La última proclama del emperador me ha llenado de entusiasmo, tanto que hoy dirijo una carta á S. M. suplicándole, que sin embargo de mi edad avanzada y de mis numerosos achaques me dé sus órdenes, si piensa que puedo ser algo útil, pues mi amor á México y mi adhesion á nuestro augusto soberano me hacen creer que

« todavía puedo prestar servicios sobre un campo de batalla, pues moriré gustoso, si puedo hacer el sacrificio de mi vida en defensa de mi patria adoptiva que me ha colmado de tantos favores, y aguardo con ansia la determinacion de S. M. »

CAPÍTULO IV

Anexion de Texas á los Estados Unidos del Norte.—Opiniones de Blaine y del general Grant—Gobierno del general D. José Joaquin de Herrera.—Pronunciamientos de los generales Paredes y Valencia.

No obstante la victoria que obtuvo en San Jacinto Samuel Houston pocos dias despues de haber tomado posesion de la presidencia de la república tejana, comprendió muy bien que aquel país, cuyos habitantes eran aventureros ambiciosos, no podria sostenerse si no contaba con el auxilio de los Estados Unidos del Norte, ó se anexionaba á esta poderosa nacion. Siendo antiguo amigo del presidente Jackson, le propuso lo segundo, pero no fué aceptado porque « en su opinion (la de Jackson),

el territorio de Texas formaba ya parte de los dominios de la Union por el tratado de cesion de la Florida, y y además no queria evredar á los Estados Unidos á una guerra con México, guerra que la anexion de Texas habria hecho inevitable. » (1)

A pesar de la anterior declaracion, todos los pasos de Jackson fueron encaminados á quitarnos el territorio de Texas para engarzarlo á la gran república americana, pero no tuvo tiempo suficiente, pues el 3 de Marzo de 1837, concluyó su periodo presidencial, y solo consiguió que dos días ántes el Senado de los Estados Unidos votara por veintitres votos contra diecinueve el reconocimiento de la independenciamexicana.

(1) Historia Universal — Los Estados Unidos del Norte y la guerra separatista por el Dr. Ernesto Othon Hopp. — Edicion de Barcelona. 1886.

Martin Van Buren sucedió á Jackson, tomando posesion de la presidencia el día 4 de Marzo, y bajo su gobierno se celebró la convencion de 11 de Abril de 1839, de que hemos hablado en nuestro capítulo anterior. El 4 de Marzo de 1841 que concluyó el término en que debería ejercer el poder, lo entregó al general D. Enrique Guillermo Harrison, hombre de edad muy avanzada, pero enérgico y acostumbrado al trabajo, acostándose á la una de la noche para levantarse á las cinco de la mañana. Tanta fatiga le ocasionó una pulmonia y falleció el 4 de Abril, de modo que su administracion duró un mes completo.

Segun las prescripciones de la Carta federal de los Estados Unidos, entró á ejercer el poder, hasta la conclusion del periodo legal, el vicepresidente D. Juan Tyler, quien hizo permanecer á

su lado á los mismos secretarios del difunto presidente, que eran: Daniel Webster, de Estado; Tomás Ewing, del Tesoro; Juan Bell, de la Guerra; Jorge E. Badger, de la Armada; Juan J. Crittenden, de Hacienda, y Francisco Granger, administrador general de Correos. (1)

El presidente Tyler, como dice muy bien el historiador J. A. Spencer, *deseaba distinguirse por algun acto á los ojos de sus compatriotas haciendo los mayores esfuerzos* para conseguir la anexion de Texas, sin que le sirviera de nada la oposicion de su secretario de Estado Webster, hombre ilustrado y generoso que comprendia muy bien la justicia que nos asiste. Sea por esta ú otra causa renunció la cartera en Mayo de 1843, entrando á desempeñarla Mr. Abel P.

† (1) Tambien en México hizo lo mismo el año de 1872, D. Sebastian Lerdo de Tejada al morir D. Benito Juarez.

Upshur, que era secretario de la Armada y «no ocultó á nadie, dice el Dr. Ernesto Othon Hopp, en su obra histórica, «que hemos citado en una nota, que la «anexion de Texas formaba parte de «su programa,» y al efecto comenzó á discutir un tratado con los representantes oficiales del gobierno de Houston, pero nueve meses despues, pereció en union del ministro de Marina y otras personas, á bordo del vapor de guerra «Princeton,» pues reventó un cañon que disparaba balas de 225 libras.

Mr. Tyler nombró inmediatamente secretario de Estado á Calhoun, y el 12 de Abril de 1844, le dió forma definitiva al tratado pendiente entre su antecesor y los comisionados tejanos Vand Sandt y Henderson. Sometido á la Cámara de senadores en Washington, fué rechazado en la sesion del 8 de Junio, por treinta y cinco votos contra dieciseis.

000587

Conviene decir que Houston concluyó su período presidencial en Texas el año de 1840 y entró á reemplazarlo su antiguo subordinado Lamar, natural de Georgia, que se distinguió mucho en la campaña, particularmente en la batalla de San Jacinto; pero el mal éxito que obtuvo al pretender la conquista de Nuevo México, que defendía el general Armijo, lo desacreditó completamente, y Samuel Houston volvió á la presidencia el 13 de Diciembre de 1841, permaneciendo en ella hasta el mismo mes del año de 1844, que la entregó á su sucesor Auson Jones, que hasta entonces habia sido su secretario de Estado. (1)

Apesar de la reprobacion que obtuvo en el Senado americano el tratado de anexion de Texas, el presidente Ty-

(1) Samuel Houston murió en 1863, á los 71 años de edad, pobre y caduco.

ler siguió trabajando con ese objeto y en la sesion del 2 de Diciembre de 1844, se dió lectura en el Congreso á un mensaje suyo, en que decia: «La gran mayoría del pñebló y de los Estados se ha declarado en favor de la anexion, y ya se han comunicado instrucciones al efecto á los respectivos constituyentes de ambas Cámaras del Congreso. Es la voluntad, pues, de la nacion toda, que Texas quede anexionada á la Union inmediatamente.»

El 25 de Enero de 1845, la Cámara de representantes decretó, por ciento veinte votos contra noventa y ocho, la anexion de Texas, « con la condicion de que se mantuviese el principio, admitido en 1820, de que no habria esclavitud al Norte de los 36° 30' de latitud. » El Senado dió su aprobacion por veintisiete votos contra veinticinco, y el 1° de Marzo fué sancionado el de-

creto respectivo por el presidente de los Estados Unidos del Norte D. Juan Tyler, siendo este el último acto de su gobierno, que terminó tres días después.

Juzgamos muy oportuno dar á conocer los siguientes juicios de varios personajes notables que han figurado recientemente en la política americana, tomándolos de la interesante historia escrita por el Dr. alemán Ernesto Othon Hopp.

„ Blaine, en su obra, muy leída en su
 „ país, titulada: *Veinte años de Congreso*,
 „ dice, respecto de la anexión de Texas
 „ y de la guerra con México: „ Nues-
 „ tra conducta respecto de México no
 „ estaba exenta de culpa, pues que ha-
 „ biamos permitido ya en un principio
 „ que nuestros conciudadanos tomaran
 „ parte en la sublevación de un Estado
 „ de aquella república, por no decir que
 „ los alentamos en esta empresa; pero

„ una vez que Texas se había hecho de-
 „ finitivamente independiente de Méxi-
 „ co, y se nos había colocado en la al-
 „ ternativa de admitir este país en la
 „ Union ó dejarlo abandonado en una
 „ corriente vaga que acaso lo hubiera
 „ llevado á alianzas con potencias eu-
 „ ropeas, alianzas que más ó ménos tar-
 „ de nos hubiéramos visto obligados,
 „ por nuestra propia seguridad á des-
 „ truir, aconsejaba la política más pru-
 „ dente, como dijo un hombre de Esta-
 „ do muy hábil y práctico de aquella
 „ época, la anexión inmediata de Tejas
 „ y aceptar la consiguiente guerra con
 „ México, en lugar de dejar á Texas
 „ con su independencia nominal y ex-
 „ ponernos probablemente al fin á una
 „ guerra con Inglaterra. Los sucesos
 „ posteriores han hecho justicia á la
 „ prudencia, energía y sagacidad diplo-
 „ mática con que el partido democráti-

" co resolvió esta cuestion en 1844. "
 " Quincy Adams, al anotar la anexion
 " en su diario, hizo esta observacion:
 " Las consecuencias de esta medida es-
 " tán en manos de la Providencia, y el
 " resultado final podrá ser muy bien un
 " solemne desengaño para sus auto-
 " res. "

" Grant emite en sus *Memorias* este
 " juicio: " Para nosotros era Texas un
 " territorio vastísimo y de un valor in-
 " calculable; pero podíamos haberlo ad-
 " quirido por medios distintos. Las na-
 " ciones, como los individuos, reciben el
 " castigo de las injusticias que cometen:
 " así la guerra con México fué en gran
 " parte causa de la rebelion de los Esta-
 " dos del Sur, y nuestro castigo ha si-
 " do la guerra más costosa y más san-
 " grienta de los tiempos modernos. "

Al expedir el presidente Tyler su de-
 creto de 1º de Marzo de 1845, el general

D. Juan N. Almonte, que tenia a su cargo
 la Legacion Mexicana en Washington,
 protestó solemnemente renovando nues-
 tros derechos hácia el territorio usurpa-
 do, y á la vez se reunió en Texas una
 Convencion, que en 4 de Julio del mis-
 mo año, aniversario de la independen-
 cia americana, aprobó el citado decreto,
 quedando por lo tanto definitivamente
 incorporada la pequeña republiquita de
 Texas á la poderosa república de los
 Estados Unidos del Norte. El nuevo
 presidente de esta, Mr. James H. Polk,
 mandó en el acto que el general Zaca-
 rías Taylor marchara con una division
 á ocupar militarmente el nuevo Estado
 de Texas, y el día 26 de Julio ondeó
 por primera vez el pabellon de las es-
 trellas al extremo sur de la isla de San
 José, de donde poco despues se trasla-
 daron las tropas á Corpus Christi, que
 siguió siendo punto de reunion para el
 ejército norteamericano.

En México había estado al frente del gobierno el general D. Antonio López de Santa Anna, que si como gobernante tenía algunos defectos, como ciudadano estaba animado del más puro patriotismo; de consiguiente su resolución era emprender seriamente la campaña de Texas, antes de que se anexionara á los Estados Unidos, pero el pronunciamiento acaudillado en Guadalajara por el general D. Mariano Paredes y Arrillaga, y secundado por la guarnición de México el 6 de Diciembre, vino á echar abajo su administración, pues fué destituido por el Congreso general el 17 del mismo mes, y la Cámara de Senadores nombró para que interinamente se encargase del poder al general D. José Joaquín de Herrera, presidente del Consejo de Gobierno.

La política del nuevo gobernante fué muy diversa de la seguida por las ad-

ministraciones anteriores, pues que no teniendo México elementos suficientes para recobrar Texas, lo mejor era establecer negociaciones por la vía diplomática, prefiriéndose reconocer la independencia de aquel país á permitir que se incorporara á la República norte-americana. Esto pasaba ántes de que se consumase aquel acto y aún el gobierno de Texas presentó las siguientes proposiciones: " 1ª Se reconoce la independencia de Texas. 2ª Texas se compromete á no agregarse, ni á sujetarse á ningun otro país. 3ª Los límites y otras condiciones se reservan para el tratado final. 4ª Texas está pronto á someter los puntos en disputa sobre territorios y otros asuntos á la decisión de árbitros. " Ya era demasiado tarde, pues, como hemos dicho, desde el 4 de Julio de 1845 Texas era ya un Estado de la República americana,

y por lo mismo se suspendieron las negociaciones. Desde luego saltó á la vista la perfidia con que procedieron los tejanos, pues ántes de dar ningun paso debieron esperar el resultado que obtuvieran en México sus propios comisionados.

El secretario de Estado americano D. Jacobo Buchanan, por medio de su cónsul en México Mr. Black, preguntó á nuestro ministro de Relaciones D. Manuel de la Peña y Peña, si recibiría un Enviado con plenos poderes para arreglar las cuestiones pendientes entre ambos gobiernos, y el mexicano aceptó, pero bajo la precisa condicion de que se retiraran algunos buques de guerra que el americano habia mandado á las aguas de Veracruz:

En Diciembre de 1845 se presentó en México Mr. John Slidell con la pretension de que se le admitiese como En-

viado extraordinario y ministro plenipotenciario; pero por indicaciones del Consejo de gobierno, no fué admitido con tal carácter, pues que solo habia de ser para tratar de la cuestion de Texas, y aunque Mr. Slidell insistió, el presidente Herrera se sostuvo fuerte en su negativa.

A la sazón se encontraba acantonado en San Luis Potosí y lista para marchar á la frontera del Norte una division de las tres armas al mando del general D. Mariano Paredes y Arrillaga; pero el 14 de Diciembre se sublevó contra el gobierno del general Herrera y entre los considerandos del plan se decia que
 " habia pisado nuestro territorio y ha-
 bitaba la Capital de la República el
 " plenipotenciario de los Estados Uni-
 " dos, que de acuerdo con el gabinete
 " mexicano venia á comprar nuestra in-
 " dependencia y nuestra nacionalidad. "

Este plan fué secundado por el general Valencia, en México, el 30 del mismo mes y el Sr. Herrera descendió del poder, al que había subido hacia un año y 13 días, llevando la satisfacción de haber procurado, aunque infructuosamente, un arreglo para terminar la cuestión pendiente con los Estados Unidos, y que después dió origen á que corrieran arroyos de sangre y á la pérdida de uná gran parte de nuestro territorio.

Pero todo esto será materia de los capítulos siguientes.

CAPÍTULO V

Gobierno del general Paredes.—Se rompen las hostilidades con los Estados Unidos.—Batallas de Palo Alto y la Resaca de Guerrero.—Pronunciamientos de los generales Ibañez y Salas.

El 2 de Enero de 1846 se reunieron en el palacio Nacional de México los Sres. Mariano Paredes y Arrillaga, D. Nicolás Bravo, D. Gabriel Valencia, D. Melchor Alvarez, D. Vicente Filisola, D. Felipe Codallos, D. José María Tornel, D. Juan N. Almonte, D. José Mariano de Salas, D. Ciriaco Vazquez, y otros muchos generales y jefes, declarando por medio de una acta que « los » poderes legislativo y ejecutivo habían » cesado en el ejercicio de sus funciones

Este plan fué secundado por el general Valencia, en México, el 30 del mismo mes y el Sr. Herrera descendió del poder, al que había subido hacia un año y 13 días, llevando la satisfacción de haber procurado, aunque infructuosamente, un arreglo para terminar la cuestión pendiente con los Estados Unidos, y que después dió origen á que corrieran arroyos de sangre y á la pérdida de uná gran parte de nuestro territorio.

Pero todo esto será materia de los capítulos siguientes.

CAPÍTULO V

Gobierno del general Paredes.—Se rompen las hostilidades con los Estados Unidos.—Batallas de Palo Alto y la Resaca de Guerrero.—Pronunciamientos de los generales Ibañez y Salas.

El 2 de Enero de 1846 se reunieron en el palacio Nacional de México los Sres. Mariano Paredes y Arrillaga, D. Nicolás Bravo, D. Gabriel Valencia, D. Melchor Alvarez, D. Vicente Filisola, D. Felipe Codallos, D. José María Tornel, D. Juan N. Almonte, D. José Mariano de Salas, D. Ciriaco Vazquez, y otros muchos generales y jefes, declarando por medio de una acta que « los » poderes legislativo y ejecutivo habían » cesado en el ejercicio de sus funciones

« por no haber correspondido á los de-
 « seos y exigencias de la nacion, por no
 « haber sostenido la dignidad de su
 « nombre, ni procurado la integridad
 « de su territorio. » Dos días despues se
 instaló una junta de 43 representantes
 bajo la presidencia del general Almon-
 te para proceder á la eleccion de presi-
 dente interino de la República, que, co-
 mo era de esperarse, recayó por unani-
 midad en el general D. Mariano Paredes
 y Arrillaga, quien formó su minist-
 terio con los Sres. D. Joaquin del Cas-
 tillo y Lanzas, Relaciones; D. Luciano
 Becerra, Obispo de Chiapas, Justicia;
 general Almonte, Guerra; y D. Luis
 Parrés, Hacienda.

Como el general Herrera no quiso re-
 cibir á Mr. John Slidell, éste salió de la
 capital deteniéndose en la ciudad de
 Jalapa en espera de instrucciones de su
 gobierno, que al fin le llegaron, y de

acuerdo con ellas se dirigió al ministro
 de Relaciones, Castillo y Lanzas. La
 nota de Slidell fué pasada al consejo de
 gobierno para que consultara lo conve-
 niente y su opinion fué que no debia ser
 oido con el carácter que traia, conclu-
 yendo así toda esperanza de adveni-
 miento, pues en nuestro concepto, la
 idea del gobierno mexicano y de todos
 sus adictos, era llevar la guerra á todo
 trance, cuando no se contaba con ele-
 mentos suficientes, y cuando tanto cau-
 dillo ambicioso trataba de apoderarse
 de la silla presidencial.

Mr. John Slidell, con fecha 17 de Mar-
 zo pidió sus pasaportes, embarcándose
 el 1º de Abril de 1846, y sin tener noti-
 cia de esto el gobierno americano que
 habia ordenado al general Taylor se
 moviera con sus fuerzas acantonadas en
 Corpus Christi para ocupar una posi-
 cion sobre el brazo Santiago, apoderar-

se del Fronton de Santa Isabel y atacar en seguida el puerto de Matamoros.

« Esta doble conducta del gobierno
 « de Washington, dice el apreciable es-
 « critor D. Niceto de Zamacois, *es una*
 « *mancha que nunca podrá borrar de su*
 « *historia.* El mundo entero encontra-
 « rá, al recorrer las primeras páginas de
 « los hechos que precedieron á la gue-
 « rra con México, *una potencia más li-*
 « *pócrita que fuerte, más arbitraria que*
 « *justa, más pérfida que poderosa, aprove-*
 « *chándose de las disensiones interiores*
 « *de una nacion vecina; disensiones fo-*
 « *mentadas por ella para debilitarla;*
 « *adormeciendo su vigilancia con protes-*
 « *tas de amistad; poniendo en juego todo*
 « *género de resortes y de artificios; ape-*
 « *lando alternativamente á la intriga*
 « *y á la violencia, arrojarle á despojarla*
 « *de una parte valiosa de su territorio,*

« *desatendiendo los incontrovertibles de-*
 « *rechos de la más incuestionable pro-*
 « *piedad y de la más constante pose-*
 « *sion.* » (1)

El general Taylor con sus fuerzas en número de tres mil hombres y 20 piezas de artillería se presentó el día 28 de Marzo de 1846 al frente del puerto de Matamoros, por la izquierda del Rio Bravo. Las fuerzas americanas ocuparon y fortificaron el Fronton de Santa Isabel, cuyos habitantes al tener noticia de la venida del enemigo, prefirieron para no vivir bajo su yugo, destruir sus cortos intereses é ir á buscar amparo y proteccion en los brazos de sus hermanos. Los estimables redactores de la obra publicada en 1848 bajo el título de « Apuntes para la historia de la guerra »

(1) Historia General de México. — Tomo XII. — Capítulo VI. — Edicion de Barcelona. — Año de 1880.

entre México y los Estados Unidos, al hablar de este hecho, exclaman con el mayor entusiasmo:

«Qué glorioso sería que las hermosas ciudades de la República que han caído en poder de los norte-americanos hubieran imitado el ejemplo heroico y sublime de la humilde ranchería del Frontón!» ...

El general D. Francisco Mejía, que mandaba las faerzas mexicanas encargadas de la defensa del puerto de Matamoros, fué invitado á una conferencia con el enemigo, y no queriendo tenerla personalmente con el general Taylor, fueron nombrados parlamentarios por parte del primero, el general D. Rómulo Diaz de la Vega, que falleció hará unos diez años, y por la del segundo, el general Worth. Nada resultó de la entrevista y solamente el patriota general Diaz de la Vega declaró que si las tro-

pas americanas no levantaban su campo, se tendria por iniciada la guerra.

Ambas fuerzas contendientes se prepararon al combate y Taylor mandó formar en uno de los grandes recodos de la orilla izquierda del rio, al Noreste y á más de mil varas de Matamoros, un reducto bastionado que puso á las órdenes del mayor Brown, por lo cual el fuerte llevó el nombre de este jefe.

El 11 de Abril llegó al puerto de Matamoros el general D. Pedro Ampudia, nombrado por el gobierno de México general en jefe del ejército del Norte, que se componia de los batallones de zapadores, 2º ligero, 1º, 4º, 6º y 10º de línea, activos de México, Puebla y Morelia, guardia nacional de Matamoros, veintiseis piezas de artillería y los regimientos de caballería 7º, 8º, ligero de México y varios escuadrones irregulares, formando un total de cinco mil dos-

cientos hombres. Inmediatamente que el general Ampudia se recibió del mando, expulsó del puerto para Ciudad Victoria al cónsul norte-americano, y considerándose bastante fuerte, intimó al general Taylor para que levantara su campo y se retirara más allá del río de las Nueces. Desechada la intimación, se preparó Ampudia á batir al enemigo el día 15, pero la noche anterior recibió un extraordinario del gobierno avisando que el general D. Mariano Arista había sido nombrado general en jefe, y que él quedaría de segundo en jefe. A la vez recibió una orden del mismo general para que suspendiese toda operación hasta su llegada, orden que muy á su pesar y por indicación de los generales y jefes de los cuerpos, tuvo que obedecer Ampudia, pues creía segura una completa victoria.

Desde ántes que llegara á Matamoros

el nuevo general en jefe, Arista, dispuso el 23 de Abril en el rancho de Solinceño, á tres leguas del puerto, sobre el camino de Reynosa, se le reuniera allí el general D. Anastasio Torrejon con el batallon de zapadores, dos compañías del 2º Lijero y toda la caballería, y el día siguiente fueron á situarse entre el camino que va del Fronton de Santa Isabel á Matamoros, y el enemigo, que estaba al frente de la plaza, quedó cortado de su base de operaciones.

El 25 tuvo el general Torrejon una ligera escaramuza en Carricitos con una partida de caballería, quedando muertos ó prisioneros setenta americanos, y entre los segundos su jefe el capitán Thornton. Al recibirse noticia en Washington de este acontecimiento el 9 de Mayo, dice el ilustrado historiador J. A. Spencer, se presentó y fué aprobado un *bill* anunciando que, " en vista del acto

" cometido por la República de México,
 " quedaba declarada la guerra con los
 " Estados Unidos, y que se autorizaba
 " al presidente para disponer de todas
 " las fuerzas de mar y tierra á fin de
 " continuar aquella con vigor. "

El mismo historiador en una nota y refiriéndose á Mr. Benton, autor de la " Revista de los treinta años, " dice que la verdad de la historia exige se declare, que la *anexion de Texas*, y no otra cosa era la *verdadera* causa de la guerra.

El general Arista llegó á Matamoros el 24 de Abril, y siguiendo los usos de la guerra, lo participó al general en jefe enemigo por medio de una carta particular, que fué contestada con la mayor cortesía.

El puerto de Matamoros, situado en la orilla occidental del Río Bravo, en un vasto llano, formado de casas de madera y ladrillo, dista catorce leguas de

la costa. Abierto por todas partes, excepto por la que le ciñe el río, poca resistencia podia hacerse en el interior, á lo que se agregaba el nuevo obstáculo de que las obras de fortificación que existian, estaban reducidas á un pequeño reducto, construido al Oeste y á unas seiscientas varas de distancia sobre la orilla del río, en el paso llamado de las Anacuitas. Posteriormente se levantó en el Paso Real otro reducto más reducido aún que el primero; á doscientas cincuenta varas, siguiendo la misma dirección, una flecha, cuyos fuegos se cruzaran con los de los otros puntos; y en la labor de D^a Rita Giron, entre los dos reductos, una batería dentro de un pequeño bosque. El coronel Carrasco fué el encargado de la conclusion de estas obras, y gracias á su actividad y eficacia, pronto estuvieron listas. (1)

(1) Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos.—1848.

El general Arista, para poner en ejecución su plan, dispuso el día 30 de Abril salir en busca del enemigo, dejando en Matamoros al general D. Francisco Mejía con 1,367 soldados de los batallones activo de México, Morelia y piquetes de varios cuerpos, así como piezas de artillería.

Nuestras fuerzas se pusieron en marcha para el rancho del Longoreño, distante cinco leguas, sobre el camino de la Boca del Río, que era el punto señalado para verificar el paso, pero como solo dos chalanes pudieron conseguirse, se emplearon veinticuatro horas y se perdió una excelente oportunidad de derrotar al enemigo. En nuestro concepto el general Arista, que era un militar valiente y entendido, debió preparar de antemano las lanchas necesarias, y el no haberlo hecho es un grave cargo que le resulta ante la historia, y aún

fué uno de los que se le hicieron al ser sometido más tarde á un proceso.

El enemigo supo aprovecharse para burlar en parte el plan del general Arista, marchando con dos mil hombres al Fronton, dejando en el fuerte *Brown*, frente á Matamoros, algunas fuerzas, que el 3 de Mayo rompieron sus fuegos sobre la plaza, quizá para desviar la atención de Arista y que retrocediese, pero léjos de hacerlo continuó su marcha para Palo Alto á donde acampó; pero por falta de agua, cambió de posición situándose el día 5 en los Tanques del Ramireño.

El general Ampudia, segundo en jefe del ejército, por orden del general Arista se dirigió el mismo día 5 de Mayo con una brigada de 1230 hombres, dos compañías de zapadores, los batallones 4° de infantería y Puebla, algunas otras fuerzas y cuatro piezas de ar-

tillería, á atacar el fuerte *Brown*, en combinacion de nuestra guarnicion de Matamoros. Se empeñó el combate y muerto *Brown*, comandante del fuerte, estaban para rendirse los norte-americanos, pero habiéndose movido Taylor sobre nuestras fuerzas acampadas en los Tanques del Ramireño, el general Ampudia tuvo que levantar su campo para auxiliar á su general en jefe, quien ya habia retrocedido á su primera posicion de Palo Alto, llegando casi al mismo tiempo que el enemigo á la una y media de la tarde del 8 de Mayo.

Las fuerzas mexicanas se formaron en batalla del modo siguiente: á la derecha, apoyada en una colina de 18 á 20 piés de altura, se situó un escuadron del regimiento Ligero de México, seguía una pieza de artillería, el batallon de zapadores, el 2º regimiento ligero, una batería de 8 piezas y luego el 1º, 6º

y 10º de línea. La infantería estaba á las órdenes de los generales D. Rómulo Diaz de la Vega y D. José María García (1). A quinientas varas de distancia se veian cuatro escuadrones de los cuerpos 7º, 8º, Ligero de México y de las compañías presidiales, con dos piezas de artillería mandando estas fuerzas el general D. Anastasio Torrejón.

La línea enemiga estaba formada en este orden: á la derecha y frente de nuestra izquierda, mandada por el coronel Twiggs, los batallones 5º de infantería, cuyo jefe era el teniente coronel Mc Intosh; la batería del mayor Ringgold; el 3º de infantería, mandado por el capitán L. N. Morris; dos piezas de grueso calibre, al mando del teniente Churchill; el 4º mandado por el mayor

(1) El valiente general D. José María García murió hace poco tiempo en el pueblo de Atzacotalco, á donde se le confinó á la caída del imperio.

G. W. Allen; el 3º y 4º regimientos, que componian la 3ª brigada, á las órdenes del teniente coronel Garland, y por último, dos escuadrones mandados por los capitanes Kerr y May. La izquierda la formaba la 1ª brigada, cuyo jefe era el teniente coronel Belknap, y se componía del batallon de artillería mandado por el teniente coronel Childs, la artillería ligera del capitán Duncan y el 8º de infantería bajo la direccion del capitán Montgomery.

Era la primera vez, dice un historiador contemporáneo, que las armas nacionales se iban á medir con las del enemigo, que por tanto tiempo habia estado acumulando agravios sobre México: el honor nacional y la defensa de una causa justa inspiraban al soldado mexicano el fuego entusiasta que hubiera hecho presagiar un glorioso triunfo, que humillara la frente del soberbio enemi-

go, que sin más título que su poder pretendía la usurpacion de nuestro territorio.

A las dos y media de la tarde se rompieron los fuegos, y en aquellos mismos momentos se presentó el general Ampudia con la brigada que habia atacado el fuerte Brown, segun ya hemos dicho. Nuestro batallon 4º de infantería avanza en columna cerrada, y sin desconcertarse por la lluvia de balas, y dejando el camino regado de cadáveres, sigue su marcha, hasta llegar á la línea, donde desplegó en batalla, á la izquierda del 16º batallon.

Nuestras tropas, por espacio de dos horas y tres cuartos sufrieron un fuego continuo de cañon y de fusilería, sin moverse de su línea, y el mismo general Taylor, en el parte que dió á su gobierno, no pudo ménos de elogiar la constancia de nuestros soldados. (1)

(1) El general Márquez, en una obra que pu-

Debemos decir que la artillería americana era muy superior, de sistema desconocido en México en aquella época, de grande alcance sus proyectiles huecos: sus soldados venían armados de magníficos rifles Mississipi, mientras que las tropas mexicanas llevaban fusiles de chispa, de cuatro calibres diversos, y nuestros cañones eran antiguos, de los que dejaron los españoles al efectuarse la independencia de México.

El general Taylor, con objeto de ocultar sus operaciones se valió de esas

blicó el año de 1869, al hacer el elogio del ejército mexicano, lastimado por D. Manuel Ramirez Arellano, dice:

“General Arista, levántate de tu tumba y ponte dedo frío sobre los labios del detractor Arellano, señalándole los campos de Palo Alto y la Resaca de Guerrero, en que los valientes que mandaban el 8 y 9 de Mayo de 1846, recibían formados en batalla é impenetrables como si fueran rocas, el fuego mortífero de los cañones americanos, sin que hubiese en aquellos momentos uno solo de tus soldados que diese un paso atrás.”

estratagemas empleadas por los salvajes en sus guerras y mandó incendiar el campo á vanguardia de la derecha de su línea de batalla, ocultando en poco tiempo el humo, á ambos ejércitos. Trascorrida una hora, el general Arista manda que el general Torrejon dé una carga de caballería, desfilando por hileras, y á la vez el enemigo destacó á su encuentro el 5º de infantería con una seccion de la batería Ringgold, situándose en un atascadero. Torrejon, al encontrarse con este obstáculo y hundidos en el fango sus dragones, no pudo dar la carga, y despues de haber sufrido un fuego vivísimo, se replegó á su línea, pues aunque el general Arista le mandó repetir la orden de cargar, era materialmente imposible.

El general Taylor emprendió su movimiento, ordenando que las piezas de á 18 avanzaran por el camino, y á la

izquierda de esta batería tomó posesion la primera brigada y á la izquierda el 5º regimiento. Nuestra izquierda quedaba flanqueada y las circunstancias eran extraordinariamente críticas. « Notando el general Arista lo que sucedia, « dice el teniente coronel D. Jesus Mon-
 « terde, que se batió en aquella accion,
 « (1) mandó hacer un cambio diagonal
 « á retaguardia, sobre la primera mitad
 « del 4º regimiento; en el acto verificóse
 « este movimiento con tanta serenidad
 « como exactitud, la bandera del mismo
 « cuerpo fué derribada dos veces, per-
 « diendo la escolta en la segunda. Sir-
 « viendo de base el 4º regimiento de in-
 « fanteria, cambió de frente toda la ba-
 « talla: en esta evolucion hubo preci-

(1) "Por noreores de la accion de guerra contra el ejército invasor de los Estados Unidos el 8 de Mayo de 1845."—Artículo de colaboracion publicado en igual fecha del presente año, por D. Jesus Monterde, en el periódico *La Voz de México*.

« sion táctica, alarde de valor y de las
 « relevantes prendas de nuestras tropas,
 « en medio de un vivo fuego que redo-
 « bló el enemigo con su gruesa y nume-
 « rosa artillería, cuyos estragos sufrían
 « sin conmoveirse siquiera; animábalos
 « la idea de que ibán á cargar á la ba-
 « yoneta; las banderas y guías genera-
 « les avanzaron á demarcar la línea
 « siendo estas colocadas por los jefes de
 « los cuerpos, los batallones y escuadre-
 « nes marcharon tranquilamente á ocu-
 « par la nueva posicion despreciando la
 « muerte. ¡Abnegacion sublime! ¡Ad-
 « mirable ejemplo de disciplina!

« Habiendo quedado nuestra derecha
 « la más próxima al enemigo, llena de
 « entusiasmo clamaban los soldados por
 « el combate, deseaban con ansia car-
 « gar, lo pedían con vehemencia, terri-
 « bles eran en aquel lugar los estragos,
 « multiplicábase los horrores, aclará-

banse las alas anchurosamente, cuerpos de hombres y de caballos destrozados esparcidos por el campo, dolorosos lamentos de los heridos, el relinchido de los caballos, el silbido de los proyectiles y viendo llegar la noche, nuestros soldados perdían el sufrimiento; comenzó por la derecha un movimiento retrógrado, el que visto por el general en jefe previno dar la carga, la que se emprendió volviendo á ordenarse; esta maniobra la apoyó el ligero de caballería por la derecha, que flanqueaba el enemigo, por la izquierda el resto de la caballería, pero esta se echó sobre nuestra infantería y desordenada no pudo llegar al enemigo, pasando solamente á tiro de pistola de sus baterías, las que con un fuego sostenido á metralla las obligaron á retirarse por la izquierda. Como esta retirada la hicieron sucesiva-

mente los cuerpos, viendo el enemigo algunas fuerzas nuestras que permanecían queriendo llevar adelante cargarle, y además que la noche era bien entrada, se retiró reconcentrándose detrás de sus carros.

En la misma noche se recogieron los heridos por la ambulancia mexicana, pero no habiendo tenido el general Arista la precaución de llevar tiendas suficientes de campaña, y el médico que llevaba los botiquines había desaparecido desde los primeros tiros, no quedó más arbitrio que mandar algunos heridos á Matamoros, en unas carretas que habían conducido víveres, y los demás quedaron abandonados por falta de elementos.

El enemigo, lejos de creer que había alcanzado un triunfo, en una junta de guerra que tuvo en la misma noche del 8, la mayor parte de sus jefes opinaron

por la retirada al Fronton, pero Taylor insistió en seguir adelante.

Las pérdidas del ejército mexicano, fueron en la batalla de Palo Alto, 252 hombres, entre muertos, heridos y dispersos, y el comandante general de artillería Requena calculó en tres mil los disparos de cañon del enemigo y en 650 los de nuestras baterías. Los americanos tuvieron una pérdida de nueve muertos y cuarenta y cuatro heridos, contándose entre éstos al mayor Ringolds.

El 9 de Mayo, no habiendo variado las tropas de Taylor de posicion, disputo el general en jefe, Arista, que las suyas emprendiesen la marcha para Matamoros, y despues de cuatro horas de camine, se detuvieron á las diez de la mañana, en la Resaca de Guerrero, sitio que pareció á propósito para librar una nueva batalla, euya línea se formó

del modo siguiente: los batallones de zapadores, 6º de línea, 2º ligero, 1º y 10º de infantería, colocados á la derecha del camino, en una barranca cuyo borde les cubria hasta el pecho; á retaguardia y en un bosque como segunda línea el 4º batallon. A la izquierda se situó el batallon y compañía guarda-costa de Tampico, sobre el borde posterior de la misma barranca en que estaba la derecha. La caballería del general Canales, con dos piezas de artillería, cubrió el flanco izquierdo. Las cañones restantes, formando dos baterías, se situaron una á la entrada del camino de la Resaca y la otra en el borde posterior de la derecha de la barranca. A trescientas varias, á retaguardia y sobre el camino se colocó la caballería, desplegando los cuerpos, en tiradores, frente á la línea, sus compañías de cazadores, cubriendo la parte izquierda las del 4º y 6º.

El general Arista, á pesar de saber que el enemigo había seguido su marcha á retaguardia de nuestro ejército, cometió la torpeza de disponer se descargara el parque, se desengancharan las mulas de las piezas, se desaparejaran las de carga y se quitaran bridas. A las dos y media de la tarde una partida americana se acercó á reconocer el campo y dos horas despues se presentó el enemigo con todas sus tropas. Arista, en lugar de disponerse al combate, no dió á aquello ninguna importancia y se retiró á su alojamiento diciéndole al general D. Rómulo Díaz de la Vega, le reservaba el honor de mandar la acción de aquel día.

Esa conducta del general Arista fué muy censurada por sus subordinados, y lo es todavía por los pocos que viven, diciendo y con justicia, que él, como general en jefe debería ser el primero

en darles ejemplo para batirse. Muchas medidas de importancia que el general Arista descuidó, el general Ampudia se apresuró á reparar.

Una vez el enemigo frente al ejército mexicano, cargó sobre nuestra izquierda que en el acto fué reforzada por una parte del 4º batallón de infantería al mando del teniente coronel D. Jerónimo Calatayud. El 2º ligero con su jefe el teniente coronel D. Mariano Fernandez y las compañías de cazadores del 4º y 6º conducidas por los valientes capitanes D. José Barragan y D. José María Moreno, que estaban á la vanguardia, pelean con verdadero arrojo, pero la superioridad del enemigo, tanto en número como en armamento, hace que sus esfuerzos se estrellen, cayendo Barragan herido y Moreno prisionero. El 2º ligero por las repetidas órdenes de general Ampudia se bate en retirada con su

jefe á la cabeza, y cerrando la retaguardia el comandante de batallón graduado capitán D. José M. Alfaro.

Taylor continuó su ataque principal contra nuestra izquierda, que era ya muy débil, mandando un trozo de caballería sobre las baterías situadas allí. Se generaliza el combate y los potentes cañones americanos diezman nuestras filas; sus fuerzas avanzan, se apoderan de nuestra artillería, y rehusando rendirse al valiente capitán D. Dolores Ramirez, cae muerto al pié de su batería. El general D. Rómulo Díaz de la Vega recibe orden de retirarse, pero no obedece, muere su caballo, y combatiendo pié á tierra con su espada en la mano cae prisionero.

La izquierda mexicana quedaba reducida al batallón y compañía guardacosta de Tampico, y al morir sus jefes, el comandante D. Juan Mateos y el ca-

pitán Arana, se ponen al frente el primer ayudante D. Ramon Tavera y el capitán D. José Barreiro, logran abrirse paso intrépidamente (1) hasta reunirse con las compañías presidiales que mandaba el coronel Sabariego, y ya juntas organizan su retirada, salvándose parte de nuestros soldados.

El general Arista, sin moverse de su tienda, manda al general Ampudia que con los restos del 4º regimiento, al mando del coronel D. José López Uraga, fuera á sostener la batalla; pero á pesar de batirse con ardor, todo es infructuoso y la retirada, sin combatir, de la caballería de Canales, situada al flanco izquierdo, acaba de ceder el triunfo á los invasores, cayendo en su poder todo nuestro material de guerra y todos

(1) En este acto recibió el capitán D. José Barreiro tres heridas que lo pusieron fuera de combate.

nuestros cuerpos de la derecha se desbandan, á excepcion del 1º de línea, que reunido y con su coronel á la cabeza, sin disparar un tiro, pasa el río por el Longoreño.

Hasta entonces se convenció Arista de la derrota, y lleno de dolor, ardiendo en cólera y prorumpiendo en quejas contra los cobardes, cosa injusta, puesto que él que debía ser el primero en batirse, permaneció escribiendo en su tienda de campaña, se pone á la cabeza de la caballería. Fueron vanos sus esfuerzos, y á las diez de la noche entraba á Matamoros con sus dispersos, protegidos por las batallones de Puebla y Morelia con sus jefes D. Joaquin Orihuela y D. Fernando Urriza.

El día 11 se efectuó un cange de prisioneros y no habiendo admitido Taylor un armisticio que fué á proponerle el general D. Tomás Requena en nom-

bre del general Arista, dispuso este la evacuacion de Matamoros, retirándose para Linares á donde llegó el 28 con un reducido ejército.

El gobierno del general Paredes, al tener noticia de las desgracias habidas en la frontera del Norte, dispuso que el general D. Francisco Mejía tomase el mando del ejército, y que el general Arista viniese á México para dar cuenta de su conducta y ser sometido á un consejo de guerra.

Los cargos principales contra el general Arista, dice el Sr. Roa Bárcena en su apreciable obra «Recuerdos de la invasion norte-americana,» consistian: «en haber suspendido, al hacerse cargo del mando, los movimientos y disposiciones de su predecesor Ampudia; en haber retirado de Palo Alto las fuerzas de Torrejon y Canales para que protegiesen el paso del Bravo por nuestra in-

fantería; en no haber atacado la retaguardia de Taylor en su marcha al Fronton de Santa Isabel; en no haber cargado oportunamente sobre el enemigo el 8 de Mayo en Palo Alto; en haber hecho descargar mulas y desenganchar tiros en la Resaca; en haber colocado allí indebidamente las tropas y en no haber empleado esfuerzo alguno para impedir la derrota. Finalmente, en haber abandonado Matamoros cuando tenia elementos sobrados para defender dicha plaza. A todos estos cargos solian agregarse los de que vendia ganados y víveres de sus haciendas al enemigo, hacia construir cartuchos sin balas para las tropas, y otros no ménos absurdos y que despues vimos reproducidos contra Santa Anna.

El general Arista llegó á México el 15 de Setiembre del mismo año de 1846, sin que volviese á figurar en los acontecimientos que despues tuvieron lugar

y más adelante veremos que se rehusó á mandar la caballería en Setiembre de 1847.

Los muertos habidos en la accion de Palo Alto, fueron: capitanes, D. Antonio Rubin, D. Leonardo Picazo, D. José Dolores Ramirez y D. Guadalupe Cárdenas; tenientes, D. Pedro Maturel, D. Francisco Rosas, D. Leopoldo Mejía y D. José Martel; y en la Resaca de Guerrero sucumbieron los capitanes D. Apolonio Barragan, D. Pedro Apezteguia y D. Manuel Arana; tenientes, D. Francisco Batalla y D. Manuel Mascareña. Además de estos oficiales que á excepcion del capitan Ramirez figuran con el empleo inmediato en el escalafon general del ejército, publicado en el año de 1854, el Sr. Roa Bárcena pone en su obra, al capitan D. Fernando Marion y tenientes D. Francisco Pacheco, D. Antonio Souza y D. Anselmo Suárez.

Los pocos patriotas que viven y se batieron en aquellas gloriosas cuanto desgraciadas jornadas, son: generales D. Pedro Hinojosa, actualmente secretario de Guerra y Marina; D. José María Alzaro; D. Alejo Barreiro, D. Enrique Ampudia; coronel, D. Manuel Escudero; tenientes coroneles, D. Ignacio Arreta, D. Jesus Monterde; comandante de escuadron D. Gabriel Aguillon; comandante D. Juan Barrios, y oficiales D. Juan Daza y Argüelles, D. José Antonio Castro y D. Manuel Luyando. (1)

Mientras se verificaban los tristes acontecimientos que acabamos de referir, el general D. José María Yañez, en unión de los jefes D. Guadalupe Montenegro, D. Guadalupe Perdigon Garay, D. Santiago Xicotencatl y otros muchos, levantaba el estandarte de la re-

(1) Es muy probable vivan otras personas, pero no nos ha sido posible saberlo.

belion en Guadalajara, proclamando un plan el día 20 de Mayo de 1846 en favor del general D. Antonio López de Santa Anna, que año y medio antes habia tenido una caída estrepitosa, al grado de haberse arrastrado por el pupulacho la pierna que tan gloriosamente perdió en Veracruz.

Si inconveniente nos pareció el pronunciamiento del general Paredes en Diciembre de 1845 cuando debia marchar con su ejército á la frontera del Norte, creemos más criminal el del general Yañez, pues rotas ya las hostilidades y batiéndose nuestras fuerzas en Matamoros contra los americanos, lo natural era que por muchos defectos que tuviese el general Paredes, á quien se acusaba de monárquico, todos los mexicanos, sobre todo el ejército, se unieran en derredor del gobierno para darle fuerza y respetabilidad.

Por otra parte, el citado general, como dice muy bien un escritor liberal en una obra publicada en 1883, " se había " dedicado con teson á la organización, " disciplina é instruccion del ejército, " con ánimo de ponerse á su cabeza y " marchar á combatir á los invasores. " (1)

El gobierno, en vista de la sedicion de las fuerzas de Jalisco, dispuso marchar á reducirlas al órden el general D. José María Gonzalez Arévalo, pero habiendo sufrido un fracaso y muerto él mismo, se autorizó por el Congreso de la Union, segun su decreto del 20 de Junio de 1846, al general presidente D. Mariano Paredes y Arrillaga para mandar personalmente las fuerzas de mar y tierra.

(1) "La invasion americana, 1846 á 1848." Apuntes del subteniente de artillería Manuel Balbonfin.

El mismo Congreso, presidido por el general de Division D. Anastasio Bustamante, y por iniciativa del general D. Jose María Tornel, ministro de Guerra y Marina, facultó al gobierno por medio de su decreto expedido el 2 de Julio: "1º Para repeler, en uso de la natural defensa de la nacion, la agresion " que los Estados Unidos de América " han iniciado y sostienen contra la República Mexicana, habiéndola invadido y hostilizado en varios de los departamentos de su territorio. 2º Para " que á más de completar los cuerpos " de milicia permanente y activa, que " cesarian al restablecimiento de la paz, " quedando facultado el gobierno para " hacer los gastos necesarios en todos " los objetos de guerra. 3º y último. Para " hacer conocer á las naciones amigas y á toda la República, las causas " justificativas que la obligan á defen-

„ der sus derechos, sin otro recurso que
 „ el de repeler la fuerza con la fuerza,
 „ en la violenta agresion que le hacen
 „ dichos Estados. „ (1)

El presidente Paredes dispuso marcharan tres brigadas rumbo á la frontera, mandadas por los generales graduados D. José María García Conde y D. Simeon Ramirez, y teniente coronel D. Florencio Azpeitia, formando un total, segun los apuntes del hoy coronel Balbontin, de tres mil ciento cuarenta hombres con diez y seis piezas de artillería, saliendo de México los días 25, 26 y 27 de Julio, y el 28 se encargó de la presidencia de la República el general D. Nicolás Bravo, con su carácter de vicepresidente.

El Sr. Paredes se quedó en la Capital algunos días, mientras acababa de arre-

(1) Legislacion Mexicana por Dublan y Lozano.—Tomo V, pág. 136.

glar todo lo necesario para el buen éxito de la campaña, y detuvo para que lo acompañase, una brigada al mando de D. José Mariano de Salas, però éste general que diez y siete años más tarde habia de ser Regente del Imperio, y entónces era republicano ardiente, se pronunció en la Ciudadela de México el día 4 de Agosto, saltando á sus más sagrados deberes, en momentos de mayor conflicto para la patria. El día 6, despues de algunas conferencias, la guarnicion de la Capital se unió á los pronunciados, y el general Paredes aprehendido en la hacienda de los Ahuehuetes por el general D. Francisco Avalos, fué conducido á la misma Ciudadela á la madrugada del día 5. (1)

(1) A la junta habida en México la noche del 5 de Agosto, concurren por parte del general Bravo, los generales D. Martin Carrera y D. José Urrea, y por la de los sublevados los generales D. Francisco Pacheco, D. Antonio Vizcaíno y D. Pedro Lémus.

El general Paredes, que era un hombre honrado, militar valiente é instruido, pero muy ambicioso, subió al poder por medio de una revolucion, y cayó por otra; siendo lo notable del caso, que ambas fueron efectuadas por unos mismos generales y jefes.

Tanta revuelta no podía ocasionar ningun bien al país, porque los gobiernos tenian que cuidarse ante todo de sus mismos sostenedores, y estos apenas le dejaban tiempo de ocuparse de lo más importante, cual era la salvacion de la patria, amenazada por su ambicioso y audaz vecino. (1)

(1) Por un error dijimos en una nota de la página 81 que habia muerto en Atzacapotzalco el general García, pues aun cuando en efecto murió, no es el que combatió en Palo Alto.

CAPÍTULO VI

Administracion del general Salas.—Defensa y pérdida de Monterey.—Gobierno de Gómez Farias.—Pronunciamiento de los polkos.—Batalla de la Angostura.

El general Salas, caudillo de la revolucion triunfante, tomó las riendas del gobierno el dia 6 de Agosto de 1846 y sus actos más esenciales fueron: 1º Expedir la convocatoria para las elecciones de diputados al Congreso, que deberia instalarse á los cuatro meses, y 2º Poner en vigor la Carta federal de 1824, mientras se publicaba una nueva, cesando desde luego el consejo de gobierno y las asambleas departamentales. El ministerio se formó del modo siguiente: Relaciones exteriores, D. Manuel Crescencio Rejon; Justicia, D. José Ra-

El general Paredes, que era un hombre honrado, militar valiente é instruido, pero muy ambicioso, subió al poder por medio de una revolucion, y cayó por otra; siendo lo notable del caso, que ambas fueron efectuadas por unos mismos generales y jefes.

Tanta revuelta no podía ocasionar ningun bien al país, porque los gobiernos tenian que cuidarse ante todo de sus mismos sostenedores, y estos apenas le dejaban tiempo de ocuparse de lo más importante, cual era la salvacion de la patria, amenazada por su ambicioso y audaz vecino. (1)

(1) Por un error dijimos en una nota de la página 81 que habia muerto en Atzacapotzalco el general García, pues aun cuando en efecto murió, no es el que combatió en Palo Alto.

CAPÍTULO VI

Administracion del general Salas.— Defensa y pérdida de Monterey.—Gobierno de Gómez Farias.—Pronunciamiento de los polkos.—Batalla de la Angostura.

El general Salas, caudillo de la revolucion triunfante, tomó las riendas del gobierno el dia 6 de Agosto de 1846 y sus actos más esenciales fueron: 1º Expedir la convocatoria para las elecciones de diputados al Congreso, que deberia instalarse á los cuatro meses, y 2º Poner en vigor la Carta federal de 1824, mientras se publicaba una nueva, cesando desde luego el consejo de gobierno y las asambleas departamentales. El ministerio se formó del modo siguiente: Relaciones exteriores, D. Manuel Crescencio Rejon; Justicia, D. José Ra-

mon Pacheco; Guerra y Marina, general D. Juan N. Almonte, y Hacienda, D. Valentin Gómez Farias.

Como hemos dicho en nuestro capítulo anterior, fué nombrado jefe del ejército del Norte, el general D. Francisco Mejía, recibíendose del mando el día 3 de Junio en Linares. En esta población permanecieron nuestras fuerzas hasta el 9 de Julio siguiente, y por graves enfermedades del Sr. Mejía, se puso á la cabeza el general D. Tomás Requena para dirigirse á Monterey, á donde llegaron por los días 23 á 24 del mismo mes.

Desde ántes que se separara el general Arista del mando del ejército, dispuso que la sección de ingenieros al mando del teniente coronel Zuloaga, que suponemos seria D. Félix, y el batallón de zapadores á las del teniente coronel D. Mariano Reyes (muerto en

Querétaro hace seis ó siete años), marchasen á Monterey á fortificar la ciudad, que es una de las más hermosas de la República.

Las obras de fortificación que se habían emprendido y las que se emprendieron despues, consistian en un reducto bastionado de doscientas setenta varas de largo que encerraba el incompleto edificio de la catedral.

Se levantó otro reducto en la Tene-
ría, punto extramuros de la ciudad, en la orilla izquierda del rio y se construyó otra obra en el pico más bajo del cerro del Obispado. Por último, se encargaron los atrincheramientos de la parte oriental al coronel Carrasco.

A mediados de Agosto se recibió la noticia del movimiento emprendido por el general Taylor á Camargo, y el general Mejía, que restablecido de sus enfermedades ya había vuelto á tomar el

mando, se preparó á combatir al enemigo, pero el nuevo gobierno nombró jefe del ejército al general D. Pedro Ampudia.

Como habrá podido notarse, constantemente se cambiaba de jefe al ejército del Norte, y esto no podía dar ningun resultado favorable á la causa nacional, porque cada general desaprobaba lo hecho por su antecesor y formaba nuevas combinaciones, perdiéndose un tiempo precioso que los invasores sabian aprovechar.

Además, desde la retirada de Matamoros, el ejército estaba dividido en dos bandos, uno que se conformaba con que fuese su jefe el general Ampudia, y otro que deseaba continuase el general Mejía.

Estos partidos, como hace observar el Sr. coronel Balbontin en sus Apuntes, tuvieron una funesta influencia en los acontecimientos.

El 9 de Setiembre entraron á Monterrey las fuerzas salidas de México en los últimos dias de Julio y que el general Paredes no pudo ya conducir, por habersele arrebatado la presidencia. El ejército del Norte ascendió entonces á cinco mil hombres, formados de los siguientes cuerpos, que dividiremos en dos fracciones, la primera con los que ya existian, y la segunda con los que acababan de llegar.

Infantería: primer regimiento, 2º ligero, 4º y 10º de línea, dos compañías del 6º, activos de México y Morelia.
Caballería: ligero 7º y 8º de línea. Artillería: 13 piezas.

2ª Infantería: batallones 3º y 4º ligeros, 3º de línea, activos de Aguascalientes, Querétaro y San Luis. Caballería: tercer regimiento lanceros de Ja-

isco y Guanajuato. Artillería: 16 piezas. (1)

Las tropas americanas se concentraron en Cerralvo, disponiéndose á dar un golpe rudo y repentino, y el 15 en la noche, cuando los mexicanos celebraban el glorioso grito de independéncia, se anunció su aproximación á Monterey, exaltándose el entusiasmo para batirlas.

El 19 hizo el enemigo un ligero reconocimiento, avanzando sus columnas hasta cerca de la Ciudadela, y retirándose luego á su cuartel general situado en el bosque de Santo Domingo, á cosa de una legua al Norte de Monterey. En aquellos mismos momentos el general en jefe D. Pedro Ampudia, mandó reparar el reducto de la Tenería, obra que

(1) Además se contaban, según dice en sus Apuntes el Sr. Balbontin, con "unos mil hombres de guardia nacional, siendo una gran parte de caballería de la llamada de *corcitas*."

había costado un mes de trabajo, y que en pocas horas de esa misma noche dejó lista el capitán D. Luis Robles Pezuela, que después llegó á coronel de ingenieros, y en el imperio de Maximiliano desempeñó el ministerio de Fomento.

En la tarde del 20 se movió el general Worth con una columna de las tres armas rumbo al Topo, con objeto de posesionarse del camino del Saltillo y cortar la comunicación con el interior del país, pero habiéndolo observado el general Ampudia mandó situar la caballería á las órdenes del general Torrejon en el Jagüey. En la misma noche Worth se apoderó de las milpas que había entre la ciudad de Monterey y el Obispado, permaneciendo emboscado en ella. Entonces dispuso el general Torrejon que la 2.^a brigada de caballería mandada por el general graduado coro-

nel D. Antonio M. Jáuregui (padre del coronel del mismo nombre; que está hoy empleado en el ministerio de la Guerra) y compuesta de los regimientos 3º y 7º y las compañías presidiales de la frontera, se situase en el llano entre el Obispado y la Ciudadela.

En la parte oeste del mismo cerro del Obispado se colocó la 1ª brigada de caballería al mando del general D. Manuel Romero. Esta fuerza, al amanecer del 21, se dirigió rumbo al Jagüey y á poco se encontró con el enemigo, rompiéndose los fuegos, que hicieron morir inmediatamente al comandante D. Juan N. Nájera, que con el regimiento lanceros de Jalisco iba á la vanguardia. «Empeñóse la carga, dicen los «Apuntes para la historia de la guerra,» la dirige el comandante del regimiento de Guanajuato D. Mariano Morett, los cincuenta dragones, que lo siguen yacer

tendidos; entónces, rota su lanza, tirando de su espada, solo, herido, se arroja intrépido y persigue á los americanos hasta sobre sus mismas piezas, retirándose en seguida tranquilo: el enemigo mismo respetó su osadía no disparándole en su retirada un solo tiro.»

La conducta del valiente Morett; hizo prorrumpir en aplausos á sus camaradas, «y él con su modestia, mostró que el verdadero mérito es humilde, y que el heroismo huye de la desvergüenza y de la vanidad.» Sin embargo, este jefe, acaba de morir hace un año desempeñando un humilde empleo en la ciudad de San Luis Potosí, con la tristeza de que sus servicios no hayan sido recompensados por el gobierno, que todo lo sobrepone al espíritu de partido.

Después del combate que acabamos de describir, y retirada nuestra caballería al centro de la plaza, el general

Worth, triunfante, atravesó el río y atacó el fortín de la Federación, defendido por dos cañones y ochenta soldados, que sucumbieron después de una débil resistencia, pues aunque el general D. José María García Conde marchó con el batallón de Aguascalientes y dos cañones á reforzar nuestra caballería, no pudo prestar ningun auxilio, pues por los movimientos del enemigo sobre la plaza se le hizo regresar.

Serian las siete de la mañana cuando los americanos comenzaron á organizar su ataque, situando una batería frente á la Ciudadela, que la batió por espacio de veinte minutos.

Tres columnas avanzaron á paso veloz, deteniéndose á poco la del centro para servir de reserva, la de la derecha siguió adelante para ocupar la arboleda y solares que terminan la ciudad por el N. E. y la de la izquierda, precedida de

una nube de tiradores, cargó sobre la Tenería, cuyo fortín mandaba el coronel D. José María Carrasco, guarneciéndolo doscientos infantes de los batallones 2º ligero y Querétaro, así como tres piezas de artillería á cargo del jefe de division D. Juan Espéjo, que fué fusilado en Campeche como general imperialista en Junio de 1867.

En el momento del ataque á la Tenería, llegó un refuerzo de ciento cincuenta infantes del 3º ligero y un cañon de á ocho, al mando del teniente coronel D. Joaquín Castro.

El combate comenzó y cuando el fuego era más horroroso las columnas enemigas de la derecha y del centro se retiraron en desorden y la de la izquierda no tardó en seguir su ejemplo; así es que los valientes defensores del fortín de la Tenería mandaron tocar diana y lanzaron muchos vivas á México.

La retirada de los invasores fué motivada porque el general Jáuregui, con su brigada de caballería, hizo una salida por el rumbo de la Ciudadela para atacar la izquierda enemiga. El coronel graduado D. Miguel Gonzalez Núñez se colocó á la vanguardia con un escuadron del tercer regimiento, arrollando en pocos instantes la fuerza enemiga causándole notable daño y portándose dignamente toda su tropa, pero muy en particular el alférez D. Joaquin Miramon, que algunos años más tarde habia de tener una muerte trágica á manos del general D. Mariano Escobedo. Miramon, no obstante su corta edad se echó con su espada en la mano sobre dos enemigos que lo esperaban, y sin embargo de la tenaz resistencia que opusieron, les dió muerte.

No se pudo continuar la carga porque el enemigo, parapetado, opuso á

nuestros dragones una gruesa batería, que habria concluido con ellos, por lo cual se replegó la brigada al costado de la Ciudadela, á donde permaneció hasta el oscurecer, que por orden superior se trasladó á la plazuela del Campo Santo.

El enemigo volvió á organizar otro ataque sobre la Tenería y nuestras tropas se prepararon á recibirlo. Después de un combate heróico, se agotó el parque y parece que entonces los principales jefes emprendieron la fuga, continuando la defensa algunos oficiales, pero como es de suponerse cundió la demoralizacion y los soldados comenzaron á abandonar el parapeto en momentos que las balas americanas aumentaban notablemente. Sin embargo, el capitán del 3º ligero D. Domingo Nava pudo reunir cuarenta hombres agregándolos para cargar á la bayoneta, y en-

al tónces lo siguieron otros muchos soldados. Algunos oficiales pretendieron detenerlos, pero ellos gritaban que se les diese parque y se batirian.

Solamente quedaban en el fortin el teniente de ingenieros D. Joaquin Colombres, que creemos vive aun en Puebla, los subtenientes de artillería D. Agustin Espinosa y D. Manuel Balbontin y un oficial de infantería Castelan, que entendemos fué despues ayudante del presidente D. Miguel Miramon. En la azotea de la casa de la Tenería quedaron algunos soldados con los oficiales del 3º ligero D. Juan Servin y D. Ignacio Solacha, y del batallon de Querétaro D. Guillermo Moreda.

A las doce del dia terminó el combate, que habia durado cinco horas. Murió el capitan Servin, fué herido Castelan y el enemigo se apoderó de tres oficiales, treinta soldados, la artillería y algun armamento.

Acto continuo y sin tomar ningun descanso los invasores avanzaron sobre el Rincon del Diablo, situado a tiro de fusil de la Tenería. Se hizo una resistencia heroica, siendo rechazado el enemigo tres veces, y en su último ataque, agotado nuestro parque, el general D. Francisco Mejia, jefe de la línea, puesto á la cabeza de trescientos infantes de Aguascalientes y Querétaro, manda cargar á la bayoneta saltando los parapetos y hace huir á las tropas americanas. Se distinguieron mucho los tenientes coroneles D. Calixto Bravo, D. José Ferro; comandante de batallon D. José María Herrera y Lozada; capitanes de artillería D. Patricio Gutierrez y D. Ignacio Joaquin del Arenal, y el sargento 1º Simon Mendoza.

El enemigo se retiró á su cuartel general situado en el bosque de Santo Domingo, dejando un destacamento en la

Tenería, cuyo fortín fué la única ventaja que obtuvo, con una pérdida como de mil hombres, segun dicen los autores de los «Apuntes para la historia de la guerra,» pero al Sr. Roa Bárcena le parece exagerado ese número y refiriéndose á la version americana, cree que la baja fué de 394 muertos y heridos, inclusive el general Buttler y 96 oficiales.

Es generalmente sabido que los partes militares carecen siempre de exactitud, pues tanto los jefes vencedores como los vencidos ponderan mucho las de su adversario y disminuyen la suya, por lo cual no sabe uno á qué atenerse.

El siguiente día 22 de Setiembre dispuso el general Taylor trasladar sus operaciones al Occidente de la ciudad, con la mira de apoderarse del cerro del Obispado, que defendían doscientos cincuenta infantes y cuatro cañones al mando del teniente coronel D. Francis-

co Berra. El general Ampudia, sin embargo de tener algunas columnas de infantería, dispuso que el general Jáuregui, con su brigada de caballería, auxiliara á Berra, y el general Torrejon lo situó personalmente en la medianía del cerro.

Los invasores se apoderaron á la madrugada, del pico occidental del indicado cerro, y desde ese punto y el fortín de la Federacion rompieron sus fuegos é hicieron subir algunos batallones, que fueron rechazados dos veces por nuestra guarnicion del Obispado, que habia sido reforzada por cincuenta dragones; pié á tierra.

Los generales Torrejon y Jáuregui se batian valientemente, pero como su fuerza era de caballería, sostenian un combate desigual, por lo cual repetidas veces pidieron infantería al general en jefe, pero éste no juzgó conveniente

mandarla, sino cuando despues de una defensa heróica habia sucumbido el cerro, por cuya razon el auxilio, compuesto del batallon de zapadores y 1º de línea, solo llegó á la plazuela del Campo Santo.

Las tropas mexicanas por orden del general Ampudia se replegaron al centro de la plaza, quedando abandonados todos los puntos de la línea exterior de defensa á excepcion de la Ciudadela que defendian quinientos hombres al mando del coronel D. José López Uruga, muerto en San Francisco California en Febrero de 1885, despues de haber sufrido una dilatada expatriacion.

A pesar de los triunfos obtenidos por los invasores y de la penosa situacion á que estaba reducido el ejército mexicano, el general Taylor, considerando difícil la completa ocupacion de Monterey, dispuso levantar el sitio «fijando su mar-

cha para el día 25, y el ejército se hubiera retirado, sin duda, el 26. Tres días más de constancia y de energía y el triunfo hubiera sido nuestro,» (1) pero la desgracia que siempre persiguió á nuestra infortunada patria, hizo que despues de los ataques dados por el enemigo el día 23, y de haber arrojado en la noche algunas bombas desde la plazuela del Carmen, varios jefes mexicanos, apoyados por el comandante general de artillería, excitaran al general Ampudia para que capitulara.

A las tres de la mañana del 24 salió el coronel graduado capitán D. Francisco R. Moreno para el cuartel general americano á solicitar un parlamento, á la vez que Taylor mandaba un jefe á pedir una suspension de armas. Encontrados ambos enviados en el camino é impuesto el americano por el mexicano

(1) Balbontin.—“La invasion americana 1846 á 1848.”

de la comision que llevaba, le contestó que la suya era la de *intimar la rendicion*, y ya entónces él mismo llevó al coronel Moreno á presentar á Taylor. Si no hubiera tenido efecto este encuentro casual, entónces el general Ampudia habria variado de conducta, imponiéndose á los invasores.

Taylor recibió al enviado mexicano con la mayor frialdad, diciendo no admitiria sino que nuestras fuerzas se rindieran á discrecion.

El general Ampudia convocó á una junta que tuvo lugar á las nueve de la mañana y todos los que asistieron á ella contestaron «que primero la muerte que la infamia; que nadie habia pedido capitular, y que esta era la última resolucion de todos.» Los generales Torreon y Jáuregui dijeron que *romperian la línea enemiga y se saldrian con la segunda brigada ántes que rendir sus armas.*

Sin embargo de lo expuesto, el general Ampudia nombró á los generales D. Tomás Requena y D. José M. García Conde, y al gobernador de Nuevo Leon D. Manuel M. del Llano para que ajustaran una capitulacion con los comisionados del enemigo que fueron el general Worth, el mayor general Henderson y el coronel Jefferson Davis, que algunos años despues habia de ser presidente de los confederados del Sur de los Estados Unidos. A la media noche del día 24, y despues de acaloradas discusiones, pudo llegarse á un arreglo consistente en que, el ejército mexicano evacuara la plaza con tambor batiente y bandera desplegada, llevando la tropa una parada de cartuchos por plaza y una batería de batalla. Las hostilidades quedarian suspensas por siete semanas, en cuyo tiempo se trabajaria en conseguir la paz, y por último, los ejér-

citos contendientes no pasarian de la Rinconada, Linares y San Fernando de Presas.

El coronel D. José López Uruga, que como ya hemos dicho, tenía á su cargo la Ciudadela, se resistió al principio á entrar en la capitulacion, pero comprendiendo que su sacrificio seria del todo estéril, evacuó el edificio, que acto continuo ocupó el general americano Smith.

El 26 salió de Monterey el general en jefe Ampudia con una brigada de infantería y otra de caballería al mando del general Jáuregui, y el 27, dia de gratos recuerdos para México por ser aniversario de la consumacion de su independencia en 1821, por el ilustre Iturbide; terminaron nuestras fuerzas la desocupacion de la ciudad en cuyos edificios ondeó el pabellon de las estrellas, en vez de la gloriosa bandera de Guadalupe.

Entretanto se efectuaban los sucesos que acabamos de relatar, el general D. Antonio López de Santa Anna, en cuyo favor se hizo la revolucion del 4 de Agosto, llegó á México el 14 de Setiembre, y cuando se creia que inmediatamente se apoderaria del sillón presidencial, se le vió retirar á Tacubaya sujetándose estrictamente al cumplimiento del plan de la Ciudadela, que ordenaba hiciese el Congreso el nombramiento de presidente.

El general Santa Anna consideró que era preciso obrar con actividad sobre los invasores que asediaban la frontera del Norte y dispuso salir personalmente el 28 del mismo mes de Setiembre, en auxilio del general Ampudia con una division de tres mil hombres que formaban los batallones 1º ligero, 11º de línea, 2º activo de México, algunas baterías de artillería y los cuerpos de

caballería de húsares 2º, 4º y 5º y el escuadron ligero de Puebla, que tomó la denominación de cazadores de á caballo llegando á San Luis Potosí el 14 de Octubre. Tres dias despues lo verificó procedente de Monterey el ejército del Norte, que ascendia á cuatro mil hombres.

El general Ampudia fué depuesto del mando y sujetado á un juicio, pero él de antemano para descargar su responsabilidad, acusó á los generales D. Simeon Ramirez, D. Antonio M. Jáuregui, coroneles D. Nicolás Enciso, D. José María Carrasco y algunos otros jefes de menor graduacion. En consecuencia se abrió á todos un proceso, pero á poco tiempo, previo parecer fiscal y dictámen del asesor, el general Santa Anna mandó sobreseer, y vindicar á los acusados en la órden general del dia.

No obstante que al readirse Monte-

rey se pactó una suspension de hostilidades por ocho semanas que deberían cumplirse á mediados de Noviembre, el general Taylor la dió por terminada el 5 del mismo mes por órden expresa de su gobierno, Jando aviso al general Santa Anna, quien contestó el 10 desde San Luis Potosí «podía comenzar sus operaciones cuando gustase, á que corresponderia debidamente, pues que por el espíritu y decision que advertia en todos los mexicanos, debería desechar (Taylor) toda idea de paz, mientras un solo americano pisase armado el territorio mexicano.»

Por no hacer muy largo este capítulo, no nos detendremos en referir la desocupacion del puerto de Tampico por el general Parrodi, ni las desavenencias habidas entre los generales Santa Anna y Valencia, que motivaron el destierro de éste último á Guanajuato ni las ope-

raciones de los americanos y sólo diremos que el citado general Santa Anna con una actividad asombrosa, y que mereció elogios de sus mismos enemigos, se dedicó á poner su ejército bajo un pie brillante, á pesar de los escasos elementos con que contaba, y á principios de Enero de 1847, pasaron revista en San Luis Potosí, cerca de veinte mil hombres. El Estado de Jalisco dió un contingente de dos mil hombres al mando de los coroneles Perdigon, Garay y Montenegro; el de Guanajuato cinco mil, y otros Estados seis mil.

En México permaneció al frente del gobierno el general Salas hasta el 23 de Diciembre de 1846, y justo es decir en honor suyo, que procuró ayudar al general Santa Anna, hasta donde pudo, proporcionándole los recursos suficientes para mantener su ejército, cuyo presupuesto estuvo cubierto hasta el día 31 del mismo mes.

El Congreso convocado por el plan de la Ciudadela nombró al general Santa Anna y á D. Valentin Gómez Farias presidente y vice-presidente de la República, pero por ausencia del primero, se encargó el segundo el día 24 del poder ejecutivo.

Como es bien sabido, el Sr. Gomez Farias, despues de la caída de Iturbide, cuyo nombramiento de emperador votó con verdadero entusiasmo, se filió en el partido liberal exaltado, y desde luego se propuso hacer triunfar sus ideas, echándose sobre los bienes del clero, como ya habia intentado hacerlo en el año de 1833, y no tuvo presente que con el más puro patriotismo acababa de prestar en 1846, un millon de pesos para hacer la guerra á los invasores norteamericanos.

El 11 de Enero de 1847, autorizó el Congreso al ejecutivo para proporcionar

narse hasta quince millones de pesos, á fin de continuar la guerra con los Estados Unidos, hipotecando ó vendiendo bienes del clero en subasta pública, con el objeto de percibir aquella cantidad, Esta ley llamada de manos muertas fué muy mal recibida, al grado de que el gobernador del Distrito de México renunció su empleo y las diversas personas á quienes correspondía suplirlo no aceptaron, hasta que por fin se prestó á publicar la ley el Sr. Regidor D. Juan José Baz, siendo desde aquella época enemigo encarnizado de la Iglesia Católica; pero se dice que la nieve que cubre su cabeza ha ido modificando mucho desde hace poco tiempo sus ideas, cosa que celebramos.

El 15 de Enero expidió el Sr. Gómez Farias un reglamento para la ejecución de la citada ley, disponiendo se realizaran bienes por valor de diez millones de pesos en esta forma:

Arzobispado de México....	\$5,000,000
" de Puebla....	2,000,000
" de Guadalupe....	1,250,000
" de Michoacan	1,175,000
	<hr/>
	\$10,000,000

Ningun comprador se presentó, por lo cual el gobierno léjos de conseguir un centavo, se atrajo la mayor odiosidad, siendo la primera víctima el ejército acantonado en San Luis Potosí, pues comenzó á carecer de sus haberes, y el general Santa Anna para socorrerlo se echó sobre unas cien barras de plata, de propiedad particular, por valor de ciento y tantos mil pesos, hipotecando en garantía sus propios bienes, cosa que no tenemos noticia haya hecho en la República Mexicana ningun otro personaje. Como un rasgo de honra-

dez é integridad del general Santa Anna, diremos que al ausentarse del país á fines del mismo año de 1847, cubrió de su propio peculio la citada cantidad, reembolsándose como era muy justo, en 1853 cuando por última vez ocupó el poder.

Las medidas del gobierno sobre los bienes de manos muertas, seguían encontrando mucha resistencia en el pueblo, que entonces profesaba únicamente la religion católica, y como la guardia nacional por la misma razon desaprobaba la conducta de D. Valentin Gómez Farias, este dispuso marchara en auxilio del puerto de Veracruz amenazado por la escuadra americaná.

Los cuerpos de esa milicia eran: INDEPENDENCIA compuesto de artesanos, abogados, médicos y comerciantes en número de mil hombres, al mando del general D. Pedro M. Anaya; HIDALGO, á las órdenes del general D. José Ma-

riano de Salas; VICTORIA, á las del coronel D. José Gómez de la Cortina, MINA, á las de D. Lucas Balderas y BRAVOS á las de D. Manuel Payno, actualmente cónsul general de México en España. Todas las personas que como soldados rasos formaban los cuerpos, no recibían un solo centavo del gobierno, de consiguiente no estaban obligados á marchar, abandonando á sus familias y á sus intereses, por lo cual y siguiendo el torrente de la opinion pública que era hostil al Sr. Gómez Farias, proclamaron su caída el día 27 de Febrero y reconocieron por su jefe al general D. Matías de la Peña y Barragan.

Los autores de la obra "Apuntes para la historia de la guerra," censuran el pronunciamiento de la guardia nacional, però no pueden menos de decir estas palabras que son su mejor defensa: "sea como fuere, el movimiento tuvo la acep-

tacion general en México, porque el gobierno de Farias era ya para muchas personas de todo punto intolerable.

Un mes ántes el general Santa Anna, á quien injustamente acusaba la prensa de México por no emprender ningunas operaciones sobre el ejército de Taylor, dispuso salir de San Luis Potosí en su busca y al efecto comenzaron á marchar nuestras fuerzas, en este orden, el 28 de Enero: la artillería con sus trenes y el material de guerra, el batallon de zapadores y la compañía de San Patricio; el 29, la 1ª division al mando del general D. Francisco Pacheco; el 30, la 2ª division á las órdenes del general D. Manuel Maria de Lombardini y el 31 la 3ª que mandaba el general D. José María Ortega. Estas tres divisiones eran de infantería, y la caballería formada de cuatro brigadas al mando de los generales D. Anastasio Torrejon,

D. José Julian Jubera, D. Manuel Andrade y D. José Vicente Miñon, estaba escalonada de antemano desde la hacienda de Bocas hasta la de la Encarnacion.

El general Santa Anna con su estado mayor, cuartel mestre general, comandantes generales de artillería é ingenieros, etc., etc., salió de San Luis el dia 2, y el 19 habia llegado todo el ejército á la ya citada hacienda de la Encarnacion, pasándose una revista de la que resultó haber 14,048 hombres de todas armas, pues áun cuando habia salido de San Luis mayor número, quedó de reserva en Matehuala una brigada de infantería al mando del general D. Ciriacó Vazquez. Sin embargo, el ejército tuvo en su travesía, segun el parte del general Santa Anna, una baja como de mil hombres, motivada por las enfermedades y la desercion, á consecuencia de

las penalidades consiguientes en la época más cruel del invierno, durmiendo las tropas al vivac en aquellos desiertos.

Después de dos días de descanso en la Encarnación, salió el ejército á las doce de la mañana del 21, rumbo al puerto del Carnero, á donde pasó la noche el general Ampudia con los cuatro batallones ligeros que formaban la vanguardia, y el regimiento de húsares. Las demás tropas quedaron cerca del puerto de Piñones. El 22 al amanecer se continuó la marcha y al llegar el general Santa Anna á la Encantada, mandó á las once del día, una intimación á Taylor para que se rindiera, la que como era de esperarse, rehusó abiertamente.

Pocas horas después se encontró al enemigo en la Angostura posesionado delante y detrás del camino. "Su dere-

cha y el frente, dice el general Santa Anna en su parte oficial, se hallaban cubiertos por una porción de barrancas intransitables aún para la infantería; en el punto más culminante, tenía situada una batería de cuatro piezas; sobre la loma se veían formados los batallones con otras dos baterías: una de estas quedaba colocada entre la parte baja del camino entre dos lomas, y en todo me pareció haber visto sobre ocho mil hombres (1) con más de veinte piezas."

El general en jefe Santa Anna colocó sus tropas, á medida que iban llegando, de una manera conveniente, y observando á su derecha un cerro que debía considerarse como la llave de la posición enemiga, dispuso que los cuerpos lige-

(1) El Sr. Roa Bárcena dá al ejército norteamericano, un guarismo de 334 oficiales y cerca de cinco mil soldados, y el Sr. D. Marcos Atóniz en su manual de "Historia y Cronología de México," el mismo número de oficiales y 4,425 soldados.

ros, al mando del general Ampudia, se apoderasen de él, ántes de que lo hiciesen los americanos.

Nuestros soldados á la voz de sus jefes y oficiales iban muy entusiasmados, y á pesar de lo elevado, pendiente y escabroso del terreno, de la multitud de abrojos de que está sembrado y de todas las dificultades que habia que vencer, el capitan D. Leonardo Márquez con su compañía de tiradores del primer regimiento ligero, fué el primero que tuvo la gloria de llegar á la cima, rompiendo el fuego á los invasores. Lo siguió el capitan D. Luis G. de Osollo con su compañía de flanqueadores del mismo 1º ligero, y despues el resto del regimiento, con su jefe el teniente coronel D. Domingo Gayosso. En seguida lo verificaron los regimientos 2º, 3º y 4º mandados respectivamente por sus valientes jefes, comandante de batallon

D. Julian de los Ríos y coroneles D. Juan Baneneli y D. Carlos Brito.

El coronel americano Marshall, con varios batallones, sostuvo el fuego, que fué muy nutrido desde las cuatro de la tarde hasta las siete de la noche, hora en que se retiró á las posiciones inferiores de la línea enemiga quedando el general Ampudia en plena posesion del cerro.

Una hora ántes el general Taylor, comprendiendo que la batalla definitiva tendria lugar al siguiente dia, se retiró para el Saltillo, situado á tres leguas de la Angostura, para dictar todas sus disposiciones, y volvió al teatro de la guerra el 23 en la mañana, cuando ya se habian roto las hostilidades.

A la madrugada de dicho dia las avanzadas americanas fueron arrolladas por las mexicanas y á las cinco comenzó la batalla entre los cuerpos ligeros que la

tarde anterior habían ocupado un cerro, cubriéndose de gloria, reforzados por el 4º de línea, cuyo jefe era el bizarro teniente coronel D. Gerónimo Calatayud, y los rifleros americanos mandados por el coronel Marshall y el mayor Trail.

El general Santa Anna montó á caballo al amanecer, recorriendo su línea y siendo victoreado por sus soldados poseídos del mayor entusiasmo. Examinada la posición enemiga dispuso el expresado general mover sus tropas por la derecha y que la brigada ligera al mando del general Ampudia cargase sobre el flanco enemigo siguiéndole las divisiones Lombardini y Pacheco: al general Micheltorena, cuartel maestro general del ejército, le ordenó situar la batería de cañones de á 8 por nuestro flanco derecho, para que oblicuase sus fuegos sobre la línea de batalla enemiga, y hacia la derecha de los invasores

fué enviado el general D. Ignacio Mora y Villamil, con una columna de ataque compuesta de los batallones de ingenieros, 12º de línea, fijo de México, Puebla y Tampico, siendo el jefe inmediato de estas tropas el coronel D. Santiago Blanco. Dispuso además el general en jefe que el general D. Antonio Coroná, comandante general de artillería, colocase la batería de á doce en una posición mas dominante y por último quedó en reserva la división Ortega. (1)

Las tropas americanas ocupaban su posición en una línea *considerablemente fuerte*. «El camino en este punto, dice el historiador D. Márcos Arróniz, es un *pasadizo estrecho*, y el valle á su derecha se hace casi impracticable para la artillería por multitud de zanjas *extraordinariamente hondas*, mientras por la iz-

(1) Parte oficial del general Santa Anna, sobre la batalla de la Angostura.

quierda una sucesion de barrancas y precipicios se extiende mucho más allá de las montañas que cierran el valle. La desigualdad del camino *era tal* que casi debía paralizar los movimientos de la artillería y caballería enemigas, mientras que su infantería *no podía tampoco* sacar toda la ventaja que debía darle su superioridad numérica. (1)

«La batería americana del capitán Washington se colocó de modo que dominaba el camino, mientras los regimientos 1º y 2º Illinois, á las órdenes de los coroneles Hardin y Bissel y el 2º Kentucky á las del coronel Mac Kee, ocupaban las crestas de los cerros á la izquierda y retaguardia. Los regimientos de caballería Arkansas y Kentucky, á las órdenes de los coroneles Yell y

(1) Se trata del ejército mexicano y las palabras subrayadas son tomadas del parte del general Taylor.

Marshall; ocupaban el extremo izquierdo cerca de la base de la montaña, mientras la brigada Indiana, al mando del brigadier Lane, compuesta de los regimientos 2º y 3º á las órdenes de los coroneles Bowles y Lane, los rifleros del Mississippi mandados por el coronel Davis, los escuadrones del 1º y 2º regimiento de dragones, á las órdenes del capitán Steen y del teniente coronel May y las baterías ligeras de los capitanes Sherman y Bragg, del número 3 de artillería, ocupaban la reserva.

Dadas á conocer las posiciones de ambos ejércitos en el momento de comenzar la acción, diremos que la columna del coronel D. Santiago Blanco, fué recibida con un mortífero fuego de cañon, y nuestros valientes soldados lejos de desconcertarse, seguian impávidos su camino esperando cargar á la bayoneta sobre los enemigos; pero el

general Santa Anna viendo los estragos que sufrían, dispuso suspendiera la marcha el coronel Blanco, permaneciendo en el punto en que se encontraba bajo los fuegos contrarios.

Nuestra ala derecha al mando del general Ampudia y comenzando por el 1º ligero, hizo un cuarto de conversión sobre la izquierda enemiga y las divisiones de los generales Pacheco y Lombardini atacaron el centro. En lo más recio del combate recibió una honrosa herida el último de los citados generales, y tomó el mando de su división el general D. Francisco Perez. La división Pacheco, no obstante los esfuerzos de sus dignos generales, jefes y oficiales, no tarda en desbandarse por ser bizoños todos los soldados, y al ver esta dispersión, los invasores, soñando en un triunfo avanzan con intrepidez. Entonces el valiente general Pacheco reorga-

niza sus tropas, que presenta al general Santa Anna, y éste con asombrosa actividad forma con ellas, la columna del coronel Blanco y la división Perez, una nueva línea de batalla. El enemigo en número de cuatro mil hombres, con tres piezas dirige su ataque, pero fué recibido con un vigoroso fuego por el batallón de zapadores, que accidentalmente mandaba el teniente coronel D. Mariano Reyes, el 11º y 12º de línea, fijo de México, Tampico y los cuerpos que formaban la división Perez, cargando en seguida toda la línea á la bayoneta hasta desalojar al enemigo de todas sus posiciones y reducirlo á su retrinchamiento de Buenavista, distante más de media legua de su primera línea de batalla, dejando en poder de nuestras tropas que mandó personalmente el general Santa Anna, tres cañones, una fragua de campaña, tres banderas y algunos otros objetos.

La caballería, mandada por el valiente general D. Julian Juvera, dió una carga sobre el enemigo, distinguiéndose muy particularmente el regimiento de húsares, cuyo jefe era el coronel graduado D. Miguel Andrade, que vive aún, y el regimiento de coraceros á las órdenes del coronel D. Francisco Güitán. Estos dos cuerpos rebasaron las líneas enemigas y el jefe del segundo, confundido y envuelto traspasó la hacienda de Buenavista, incorporándose al ejército al cabo de algunas horas. En aquella carga pereció el comandante de escuadron D. Juan Luyando y fueron heridos el segundo ayudante D. Felipe N. Chacon, que vive aún y es general de brigada, el capellan D. Joaquin Vallejo y algunos otros oficiales pertenecientes al regimiento de húsares. Entre los coraceros se distinguieron el comandante de escuadron D. Prudencio Velazco, el

teniente D. Antonio Calva, que tuvo la gloria de quitar un estandarte al enemigo, y el alférez D. Antonio Gallardo, que cubierto de heridas acompañó á su jefe el coronel Güitán hasta donde lo permitió su estado de gravedad.

Tambien fué gravemente herido y falleció algunos dias despues en el Cedral el muy valiente capitán D. José Oronoz, ayudante de campo del general Santa Anna, que se mezcló en el impulso que hizo nuestra caballería.

Antes de seguir adelante diremos que desde el dia 22 el general Miñon recibió orden de que con la 1ª brigada de caballería, compuesta de los regimientos de cazadores, cuyo jefe era el general graduado coronel D. José María Gonzalez de Mendoza, el 2º de línea, que mandaban el coronel D. José Frontera y el teniente coronel graduado comandante de escuadron D. Domingo Soto

Mayor, y el 4º de línea al mando del general graduado coronel D. Francisco Avalos (muerto algunos años despues en la batalla de Ocotlan el 8 de Marzo de 1856), y con un total de 12 jefes, 91 oficiales y 1272 dragones, fuera á situarse en la hacienda de Buenavista, á retaguardia de los americanos, bien para cortarles la retirada, ó bien para cargar sobre ellos en el momento que atacasen el centro de su línea nuestras tropas. Desgraciadamente el general Miñon no lo hizo y el general en jefe en su parte oficial dice que por esa desobediencia no obtuvo un triunfo definitivo. Pero para que el lector pueda formarse mejor juicio respecto al general Miñon, daremos una pequeña idea de sus operaciones.

Segun el parte del comandante de las armas americanas en el Saltillo, en la tarde del 22 se apareció la caballería

Miñon en la llanura oriental á dos y media millas de la ciudad, desapareciendo á las pocas horas rumbo al paso de las Palomas. El 23 reapareció moviéndose por la falda de las montañas rumbo á Buenavista y á eso de medio dia interceptó toda comunicacion entre el campamento de Taylor en la Angostura y el Saltillo. Al acercarse el general Miñon á dicha ciudad, el capitán Webster le rompió sus fuegos con obuses de á 24, obligándolo á retroceder con algunas pérdidas y entre ellas sacó herido su caballo. Permaneció Miñon en el camino y recogió á varios dispersos norte-americanos que por allí aparecian. Cosa de las tres de la tarde se movió nuestra caballería, como para volver á la llanura, que fué su primera posicion, y como quedaba fuera del alcance de los obuses de Webster, éste mandó salir de trincheras una pieza, apoyada por una com-

pañía de voluntarios de Illinois. El teniente Shover tambien avanzó con otra pieza, y Miñon se vió obligado á retirarse violentamente, sufriendo graves pérdidas, rumbo al rancho de los Cerritos, á donde durmió la noche del 23, y á la madrugada del 24 se retiró definitivamente por el paso de las Palomas. Como se vé, el general Miñon no estuvo ocioso, pero de todas maneras no llenó la mision que habia recibido del general en jefe.

Serian las seis de la tarde del 23 cuando los americanos fueron arrojados á la bayoneta hasta el último de sus atrinchamientos en Buenavista. Nuestros soldados habian combatido desde la madrugada, sin haber tomado su rancho, y no teniendo ya alientos de combatir por estar estenuadas sus fuerzas, el general Santa Anna, en vez de esperar el siguiente día para librar una nue-

va batalla, en que á no dudarlo habria obtenido un triunfo muy glorioso, dispuso retirarse durante la noche rumbo á Agua Nueva, siendo esto de funestas consecuencias.

Nuestras pérdidas, segun el estado general publicado por el cuartel maestro del ejército, general Micheltorena, fueron: 5 jefes, 21 oficiales y 568 soldados, muertos; 16 jefes, 94 oficiales y 941 soldados heridos y contusos, y 1 jefe, 6 oficiales y 1,847 soldados dispersos.

Del ejército norte-americano murieron los coroneles Mac Kee, Hardin y Yell, el teniente coronel Clay, el capitan Lincoln y otros 24 jefes y oficiales, así como 239 individuos de tropa. Salieron heridos 456 hombres y se dispersaron 23 hombres.

Como se vé, ambos ejércitos tuvieron pérdidas muy sensibles, lo que prueba que la batalla fué reñidísima y que to-

dos combatieron con tenacidad, despreciando el peligro con un valor digno del mayor encomio. Uno de aquellos valientes nos ha manifestado que solo los que allí estuvieron, pueden formarse idea del terrible fuego que vomitaban los cañones y fusiles mexicanos y americanos.

Para concluir este largo capítulo reproducimos los justos elogios que hace de los combatientes en la Angostura, el coronel D. Ismael Piña en un discurso que pronunció el día 30 de Mayo del presente año en la sesion celebrada por la "Sociedad de defensores de la independencia en los años de 1836 á 1848," con motivo del primer aniversario de su establecimiento. Dice así el Sr. Piña: "En la Angostura empiezan de nuevo las glorias del general D. Antonio López de Santa Anna, del vencedor de Barradas, del mutilado de los franceses

en 1838, siempre valiente, y estratégico: en la Angostura todos hicieron más de lo que extríctamente debian: Güitán y Andrade con sus regimientos de coraceros y húsares revasaron las líneas enemigas y en ese esfuerzo que los conocedores en el arte de la guerra saben lo que significa, fueron muy bien secundados por los comandantes Juan Lullando, Ignacio Peña, José Santoyo y el valiente capitan José Oronoz, todos muertos en el campo de batalla. Las columnas de infantería que mandaban los generales Francisco Perez, Ampudia, Parrodi y Manuel M. Lombardini, hacian prodigios de valor y entre los subordinados del general Perez, habia dos jóvenes que más tarde habian de llegar á las alturas dominantes de su partido, más que por las corrientes de la simpatía, siempre voluble, por las del propio mérito: Luis Osollo y Leonardo Már-

quez. (1) Júzuelos como quiera la opinion, yo siempre veré en ellos dos valientes, dos amigos, dos hombres íntegros, dos caballeros y no tendria temor si pidiese que álguien lanzara sobre ellos la primera piedra. En esta batalla estuvo Zires, cuyo vigor no declina; José Cadena, antiguo jefe de Estado Mayor y cuya palabra, ya opaca, como la mia, porque los años todo lo cambian, tiene hoy la misma autoridad que hace cuarenta años; Alejandro Barreiro, que vé premiados sus esfuerzos de patriota en

(1) El comandante de batallon D. Lucio Trejo, que se hizo cargo del 1.º ligero al ser herido su teniente coronel D. Domingo Gayosso, en el parte oficial que rindió, además de recomendar á su jefe, dice:

“Igualmente merecen un lugar distinguido en esta recomendacion el capitán de tiradores D. Leonardo Márquez, quien se condujo en estas funciones con todo el entusiasmo y valor de un bizarro. Así como los de su clase D. Luis G. de Osollo, D. José María Olvera, teniente D. Mariano Vargas y subteniente abanderado D. Julio Taboada, que dieron ejemplos de intrepidez y heroismo.” Nota del autor.

algo que es como una lluvia de los cielos: en su hija que sabe dar vida á las flores y á las aves muertas, en sus cuadros, como si quisiera decir á su padre que la injusticia no es eterna y que llega un dia en que el Fénix se levanta de sus cenizas aunque haya caido sobre ellas, y parecido que se confundía con ellas el polvo de los siglos. En esta batalla tambien murieron Asoños, Berra, Antonio Landa, y muchos jefes y oficiales que no me es fácil recordar.”



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MIGUEL MIRAMON

El general Miramón como ya hemos visto se retiró por el paso de las Flores y se dirigió a la madrugada del 24 y el 25 de febrero.

CAPÍTULO VII

Retirada del ejército después de la batalla de la Angostura.—Llegada del general Santa Anna á México.—Su salida para el Estado de Veracruz.—Derrota de Cerro Gordo

La noche del 23 de Febrero, después de la sangrienta batalla de la Angostura, el general Taylor permaneció en sus mismas posiciones, dedicando su atención á los heridos y preparándose para seguir combatiendo el día siguiente, pero al amanecer del 24 vió con asombro que el ejército mexicano había levantado su campo. Hasta el 27 se movió Taylor para Agua Nueva, llegando en la misma tarde, momentos después que nuestra retaguardia acababa de desocupar el punto.

El general Miñon, como ya hemos dicho, se retiró por el paso de las Palomas á la madrugada del 24, y el general Gonzalez Mendoza, que era conocido por loco, hizo que los soldados de su regimiento de cazadores (1) fueran cantando el himno nacional. Como el camino real estaba ocupado por las fuerzas de Taylor, el general Miñon para no tener un encuentro con ellas, tomó por un lado, y el 27 de Febrero llegó á la hacienda del Huachichil. En este punto todos los jefes y oficiales de la brigada, á instancias de Miñon, dieron en nuestro concepto un mal paso, protestando contra la retirada del general Santa Anna, pues buena ó mala, ellos tenían que guardar silencio. El teniente coronel Soto Mayor fué comisionado para entregar la protesta, y este jefe llegó á

(1) En este cuerpo iba como alférez D. Feliciano Rodríguez, que es coronel con grado de general, y presta sus servicios en el Archivo Nacional.

Matehuala el día último de Febrero á media noche, y por estar acostado el general en jefe, no pudo hablarle sino en la mañana del siguiente día, habiendo reprendido el general á su secretario el coronel Gil, por no haberle despertado inmediatamente.

El general Santa Anna al leer la protesta del general Miñon se indignó altamente, y ordenó que en el acto regresara el teniente coronel Soto Mayor con instrucciones de que tomase el mando de la 1ª brigada de caballería el general D. Francisco Avalos, y que fuesen reducidos á prision el general Miñon y su segundo el coronel Frontera, que en el mismo año había de morir gloriosamente en Padierna, (1)

El 9 de Marzo comenzó á verificar su entrada en San Luis Potosí el valiente

(1) La prision de los Sres. Miñon y Frontera tuvo lugar en la hacienda de Guadalupe Carnicero.

y sufrido ejército mexicano, que mes y medio antes había salido de la misma ciudad en fuerte número y volvía reducido casi á la mitad, por causa de los errores de su general en jefe, ó mejor dicho del destino que la Providencia preparaba á nuestra infortunada patria.

En San Luis se hizo una nueva re-fundición de cuerpos que contribuyera á restablecer el orden y vigorizar á los soldados, y como el pronunciamiento de los polkos en México exigía la presencia del general Santa Anna, dispuso éste venir á la capital con dos brigadas de infantería y una de caballería, todas al mando del general D. Ciriaco Vazquez, y el general D. Ignacio Mora y Villamil quedó en San Luis al frente del ejército del Norte.

El general Santa Anna llegó el 21 de Marzo á la Villa de Guadalupe, distante cuatro kilómetros de México y en

el acto prestó juramento como presidente de la República Mexicana. El 23 se trasladó á la capital, siendo su primer acto solicitar del soberano Congreso de la Union facultades extraordinarias que le fueron concedidas el 28 de Marzo, y en uso de ellas el dia siguiente derogó todas las disposiciones dictadas por el vicepresidente D. Valentin Gómez Farias, respecto á los bienes del clero, quedando completamente restablecida la tranquilidad pública, despues de un mes de haber estado pronunciada la guardia nacional de México.

El 31 de Marzo se tuvo noticia de haber capitulado la guarnicion de Veracruz, despues de una prolongada cuanto heroica resistencia. Los autores de los «Apuntes para la historia de la guerra» al hablar de aquel desgraciado suceso, dicen poseidos de dolor:

«Todo ha acabado para Veracruz. En

vano. En vano de 400 á 500 de sus habitantes han perecido; en vano 600 ó más guerreros derramaron su sangre pereciendo 400 de ellos. ¡Las turbas de estos valientes serán holladas por el vencedor! En vano la ciudad ha sufrido los estragos de seis mil setecientos proyectiles con peso de cuatrocientas sesenta y tres mil libras, que el enemigo dirigió sobre ella; en vano la plaza gastó ocho mil cuatrocientas ochenta y seis para defenderse. La ciudad ha caído en poder del invasor y la fortuna cruel ha dado este nuevo y doloroso golpe á la desgraciada República Mexicana. (1)

El general Santa Anna solicitó licencia del Congreso para marchar al Esta-

(1) El Sr. general D. Francisco A. Velez nos ha referido que siendo subteniente de la guardia nacional de Orizaba, á la edad de catorce años, tomó parte en la defensa de Veracruz y el Sr. Roa Barcena trae en sus "Recuerdos de la invasión" un episodio del joven Velez.

do de Veracruz, y concedida, se puso en marcha el día 2 de Abril escoltado probablemente por el regimiento de húsares y quedó al frente del gobierno el general D. Pedro M. Anaya.

Las fuerzas que procedentes de la Angostura venian á México, no entraron á la capital, pues desde Huehuetoca recibieron orden de dirigirse á Cerro Gordo por el camino de los Llanos de Apam, Huamantla, Perote y Jalapa. Como ya hemos dicho, eran: una brigada de infantería al mando del general D. Ciriaco Vazquez, formada de los regimientos 1º, 2º, 3º y 4º ligeros, y la artillería volante, otra brigada á las órdenes del general D. Pedro Ampudia compuesta de los batallones 3º, 4º, 5º y 11º de línea, y por último, una brigada de caballería mandada por el general D. José Julian Jubera, con los regimientos 5º, 9º Morelia y coraceros. Total,

4,000 infantes, 1,500 caballos y 150 artilleros.

Además, salió de México el 28 de Marzo, á las órdenes del general D. Joaquín Rangel, otra brigada que componían los batallones de granaderos, 6.º de infantería Libertad y Galeana, ocho piezas de artillería y dos cuerpos de caballería, y el general D. Valentin Canalizo, que el 23 de Febrero anterior había renunciado el ministerio de la Guerra por no estar de acuerdo con el vicepresidente Gómez Farias, fué nombrado general en jefe de la división de Oriente, recibiendo orden en Jalapa para reunirse al general D. Rómulo Díaz de la Vega, á fin de hostilizar á los invasores á su paso por el Puente Nacional, situado entre Veracruz y Jalapa, precisamente á la mitad del camino; pero el Puente fué evacuado, abandonándose allí cuatro cañones. Al saberlo el

general Santa Anna se indignó é hizo que se recogiesen inmediatamente, siendo conducidos á Jalapa, tirados por bueyes.

Por el día 15 de Abril ya se habían reunido en las inmediaciones de Cerro Gordo la división del Norte, procedente de la Angostura, la brigada Rangel, la brigada Pinzon, formada de los batallones de Atlixco, Zacapoaxtla, Matamoros y Tepeaca, y por último las compañías de guardia nacional de Jalapa, Coatepec y Teziutlan mandadas por el capitán D. José María Mata, que vive aún y ha figurado mucho en el partido liberal, y los escuadrones de húsares, Jalapa, Chalchicomula y Orizaba. Todo este cuerpo de ejército tenía un total, según parecer de diversos historiadores, de ocho á nueve mil hombres, con más de cuarenta piezas de artillería, pero el general Santa Anna le dá el de seis mil

infantes y mil quinientos dragones. Toda la caballería fué puesta á las órdenes del general Canalizo.

El punto de Cerro Gordo está situado á veinticinco kilómetros al Este de Jalapa y estando dominado por varias alturas, el general en jefe Santa Anna lo consideró inexpugnable.

Al hablar de Cerro Gordo el estimable escritor jalapeño D. Manuel Rivera Cambas, dice: "De frente ofrece muchas ventajas esta posición, formada por uno de los escalones de pendiente rapidísima que tiene la cordillera de los Andes hácia el Golfo, desde Perote á Veracruz; al pié del escalon corre el río del Plan por una profunda cañada que cubre la derecha del lugar elegido y á la izquierda hay un cerro que domina todas las alturas vecinas y que se conoce desde entónces con el nombre del cerro del Telégrafo, á cuyo pié se levanta otro

conocido por el de la Atalaya, el cual se une con diversas alturas que gradualmente descienden y que forman la parte débil de la posición escogida. Esa había sido calificada por el ingeniero D. Manuel Robles Pezuela ventajosa, únicamente para molestar al ejército invasor; pero no como punto propio para impedirle el paso, supuesto que al enemigo le era fácil voltearla y aparecer á retaguardia, y si atacaba de frente tan solo se le podría rechazar, pues encontraba un punto de apoyo para rehacerse en las alturas de Palo Gacho. Además, aquella posición carecía de agua y en concepto de Robles debía ser preferida la de Corral-Falso, dos leguas más cerca de Jalapa, la cual no tenía los inconvenientes señalados. Sin embargo de ellos, insistió Santa Anna en que Cerro Gordo fuera fortificado para una

resistencia definitiva. (1) La línea de defensa formada por el general en jefe tenía una extensión de mil quinientas varas. En el borde de los tres ramales de la derecha del cerro del Telégrafo se levantaron por la sección de ingenieros, compuesta de los tenientes coroneles D. Manuel Robles y D. Juan Cano y otros muchos oficiales, entre los que solo recordamos á D. José María Durán y D. Manuel M. Fuertes (2), unas fortificaciones que fueron cubiertas por quinientos infantes de los batallones de Atlixco y 5.º de línea y siete cañones, al mando del general Pinzon; en el centro de la misma derecha se colocaron seiscientos hombres de los batallones de "Li-

(1) "Los gobernantes de México." Galería de biografías, 1873. Tomo II, pág. 325.

(2) Todavía vive nuestro amigo el Sr. Fuertes, habiendo llegado á coronel de ingenieros, pero desde el año de 1859 se retiró del servicio militar, sin haber vuelto á tomar participio alguno en la cosa pública.

bertad" y "Zacapoxtla," á las órdenes del capitán de fragata D. Buenaventura Araujo, teniendo además ocho piezas de artillería. Seguían doscientos cincuenta hombres de la guardia nacional de Jalapa, Coatepec y Teziutlan al mando del coronel Badillo, y por último, cuatrocientos cincuenta hombres de los batallones de Tepeaca y Matamoros y un cañón. Fué nombrado jefe de esta línea el general D. José María Jarero.

"El teniente coronel Cano había cortado el camino en el punto que este cambia de dirección á la falda del cerro del Telégrafo, situando allí una batería de grueso calibre y había practicado un camino cubierto que conducía á las posiciones de la derecha; y el general Alcorta había formado una tala circular en la cima del cerro mencionado, y establecido en ella una batería de cuatro piezas de á cuatro." (1)

(1) "Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos."

En esa batería ó á sus inmediaciones se situaron los batallones de granaderos y 6º de línea con 1,360 hombres al mando del general D. Rómulo Diaz de la Vega, sirviendo como de reserva á las fuerzas de la primera posición de la derecha.

El cerro del Telégrafo lo ocupó el coronel D. Florencio Azpeitia con cien infantes del 3º de línea.

Fue nombrado jefe del punto el general D. Ciriaco Vazquez, segundo jefe el general D. José López Uraga y comandante de artillería el coronel D. Rafael Palacios.

Los regimientos ligeros 1º, 2º, 3º y 4º y los de línea 4º y 11º con un total de 2,480 infantes, quedaron de reserva cerca del camino carretero y de la rancharía de Cerro Gordo, formando la extremidad izquierda de nuestra línea, y á su retaguardia se colocó la división de

caballería. Parte de esta con su jefe el general Canalizo marchó el 15 de Abril á reconocer el campamento enemigo, pero despues de perder algunos dragones que se despeñaron por lo escabroso del terreno, regresó sin haber logrado su objeto.

El general americano Winfield Scott, nombrado por su gobierno desde fines del año de 1846, para dirigir las operaciones del ejército invasor, comenzó á mover sus fuerzas de Veracruz en los primeros dias de Abril y el dia 11 de Abril de 1847, llegó á Plan del Rio á once kilómetros de Cerro Gordo el general Twiggs con la 2ª división de regulares compuesta de dos brigadas, la 1ª al mando del general Smith (1) con los regimientos 7º de infantería (coronel Plymton), 1º de artillería (coronel

(1) Por enfermedad del general Smith tomó el mando de la 1ª brigada el dia 16 en la tarde el coronel Harney.

Childs) y rifleros á caballo (mayor Sumner) y la 2ª á las órdenes del coronel Riley, con el 2º de infantería (capitan Morris), 3º de la misma arma (capitan Alexander) y 4º de artillería (mayor Gardner). El 13 llegó la division de voluntarios al mando del general Patterson, con dos brigadas, cuyos jefes eran los generales Pillow y Shields. Formaban la 1ª los regimientos 1º y 2º del Tennessee, 1º y 2º de Pensylvania y la batería de Steptve, y la 2ª los regimientos 3º y 4º de Illinois y el de Nueva York, coroneles Baker, Foreman y Burnett, y el 16 llegó el general en jefe Scott con la 1ª division de regulares mandada por el general Worth y compuesta de la batería de Duncan, regimientos 3º de artillería, 4º, 5º, 6º y 8º de infantería y dos compañías de voluntarios.

Esta division constaba de dos briga-

das á las órdenes de los coroneles Garland y Clarke. (1)

Conforme al plan acordado por el general en jefe Scott, á las ocho de la mañana del 17 de Abril, salió de Plan del Río la 2ª division de regulares para tomar posiciones al través del camino nacional, á retaguardia de nuestro ejército con objeto de cortarle su retirada para Jalapa, y tres horas despues el general Twiggs se colocó al noreste de los cerros del Telégrafo y la Atalaya, ocupando las alturas inmediatas al primer cerro. El teniente Gardner con una compañía de infantería fué destacado hácia el segundo cerro para reconocer nuestro campo y como al mismo tiempo el general Alcorta con una corta fuerza practicaba igual reconocimiento, pronto rompieron el fuego las avanza-

(1) Todos estos datos los hemos formado tomándolos de diversas páginas de la interesante obra del Sr. Roa Bárcena. (R)

das mexicana y americana. El teniente Gardner fué reforzado por el 7.º de infantería, 1.º de artillería y rifleros á caballo. El Atalaya fué ocupado por el enemigo y desde luego colocó al teniente Reno con dos cañones que estuvieron disparando sobre nuestras tropas. El general Alcorta fué reforzado por el 3.º de infantería que como hemos dicho antes mandaba el coronel Azpeitia, descendiendo del cerro del Telégrafo.

El general Santa Anna mandó subir á la misma posición algunos cuerpos, situó en la falda del cerro á los batallones 1.º, 2.º, 3.º y 4.º ligeros en varias líneas escalonadas en el centro de aquella posición, al 4.º de línea hácia la izquierda, y en la cumbre quedó una parte del 3.º de línea y 11.º de infantería. El 6.º de la misma arma fué mandado por el general Díaz de la Vega para reforzar la derecha.

El combate se hizo general. «Nuestros soldados afrontaban la muerte con denuevo, la desafiaban y resplandecía en sus frentes el júbilo de la victoria. La batería de la cumbre mandada por el teniente Holzingen, jugaba diestramente, haciendo mucho estrago sobre los americanos, que divididos en tres secciones cargaban sobre la izquierda, centro y derecha de la posición, consiguiendo avanzar más por la izquierda, pero sin lograr nunca una ventaja decidida. Resistidos en este último punto por el 4.º de línea, hacían sobre él un fuego terrible, que puso fuera de combate multitud de soldados y oficiales de este cuerpo. En los demás puntos se le resistía con el mismo esfuerzo, y prolongándose de hora en hora aquella lucha, terminó al fin porque rechazados los enemigos por todas partes, se retiraron algunos al mismo cerro de la Ata-

laya, y los demás se internaron en las boscosas cañadas que se descubrían á la izquierda de nuestras posiciones." (1)

Serian las cinco de la tarde cuando terminó el sangriento combate en que el ejército mexicano tuvo una pérdida de un oficial y veinticinco soldados muertos y ciento veintidos heridos de todas clases, y el americano la de dieciséis muertos y setenta y tres heridos, contándose entre estos últimos al mayor Summar, que en el momento de llegar en auxilio del coronel Childs recibió en la cabeza un tiro de escopeta. Cuando concluyó el combate llegó al cerro de la Atalaya la 2ª brigada de voluntarios mandada por el general Shields, y allí acampó con algunas otras fuerzas americanas.

Los cuerpos mexicanos que sostuvie-

(1) "Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos" [pág. 176.]

ron la acción se retiraron á sus campamentos respectivos, exceptuando el 1º y 2º ligero y 4º de infantería, que reforzaron la guarnición del cerro del Telégrafo.

En la noche del 17 los ejércitos contendientes hicieron todos sus preparativos para la batalla que debería tener lugar el día siguiente y cuyos resultados fueron tan desastrosos para las armas mexicanas, á pesar del entusiasmo y decisión que animaba á nuestros soldados, como que peleaban en defensa de una causa tan sagrada, cual era la independencia é integridad del territorio mexicano.

Antes de salir el sol del 18 de Abril de 1847, el activo y valiente, á la par que infortunado general Santa Anna, estableció personalmente una batería de cinco cañones á la orilla del camino por la izquierda y dispuso la sostuvieran el

11º de infantería con su jefe el general graduado D. Francisco Perez y la caballería al mando del general Canalizo.

Pocas horas despues la artillería enemiga rompió sus fuegos desde el cerro del Atalaya sobre el del Telégrafo, y á las siete de la mañana dos columnas de ataque, con sus correspondientes reservas, al mando de los coroneles Haskell y Wynkoop se lanzaron á atacar nuestras baterías del centro y de la derecha, dirigiendo el combate el general Pillow.

Los puntos atacados, como podrá observarse en páginas anteriores al hablar del establecimiento de la línea de batalla, estaban defendidos por el capitán de fragata D. Buenaventura Araujo y el general D. Luis Pinzon. El 4º batallón de línea, que tan bizarramente se portó la tarde anterior, como lo habia hecho en la Angostura, se le mandó

situar á la izquierda, y el 6º ocupó nuevamente la derecha. Los batallones 3º y 4º ligeros que estaban situados en la reserva, pasaron á reforzar el cerro del Telégrafo, á donde tambien estaban desde la tarde anterior los batallones 1º y 2º ligeros.

Los invasores cargaron con la mayor decision, y se dispersaron en tiradores, ocultos tras de los arbustos y malezas que cubrian el terreno. La artillería de una y otra parte que habia estado disparando sus mortíferos proyectiles, tuvo que cesar por hallarse muy próximos los combatientes, que se rompieron un vivo fuego de fusilería. La lucha fué encarnizada, y centenares de valientes mexicanos y americanos caian muertos ó heridos, contándose entre los primeros al general D. Ciriaco Vazquez, jefe del punto y al comandante de la artillería.

ría, coronel D. Rafael Palacios, y como dicen los autores de los «Apuntes para la historia de la guerra» la fama de los guerreros coronó la carrera del citado general en la plenitud de su ejercicio, con una muerte gloriosa en medio del estruendo de las armas.

El general Uruga, como 2º jefe del cerro del Telégrafo, debía tomar el mando; pero encontrándose en la izquierda á la cabeza de su batallón 4º de línea, lo tomó el general Baneneli, jefe del 3º ligero. El combate se redobló más y más, y los batallones 2º ligero, 3º y 4º de línea, perdieron casi toda su fuerza, y aún el último la mayor parte de sus oficiales. Los invasores se iban apoderando de las obras bajas de la posición y á poco ascendieron rápidamente á asaltar la última de la cumbre.

El 3º ligero que aun no tomaba parte en el combate, cargó á la bayoneta,

pero á pesar de los esfuerzos de sus bravos jefes y oficiales se desordenó al verse rodeado de numerosos enemigos, y estos quedaron ya en plena posesión del Telégrafo.

Por la derecha de la línea mexicana también se presentó el enemigo, é intentó asaltar la posición del centro para hacerse dueño á la vez de todos los atrincheramientos. El capitán de navío Godinez, comandante de artillería había convenido con sus compañeros en no hacer fuego sobre los norte-americanos sino hasta que estuviesen á corta distancia, y cuando esto se efectuó, una descarga cerrada de artillería y un vivo fuego de fusilería hizo un horrible estrago, y los asaltantes huyeron apresuradamente; pero como á ese tiempo ya había sucumbido «El Telégrafo,» los vencedores descendieron sobre nuestra derecha, y el jefe de ella, general Jare-

ro, nó pudiendo hacer ninguna resistencia, cosa de las diez de la mañana mandó izar bandera blanca. Al observarlo el general Worth envió á los coroneles Harney y Childs para abrir pláticas y una hora despues se rindieron nuestras fuerzas de la derecha, que, como se recordará, constaban de los batallones 5º y 6º de línea y Atlixco, con siete piezas de artillería.

En el momento de mayor conflicto, el general Santa Anna habia mandado subir al cerro del Telégrafo los batallones de granaderos y 11º de línea, cuyos jefes eran los generales graduados coroneles D. Joaquin Rangel y D. Francisco Perez; pero cuando iban á la mitad, se encontraron con los soldados que de la cima ya tomada por el enemigo se precipitaban huyendo, y aunque sus valientes jefes los animaban para subir á reconquistar la posición per-

dida, no pudieron conseguirlo y se dispersaron en un momento.

A ese tiempo llegó de Jalapa el general D. Manuel Arteaga con el batallón activo de Puebla, que era á sus órdenes, y algunos cuerpecitos de guardia nacional del mismo Estado, que podian considerarse como una masa de hombres armados por no tener ninguna instruccion ni disciplina. Tambien iba un escuadron de caballería al mando del Sr. D. Francisco Ibarra Ramos, quien vive aun y es diputado al Congreso de la Union.

En el batallón activo de Puebla iban agregados los oficiales subalternos D. Fructuoso García, D. Luis G. Reyes y D. Wenceslao Arista, sobrino del general D. Mariano, y algunos otros. Tcdos estaban presos en la misma ciudad de Puebla por haber querido tomar parte en el pronunciamiento contra el vice-

presidente Gómez Fariás en Febrero anterior. El general Arteaga se presentó en su prisión y les manifestó que iba á batir á los invasores y que era una ocasion muy propicia para que aquellos oficiales lavasen la mancha que se habian echado, acompañándolo á la campaña é inmediatamente aceptaron con verdadero entusiasmo.

La brigada Arteaga fué colocada por el general Santa Anna en un cerro pequeño de la izquierda, pero apenas tuvo tiempo de hacer el primer disparo por medios batallones, y al cargar sus armas para hacer el segundo, fué arrollada por la caballería, marchándose en retirada por el camino principal.

Así terminó la batalla de Cerro Gordo que tan imperfectamente hemos descrito.

La causa principal del desastre consistió, según nos aseguran varios oficia-

les que allí se batieron, fué que el general Santa Anna dejó abandonados unos espesísimos breñales y barrancas á la izquierda de la línea de batalla que formó el día anterior 17 de Abril. Los jefes de ingenieros Robles y Cano le hicieron observar que era muy importante defenderlos, pero el general les contestó que él conocia perfectamente aquellos terrenos y que eran inaccesibles. Cano insistió todavía, pero no fueron escuchados sus consejos.

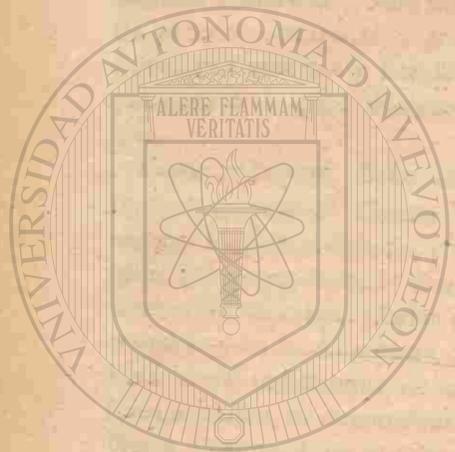
Sin embargo de las faltas é imperfecciones del general Santa Anna, tenemos que repetir lo que dice el Sr. Roa Barcena, *«que por su empeño y decision, por su actividad y energía inquebrantables, tiene que ser para el historiador lo que fué en la Angostura, lo que será más adelante en nuestro Valle: el primero de los defensores de Mexico.»*

Las pérdidas que los americanos tu-

vieron el 18 de Abril ascendieron á 47 muertos y 295 heridos, y las de nuestro ejército el mismo día y la tarde anterior, cuarenta y tres cañones, quinientos muertos y heridos, tres mil prisioneros é igual número de dispersos.

Como ya hemos dicho murieron los bizarros general D. Ciriaco Vazquez y coronel D. Rafael Palacio, y ahora agregamos al comandante D. Prudencio Velazco, que las mismas balas americanas respetaron en la Angostura cuando rebasó con el regimiento de coraceros la línea enemiga; al comandante D. José María Osorno; á los capitanes D. Manuel Herrerías, D. Manuel Palafox, D. Ambrosio Martínez, D. Felipe Velazquez, D. Agustín y D. Antonio Sanchez; á los tenientes D. José María Moctezuma, D. Ramon Blanco y D. Ignacio Quintana; y á los subtenientes D. Eu-

sebio Bear; D. Nicolás de la Portilla y D. Vicente Leon.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO VIII

Los invasores en el Valle de México.—Acción de Padierna.—Toma de Churubusco.—Defensa del Puente.—Retirada del ejército.—Armisticio.

Comenzaba el mes de Agosto del año de 1847 y el ejército americano, triunfante en Palo Alto, la Resaca de Guerrero, Matamoros, Monterey, la Angostura, el Sacramento (Chihuahua) Cerro Gordo y algunos otros puntos, salía de Puebla al mando de su general en jefe Winfield Scott, sobre la capital de la República.

A pesar de los muchos reveses que sufrieron nuestras tropas, y la desmoralización consiguiente, el general Santa Anna con una actividad asombrosa

logró reunir en el Valle de México un numeroso ejército, de que formaban parte los restos de nuestros soldados que combatieron en la Angostura y habían quedado en San Luis Potosí á las órdenes del general Morde.

En una junta de guerra habida en la ciudad de Guadalupe Hidalgo, á que que concurren los generales de división y de brigada que se encontraban en México, y presidió D. Nicolás Bravo, como más antiguo, se acordó formar la primera línea de fortificaciones en el cerro del Peñon Viejo: al Oriente, Mexicalcingo, hacienda de San Antonio, convento y puente de Churubusco al Sur; el castillo de Chapultepec al Suroeste, y los cerros de Zacoalco y Guerrero al Norte. La segunda línea fortificada se estableció en las garitas de México, cuyo perímetro tiene una extensión de treinta kilómetros. Se acor-

daron varias disposiciones; pero por haberse cambiado con posterioridad no nos detenemos en ellas.

El general Santa Anna se puso al frente del gobierno que había desempeñado el general Anaya, y á la vez tomó el mando del ejército. "Tuvo que luchar desde luego, dice el Sr. Roa Bárcena con la escasez de recursos pecuniarios, pues solo quedaban disponibles ciento ochenta mil pesos del millón y medio que había proporcionado el clero (1) dos meses ántes; pero en fuerza de afanes se procuró nuevos fondos y pudo atender á lo más necesario."

El general D. José Joaquin de Herrera fué nombrado 2º en jefe del ejér-

(1) Mucho nos complace ver que el clero á quien algunos liberales han acusado siempre de egoísmo y falta de patriotismo, haya cooperado con una respetable suma para el sostenimiento de la justa guerra que nos hizo el gobierno americano.

site, el general Tornel, cuartel maestre y directores generales de artillería é ingenieros los generales Mora y Villamil y D. Martín Carrera. Al general D. Nicolás Bravo se encomendó la línea sur exterior de México.

El ejército del Norte, cuyo mando se dio al general D. Gabriel Valencia y teniendo por segundo jefe al general Salas, recibió orden del ministro de la Guerra, general Alcorta, para trasladarse el 10 de Agosto, de Guadalupe Hidalgo á Texcoco; se le socorrió con veinticuatro mil pesos, importe de seis días de haber, y además veinte mil raciones, que entregó el contratista D. Miguel Mosso. Las instrucciones recibidas por el general Valencia fueron estar á la mira del enemigo, cuando desembocase en nuestro hermoso valle de México, atacándolo por un flanco ó por su retaguardia.

A la division de caballería puesta á las órdenes de los generales D. Juan Alvarez y D. Manuel Andrade, se mandó situar en varias haciendas por el rumbo de los llanos de Apam, Rio Frio y Texcoco para hostilizar al enemigo en su marcha de Texmelúcan á México, y para cortar la comunicacion con Puebla, ciudad de donde se abastecía el general Scott.

No obstante que desde las dos de la tarde del 9 de Agosto se disparó en la plaza de armas de México un cañonazo de alarma, anunciando la aproximacion del ejército invasor, este se dejó ver en Ayotla y diversos puntos al Oriente de nuestra primera línea por los dias 12 y 13.

Para la mejor inteligencia de las operaciones practicadas despues, referiremos la manera cómo venia organizado el enemigo.

Primera division de regulares: general Worth.

1ª brigada: teniente coronel Garland, 2º y 3º de artillería y 4º de infantería.

2ª brigada: coronel Clarke, 5º, 6º y 8º de infantería, batallón ligero Smith, artillería Duncan.

2ª division de regulares: general Twiggs.

1ª brigada: general Persifor Smith, 1º de artillería, 3º de infantería y rifles.

2ª brigada: teniente coronel Riley, 4º de artillería, 2º y 7º de infantería, batería de Taylor.

3ª division de regulares: general Pillow.

1ª brigada: general Pierce, 9º, 12º y 15º de infantería.

2ª brigada: general Cadwalader, cazadores, 11º y 14º de infantería, baterías de Magruder y Cattender, siendo la última de obuses de montaña y para cohetes la Congréve.

4ª division, de voluntarios: general Quitman.

1ª brigada: general Shields, regimientos de Nueva York y Carolina del Sur.

2ª brigada: coronel Roberts, 2º regimiento de Pensylvania, batallón de marinos, dragones auxiliares del capitán Gaither, batería del capitán Steptoe.

Brigada de caballería: coronel Harney 2º y 3º de dragones, rifles y voluntarios á caballo.

Cuerpo de ingenieros: mayor Smith (1).

El ejército americano debe haber constado de diez á doce mil hombres, con treinta y tantas piezas de artillería un tren de quinientos á seiscientos carros é igual número de mulas de carga.

El cerro del Peñon, cuyas fortificaciones dirigió el distinguido ingeniero D.

(1) Roa Bárcena, "Recuerdos de la invasion norte americana."

Manuel Robles Pezuela, fué guarnecido por la brigada que mandaba el ex-presidente Anaya y se componia de los batallones de guardia nacional VICTORIA, formado de comerciantes y de lo más selecto de la sociedad, (coronel, conde de la Cortina); HIDALGO, con los empleados civiles (coronel, D. Pedro Jorriñ), INDEPENDENCIA, compuesto de artesanos (teniente coronel D. José M. Revilla y Pedreguera); BRAVOS, con escritores, médicos y abogados, á las órdenes del coronel D. Manuel Eduardo de Gorostiza. Tambien estaba en el Peñon la brigada Leon, que era compuesta de los batallones 1º de infantería, activo de Oaxaca, activo y de guardia nacional de Querétaro y de Mina.

Las brigadas de los generales Terrés, Martinez, Rangel y Perez y coronel Zerecero, fueron colocadas convenientemente en la línea Sur de México y en la misma capital.

El general americano Scott, despues de reconocer nuestras fuertes fortificaciones del Peñon y Maxicalcingo, y convencido de que no podria tomarlas á viva fuerza, dispuso trasladar sus operaciones sobre nuestra línea avanzada del Sur, concentrando sus tropas en Ayotla, para dirigirse por Chalco y Xochimilco á Tlalpan, á donde comenzaron á llegar los americanos el día 17, sin haber tenido mas novedad que un encuentro en la hacienda de Buenavista, situada adelante de Ayotla y al pié de las montañas de Río Frío, con la division de caballería que mandaba el general Alvarez, y que se retiró, despues de recibir unos cuantos disparos de artillería.

El general Santa Anna, acompañado de su ministro de la guerra, general Alcorta, trasladó el 16 de Agosto su cuartel general á la Venta de San Mateo

Churubusco y á la brigada Perez, compuesta de los batallones 1º, 3º y 4º ligeros y 11º de línea, la situó en Coyocan. Previno al general Valencia replegarse de Texcoco á la villa de Guadalupe, á donde llegó con su ejército del Norte en la noche del mismo día, y cuando apenas descansaban nuestros soldados, y se les previno que á las cinco de la mañana marcharan á San Angel, pintoresco pueblo, á doce kilómetros al Sur de México, llegando al mediodía. Inmediatamente reconoció el Sr. Valencia, acompañado de su Estado Mayor, el terreno por donde se esperaba á los americanos. Los autores de la interesante obra «Apuntes para la historia de la guerra» hacen la siguiente descripción de aquellos amenos sitios:

« Por el rumbo S. O. del fértil pueblo de San Angel, distante de México cosa de tres leguas, hay un camino

« carretero, amplio y cómodo, que conduce á la fábrica de tejidos de la Magdalena y pueblo de Contreras. Al nacer el camino, y á su izquierda, parte de la senda que va al pueblecillo de Tizapan, cubierto de árboles frutales, y á sus orillas Mal-País: á la derecha y en varias direcciones, hay veredas que llevan á algunas posesiones de campo, entre las que se hallan el Molino del Olivar, de los carmelitas; y más al Oeste, esto es, frente al rancho de Anzaldo, se ve por entre un pequeño bosque blanquear la torre de un pueblecito de indios llamado San Jerónimo, rodeado de lomeríos y barrancos desiguales y caprichosos que, dejando á trechos hoyos y planos reducidos, van á tocar la falda de los montes del SO. del camino, que guía por entre malezas y veredas incómodas á la carrera de Cuernavaca.

" A poco ménos de una legua de San
 " Angel, está Anzaldo, edificio cuadra-
 " do, no muy alto ni extenso, cuya huer-
 " ta toca la derecha del camino. As-
 " cendiendo este, se desvía al SE. una
 " pequeña y empinada loma que los na-
 " turales llaman Pelon Cuauhtitla, y
 " forma un punto eminente entre el ca-
 " mino, que subiendo, lleva á la Magda-
 " lena, y la vereda que abatiéndose al
 " pié de las lomas, hundiéndose en el
 " pedregal, tuerce su giro al rumbo E.
 " y conduce á la Peña Pobre, hacienda
 " de las orillas de Tlalpan. Esta nue-
 " va senda está practicada en la lava
 " volcánica del pedregal, la que espar-
 " cida en trozos desiguales, hace peno-
 " so el tránsito. El S. de ella lo limitan
 " varios cerros que se encadenan hasta
 " el camino de Cuernavaca, descollan-
 " do al principio de ellos el de Zacate-
 " pec, y al N. se extiende el pedregal

" escabrosísimo, que descubre de trecho
 " en trecho, entre ruinas, arbustos y yer-
 " bas salvajes, más bien grietas que ve-
 " redas, por donde más que transitan,
 " trepan y suelen escurrirse los nativos
 " de aquellos lugares. Sobre ese pe-
 " dregal, despues de una hondonada
 " que forman las aguas de la Magdale-
 " na, al pié de las lomas de Pelon Cuauh-
 " titla, se levanta el rancho de Padier-
 " na, con cuartos humildes de adobe, y
 " los más de los techos de tejamanil.
 " A los alrededores de este cuadro hay
 " sembrados, y de distancia en distan-
 " cia se descubren las haciendas, las
 " fabricas, mansiones de la industria y
 " del trabajo, embellecidas por una ve-
 " jetacion risueña y nuestro cielo esplén-
 " dido y magnífico. " Una vez reconocido el terreno dirigió
 " el general Valencia desde San Angel
 " en la misma tarde del 17 una nota al

ministro de la Guerra, informándole que la posición de Padierna no era á propósito para esperar á los invasores, por lo cual creía conveniente replegarse á Panzacola, si estaba fortificado, ó á otro punto en que se pudiera maniobrar. El ministro contestó que permaneciera en San Angel, porque encontrándose en Tlalpan únicamente la vanguardia americana, compuesta de dos mil quinientos hombres con cuatro piezas ligeras, no era probable marchase sobre San Angel, pero que caso de hacerlo, se retirase á Tacubaya con la división del Norte.

En la mañana del 18, por órdenes del general Valencia, se situó el general D. Santiago Blanco con el batallón de zapadores y cinco piezas de artillería en las lomas del Pelón de Cuauhtitla, y en el resto del día fué reforzado por la brigada del general Mejía.

A las tres de la tarde se movió de Tlalpan el enemigo por la izquierda de la hacienda de San Antonio, á donde se encontraba el general Santa Anna, y en esta virtud previno al general Valencia que á la madrugada del 19 se trasladase á Coyoacan, adelantando su artillería al convento y puente de Churubusco, pero el segundo de estos generales que ya se habia formado su plan hizo algunas reflexiones. Entonces Santa Anna, por medio de una carta particular fechada en San Mateo, despues de hacerle ver que el dia anterior habia juzgado (Valencia) insostenible la posición de Padierna, accedió á sus deseos; pero que cada uno cargara con la responsabilidad que le correspondiera.

Al llegar Santa Anna á Churubusco nombró jefe de ese punto al general de división D. Manuel Rincon, y segundo

al de brigada D. Pedro María Anaya, que mandaba la guardia nacional compuesta como ya hemos dicho de los batallones de Hidalgo, Victoria, Independencia y Bravos. (1) Al día siguiente 19 marcharon á la hacienda de San Antonio el primero y segundo de estos batallones, quedando para la defensa del punto, el tercero y último.

Entusiasmado el general Valencia con la autorizacion que se le daba para no retirarse y ansioso de adquirir una gloria inmortal salió de San Angel al amanecer del 19 con el grueso de sus

(1) En la página 200 de esta obra digimos que el batallón *Bravos* lo formaban escritores, médicos y abogados, pero fué un error que nos apresuramos á rectificar manifestando que todas estas clases pertenecían al batallón *Victoria*, pues el de *Bravos* lo componían los operarios de la fábrica de tabacos del Antiguo Estanco, siendo sus jefes y oficiales los empleados de la Dirección respectiva. Debemos agregar que las trabajadoras, animadas del más ardiente patriotismo, contribuían al mantenimiento de los soldados con una cajetilla de cigarros por cada tarea.

fuerzas, rumbo á la loma fortificada desde el día anterior por el general Blanco, y formó su division del modo siguiente: en el rancho de Padierna en un reventon pedregoso al frente de las lomas de Pelon Cuauhtitla, dos avanzadas de infantería y caballería y el primer batallón de línea á las órdenes del general graduado D. Nicolás Mendoza. A la izquierda, el batallón de San Luis Potosí, cuyo jefe era el coronel Huerta, y á la derecha la brigada del teniente coronel D. Plutarco Cabrera, compuesta de los batallones activos y auxiliares de Celaya, Guanajuato y Querétaro, apoyándola los regimientos de caballería 7º y San Luis, al mando de sus respectivos jefes los generales graduados coroneles D. Antoniό M. Jáuregui y D. Manuel Romero.

En el lugar de las baterías se formó una segunda línea con los batallones

10º, 12º, fijo de México y guarda costa de Tampico, colocándose en el centro los generales Valencia y Mejía con sus respectivos estados mayores.

La reserva á las órdenes del general segundo en jefe D. José Mariano de Salas, se situó en el rancho de Anzaldo, y estaba formada de los batallones de zapadores, mixto de Santa Anna y Aguascalientes, 2º, 3º, 8º de caballería y activo de Guanajuato.

Desde la salida del ejército de San Angel, fué destacado el coronel D. Alejo Barreiro hácia el cerro de Zacatepec para observar al enemigo, y cerca de la una de la tarde participó al general Valencia que los invasores se acercaban.

En efecto, el general Pillow comenzó á avanzar con su division y la de Twiggs, ambas de regulares, las baterías de McGruder y de Callender, la brigada de caballería de Harney y el cuerpo de ingenie-

neros que mandaba el coronel Smith. Entonces el general Valencia mandó que el general Salas se trasladara con la reserva de Anzaldo á la loma fortificada de Pelon Cuauhtitla, á donde estaba el cuartel general de la division del Norte, y el general Torrejon se situó con la caballería (2º, 3º, 8º y Guanajuato) entre ambos puntos, quedando abandonado el primero (Anzaldo). El general Pillow por su parte colocó la artillería de un modo conveniente para sostener á la brigada Smith, que debería atacar de frente la citada loma fortificada; y á la brigada Riley que la flanquearía por la izquierda para venir á atacarla por retaguardia.

Entre dos y tres de la tarde se empezó el combate y despues de un vigoroso empuje hecho por la brigada Smith sobre Padierna, abandonó este punto su jefe el general D. Nicolás Mendoza, que

como ya hemos dicho, lo defendía con el primer batallón de línea y dos avanzadas, replegándose tranquilamente á nuestra segunda línea, recibiendo una herida en aquel momento el general D. Anastasio Parrodi.

La brigada Riley se dirigió por el pedregal hácia el oriente del rancho de Anzaldo, atravesando la barranca y el río y en seguida continuó por el camino carretero de San Angel á Contreras para el pueblito de San Jerónimo. Al observar este movimiento el general Valencia, manda al regimiento de Guajuato á contener el enemigo, pero sin fruto, pues parte de nuestros dragones quedó cortada. Los americanos se ocultaron entónces en el bosque que rodea á San Jerónimo para reorganizarse y despues intentaron una salida sobre el punto que ocupaba el general Valencia, quien ordenó que marchará á su encuen-

rot el general Torrejon. Este á su vez previno al general D. Jose Frontera, que despues de estar separado como dos meses del 2º regimiento de caballería, por causa de la protesta del general Miñon, volvió á tomar su mando, se pusiera á la cabeza de la caballería. A poco se presentó el capitán D. Mariano Grima-rest, ayudante del general Valencia, con órden para que cargara sobre el enemigo. Frontera contestó que la infantería americana estaba posesionada detrás de una cerca, desde donde podría hacer mucho daño, sin recibir ella ninguno, pero que cumpliendo con la órden de su superior, mandaba desplegar un escuadron para llamar la atención por la izquierda. Su capitán, D. Fernando Humana, rompió el fuego, y cuando Frontera se preparaba á batir el frente, se le presentó el sargento Aleman, diciéndole en alta voz: «mi general, se nos aca-

bó el parque. Como el enemigo estaba á una distancia de treinta varas y podía haber soldados que comprendiendo el idioma castellano oyeran tan graves palabras, el general Frontera reconvino á Aleman por su imprudencia y acto continuo, se puso al frente del resto del regimiento para dar la carga.

Los invasores disparan sus armas y á los primeros tiros caen muertos el bizarro general Frontera, varios oficiales y multitud de soldados. Entónces el teniente coronel D. Domingo Soto Mayor reemplaza á su malogrado jefe, mas sus esfuerzos son inútiles, retirándose con pérdidas muy sensibles. El valiente oficial Suarez brincó la cerca que guarecía al enemigo, pero no siendo secundado por sus compañeros, retrocede y al escaparse milagrosamente para no ser hecho prisionero, recibe una herida abajo de la espalda.

El general Valencia desde que los americanos se acercaron á Zacatepec, lo participó al general Santa Anna y previno al general Perez, que estaba en Coyoacan, se acercara á auxiliarlo, pero como su brigada no pertenecía á la division del Norte, contestó no poder hacerlo, sin órden expresa del cuartel general. Valencia mandó á su ayudante y yerno, teniente coronel D. Francisco de Silva, que falleció hace muy pocos años, á dar aviso al general Santa Anna de que el enemigo lo estaba batiendo. Entónces el presidente, que se hallaba en la hacienda de San Antonio, seguido de su estado mayor, cinco piezas de batalla y los regimientos de caballería, húsares y ligero de Veracruz, se puso en marcha á galope para Padierna y en Coyoacan alcanzó á la brigada Perez, que segun órdenes recibidas poco antes, ya iba marchando para San Angel. El

general Santa Anna se puso a la cabeza de las tropas y caminando á paso veloz llegó á las cinco de la tarde á las lomas del Toro en momentos que la caballería del general Frontera atacaba en San Jerónimo a la brigada Riley.

El entusiasmo de la division del Norte al verse auxiliada fué indecible y creyendo el general Valencia que la division de Santa Anna cargaria por la espalda, dispuso continuara el general Torrejon el ataque, sosteniéndolo una pieza de artillería y el batallon de Aguascalientes que mandaba el coronel D. José Ferro. El general Santa Anna observó la fatal posicion de Valencia y en vez de procurar sacarlo de ella, habiendo entrado la noche y comenzado á llover, dispuso retirarse para San Angel, á donde acuarteló sus tropas.

El ilustrado historiador Roa Bárcena dice que el general Santa Anna hizo

muy débiles tentativas para reunirse al general Valencia, y cita el siguiente hecho, que tambien nos han platicado los señores general D. Miguel María Echeagaray y corredor D. Alejandro Argáñdar, amigo nuestro muy estimable, siendo entónces el primero jefe, y el segundo subteniente del 3º ligero.

El general Santa Anna, por medio de un ayudante, previno al coronel Echeagaray, «marchara con su regimiento, compuesto de mil plazas bajo la direccion y las instrucciones de D. José María del Rio, persona práctica en el terreno y con quien avanzó Echeagaray por lomas, barrancas y sendas estrechísimas, desde Chimalistaca ó sus inmediaciones, yendo á salir cerca del pueblo de San Jerónimo del lado Norte de dicha posicion. Al entrar en el último sendero, por precaucion se habia adelantado con solo la mitad de su

fuerza, encomendando á su segundo, Lazcano (D. Marcial López de) el resto de ella que no se le reunió en el momento crítico; y cuando salía Echeagaray del sendero, se halló á tiro de fusil gente enemiga, probablemente la de Riley, é hizo que el capitán D. Joaquín Villavicencio desplegara hácia ella su compañía en tiradores, rompiéndole el fuego. Dijo el guía á Echeagaray que aquello tal vez no entraría en los planes de Santa Anna, y á pocos momentos un ayudante de éste le llevó la orden de retroceder, lo que efectuó, presentándose al general presidente, á quien halló irritado y manifestó que al encontrarse con el enemigo no había podido hacer otra cosa que atacarle.

Nos es muy sensible censurar al general Santa Anna por no haber procurado salvar al general Valencia, cuyos soldados al verse abandonados comen-

zaron á flaquear, y su derrota era ya segura. ¿Quiso el general Santa Anna nulificar al general Valencia, en quien veía un terrible competidor para la presidencia? No, no lo creemos, puesto que importaba el sacrificio de cuatro mil hombres que se habían portado como héroes en la Angostura. Fué una gran desgracia para el país que los citados generales tuviesen resentimientos añejos, cuando como dice el Sr. Roa Bárcena, «eran dos hombres de buenas dotes militares, de carácter igualmente fuerte y altivo, ambiciosos; entrambos tan capaces para mandar, cuanto incapaces de obedecer; pudiendo tal vez haber salvado cada uno de ellos por sí solo la situación, se hallaban mutuamente empeñados en una labor misma, á que precisamente había de faltar la unidad de idea y de acción, resultando de

la disgregacion y el choque de sus elementos respectivos la catástrofe que hemos presenciado y cuyos efectos deplorables aún no se agotan.»

¶ Volvamos á las operaciones del enemigo.

¶ Al notarse que la brigada Riley quedaba en San Jerónimo á gran distancia del cuartel general americano, y que las tropas del general Santa Anna se le acercaban á retaguardia, marchó en su apoyo el general Persifor Smith con su brigada, y al pasar por Anzaldo dejó allí el 1º de artillería.

Entretanto habia llegado cosa de las cuatro de la tarde el general en jefe Scott, al cerro de Zacatepec, frente á Padierna con la brigada de voluntarios de Shields, perteneciente á la division Quitman y compuesta de los regimientos de Nueva York y Carolina del Sur, é inmediatamente se destacó hácia el

pueblo de San Jerónimo, despues de haberlo sido la brigada de Cadwallader.

¶ Para no hacer más difusa esta relacion diremos que en la noche la mayor parte de las fuerzas invasoras se habian trasladado á San Jerónimo, donde, dice el general Scott en su parte, «sus soldados mojados, hambrientos y sin posibilidad de dormir, estaban llenos de confianza, y solo esperaban la madrugada para ganar las posiciones desde donde habian de batir y tomar las obras mexicanas.»

Como los invasores abandonaron Padierna, fué recobrado este punto al anochecer por el comandante Zimavilla, con su cuerpo, seguido del resto de la brigada Cabrera; pero segun los partes del enemigo, cayó de nuevo en poder de este.

¶ El general Valencia, cosa de las ocho

de la noche, creyendo haber obtenido un brillante triunfo, participó de oficio al general Santa Anna «haber puesto en vergonzosa fuga con el valiente ejército que tenía el honor de mandar, todas las fuerzas del anglo-americano, que unidas embistieron su posición y lo atacaron de cuantos modos era dable desde las doce del día hasta las siete de la noche.» Creyéndose el general Valencia con facultad de conceder empleos, que solo correspondía al jefe supremo de la nación, se permitió por medio de la «Orden general en el campo del 19 al 20 de Agosto de 1847,» ascender á general de división al de brigada D. José Mariano de Salas, á generales de brigada á los graduados D. Anastasio Torrejon, D. Francisco Mejía, D. Anastasio Parrodi, D. Francisco Gonzalez Pavon, D. Nicolás Mendoza y D. José María Mendoza (1) y al jefe de estado

(1) Suponemos será Gonzalez de Mendoza.

mayor D. José María García; á coroneles de infantería permanente al coronel graduado D. Francisco Antonio Segovia, á los tenientes coroneles D. Onofre Diaz, dándose además á este el grado de general, y D. Valentin Rios, á coroneles de ejército á los tenientes coroneles, D. Francisco de P. Silva y D. Luis Arrieta; á tenientes coroneles de infantería permanente, al comandante de batallon D. Manuel Fernandez Zimavilla, al teniente coronel de auxiliares de Celaya D. Manuel Gonzalez Natera, al capitán de artillería D. Severiano Contreras; á tenientes coroneles de caballería permanente á los comandantes de escuadron D. José María Salazar y D. Juan Seguin; á comandantes de escuadron al de auxiliares D. Agustín Iturbide (hijo del libertador de México), al graduado D. Manuel Romero, á los capitanes D. Mariano Grimarest,

D. Ramon Couto y D. Manuel Muri-
llo; á comandantes de batallón á los ca-
pitanes D. Rafael María Ruiz, D. Fer-
nando Sota Riva, D. Pascual Miranda
y D. Manuel Chavarría; á capitanes de
diversas armas, á los graduados tenien-
tes D. Feliciano Rodríguez (ayudante
de Valencia), D. José Valdivieso, D.
Antonio Zucúnegui, D. Leon Esnaurri-
zar y D. Juan Cardona, y á teniente
permanente al activo D. Manuel Fal-
con. (1)

Léjos de haber puesto el general Va-
lencia en vergonzosa fuga á las tropas
invasoras, estas se trasladaron al pueblo
de San Jerónimo y el rancho de An-

(1) Nos hemos detenido en referir los ascensos
que dió el general Valencia, porque aún cuando
carecía de facultades, prueba que aquellos indivi-
duos merecían un premio por haberse portado va-
lientemente la tarde del 19 de Agosto de 1847.
Además ningún historiador trae esta relacion no-
minal, que nosotros tomamos del *Boletín extraor-
dinario* publicado en México el día 24 del mismo
mes y año.

zaldo, quedando completamente corta-
da la division del Norte. El general
Santa Anna, por medio de su ayudante
D. José María Ramiro, previno al gene-
ral Valencia se retirara como pudiera
en la misma noche (eran las nueve) y se
incorporara á las tropas que habia lle-
vado en su auxilio. Valencia recibió
muy irritado á Ramiro y se desató en
injurias contra el presidente de la Re-
pública y general en jefe del ejército, y
concluyó por pedir seis mil hombres y
municiones para su artillería.

El general Valencia mandó á su ayu-
dante el teniente coronel D. Luis Arrie-
ta con un recado para el general Santa
Anna y á las dos de la mañana del 20
de Agosto regresó con la orden termi-
nante de retirarse, clavando las piezas,
inutilizando el parque, salvando solo lo
que fuese posible. El general Valencia
frenético y desesperado se negó á obe-

decer, creyendo que era un vilipendio para su nombre y para la division del Norte. Varios historiadores censuraron la conducta del general Valencia y muchas personas, al cabo de cuarenta años, pretenden hacerlo responsable de aquellos acontecimientos, pero nosotros, que entónces aún no naciamos y que examinamos todo con la mayor frialdad, sin pasion alguna, para dar á cada uno el lugar que le corresponde, preguntamos, ¿era posible la retirada, una vez que la moral se habia perdido? Creemos que no y de haberse hecho la derrota se consumaba en el acto, puesto que el grueso del enemigo situado en San Jerónimo y Anzaldo tenia cortado el camino para San Angel.

En nuestro humilde concepto el general Santa Anna no debió retirarse de las lomas del Toro, pues si no le era posible incorporarse al general Valencia

aquella noche, sí podía esperar el momento en que los invasores atacaran de nuevo, cargando sobre ellos por su retaguardia. No fué motivo para que se retirara la horrorosa tempestad que se desató, acompañada de copiosa lluvia, porque nuestros soldados en la loma fortificada y los enemigos tambien, eran víctimas de tan terribles elementos. Sin embargo, el general Valencia debió obedecer sin que la responsabilidad del desastre fuera suya, sino del general en jefe, que era quien ordenaba la retirada.

Valencia montó á caballo á las cuatro de la mañana recorriendo las posiciones que ocupaban sus tropas, y como todos los jefes á quienes preguntó su opinion de lo que debia hacerse en tan críticos momentos, se manifestaron dispuestos á obedecer sus órdenes, estas fueron que se esperara el combate, re-

signándose cada uno a correr la suerte que el destino le deparase.

El enemigo, por su parte, no había perdido el tiempo y en Tlalpan dispuso el general Worth, siguiendo las instrucciones del general Scott, que una de las dos brigadas de su división continuara teniendo en jaque á nuestra fortificación de San Antonio y la otra brigada avanzara en la madrugada hácia Padierna, en union de la 2ª brigada que mandaba el coronel Roberts, perteneciente á la 4ª división de voluntarios. La brigada de caballería de Harney que desde la tarde anterior había vuelto á Tlalpan, quedó guarneciendo esta villa.

En el campo norte-americano, frente á Padierna, los generales Pillow y Twiggs reunian las tropas del coronel Ramson, compuestas de los regimientos 9º y 12º pertenecientes á la brigada Pierce, y algunas compañías del 3º y

de rifleros, que bajo la direccion del capitán de ingenieros Lee, debian por el frente llamar la atencion de nuestras fuerzas, ó atacarlas en forma, segun lo aconsejaran y permitieran las circunstancias. Por último, dice el Sr. Roa Bárcena en sus «Recuerdos de la invasion,» «en San Jerónimo y sus contornos, el 15º regimiento con su coronel Morgan, destacado de la brigada Pierce, y las brigadas compuestas de Riley, Smith, Cadwallader y Shields, á las órdenes del general Persifor Smith, se disponian á embestir nuestra retaguardia dejando asegurada la suya y quedando en aptitud de cortar el camino á las fuerzas nuestras que á la hora del combate trataran de huir de Padierna hácia San Angel, ó de acudir de este último punto en auxilio del primero.»

Las palabras que hemos subrayado prueban suficientemente que la retirada

del general Valencia, á la hora que su ayudante Arrieta le comunicó la disposición de Santa Anna, era impracticable y segura su inmediata derrota, con más razon cuanto que los jefes de las fuerzas enemigas reunidas en San Jerónimo recibieron orden, no obstante que había llovido toda la noche y estado la gente en el lodo, sin fuego y llena de frio, para tenerlas formadas, y con la cabeza de cada columna sobre la senda por donde debían salir todas á las dos y media de la mañana.

A las tres en punto se pusieron en marcha yendo á la descubierta como guía el teniente de ingenieros Tower.

Iba á la vanguardia la brigada Riley, en el centro la de Cadwallader, á la cabeza de esta el general Persifor Smith que tenia el mando de todas, y la retaguardia la cerraba la brigada del mismo Smith, provisionalmente á las órde-

nes del mayor Dimick. Al llegar á un punto que Smith juzgó espalda del campamento mexicano, mandó hacer alto, reuniéndose allí las tres brigadas. El teniente coronel Riley formó dos columnas por divisiones; avanzando por la hondonada y subiendo á su borde, quedó á retaguardia de nuestro ejército; al verlo éste le rompió inmediatamente un fuego vivísimo, no solo desde las trincheras, sino tambien desde su flanco derecho.

Riley, puesto á la cabeza de la compañía de ingenieros, seguido de las demás tropas de su brigada, y apoyado por la de Cadwallader, cayó sobre el flanco izquierdo de nuestra fortificación, arrollando la pequeña fuerza que se le opuso á las órdenes del general Gonzalez de Mendoza. Valencia, al frente de nuevas tropas, quiso contener aquel

impulso, «pero envueltas por todas partes, dicen los «Apuntes para la historia de la guerra,» reducidas en instantes á un círculo pequeño; agrupadas, confundidas con las mulas del parque, las mulas, los trenes y todo, la derrota fué momentánea. Hubo esfuerzos estériles y heroicos que seria una ingratitud callar. El teniente coronel Zires (1) se volvió luchando con los enemigos: los generales Blanco y García trataban en vano de sostenerse, hasta que los pusieron fuera de combate sus graves heridas. En estos momentos verificó su honrosa retirada de Padierna á Anzaldo el escaso resto de la brigada Cabre-
ta.»

El general Valencia, que se portó bi-

(1) D. Agustín Zires, que vive aún, llegó á general de brigada, habiendo comenzado su carrera por el año de 1835. Concurrió á la batalla de Texas y se batió en la Angostura. Después perteneció siempre al ejército conservador, prestando buenos servicios, como tendremos ocasion de ver.

zarramente, no pudo ya resistir y rompió la línea enemiga por los mismos puntos de Anzaldo y San Jerónimo para dirigirse á San Angel; pero sabedor de que el general Santa Anna trataba de fusilarlo, tomó otro rumbo. Anduvo vagando por los montes y disfrazado con una manga que le proporcionaron algunos vecinos, se encontró á pocas horas con el teniente coronel D. Luis Arrieta y el general D. Manuel Romero, que habian salvado el batallón de Guanajuato y el regimiento de caballería de San Luis. Valencia se echó en brazos de Arrieta á quien distinguía con su afecto, y dejó correr sus lágrimas, no por la derrota que habia sufrido, sino por la ingratitud del general Santa Anna que después de no auxiliarlo, queria quitarle la vida. Al cabo de un rato ordenó que todos vinieran á presentarse al cuartel general, pero Arrieta no quiso

abandonarlo en la desgracia, y los dos con un mozo se dirigieron rumbo á Cuajimalpa. En el camino sacó Valencia del bolsillo su testamento, entregándolo á Arrieta, por si lo aprehendía algun guerrillero y lo fusilaba para hacerse grato al general Santa Anna.

Al llegar á Cuajimalpa hizo Arrieta se acostara Valencia por no haber dormido la noche anterior y á poco llegaron el general Romero con su cuerpo de caballería, que por segunda vez quiso seguir al citado Valencia, y el vice-gobernador del Estado de México, Perez Fernandez.

El siguiente dia 21, continuaron todos para Lerma, donde Valencia conferenció con el gobernador Olaguibel, y mientras Arrieta se adelantó para Toluca, á informarse cómo seria recibido su jefe. En la misma noche habló con su pariente D. Guillermo Prieto, quien

ofreció convocar á los liberales prominentes que allí se encontraban, para el 22 al mediodia. Tuvo lugar una junta, presidiéndola D. Valentin Gómez Farias, vice-presidente de la República, y despues de exponer Arrieta cuanto creyó necesario, diciendo claramente hablaba en su nombre, y no en el de Valencia, que no le habia dado ninguna instruccion, se resolvió que el general pasara á Toluca, á donde fué muy bien recibido, alojándose en la casa del Lic. Zozaya, y se nombró una comision para redactar un manifiesto en que el general Valencia daria cuenta á la nacion de los últimos acontecimientos.

Algun tiempo despues de la ocupacion de México por el ejército invasor, el citado general, acompañado de Arrieta, se vino para su hacienda de Tepojaco situada entre Atzacapuzaltongo y Cuautitlan, á donde estaba su familia

con el teniente coronel D. Francisco de P. Silva. Denunciado Valencia al general Scott, éste mandó aprehenderlo y fué traído á México guardándosele muchas consideraciones por sus aprehensores. Arrieta se adelantó á buscar un coche, que proporcionó un canónigo cuyo nombre no se recuerda, para que entrara Valencia, como lo verificó, siendo conducido al cuartel general americano, situado en la casa número 7 de la calle del Espíritu Santo. Valencia habló con altivez y cuando su acompañante Arrieta esperaba un acto violento de Scott, éste dijo poco más ó ménos: «Señor general, léjos de herirme vd. con sus palabras, lo admiro porque veo tiene un gran corazón, puede vd. retirarse á la casa que guste y mañana que esté vd. más en calma, pasará á verlo mi mayor general para arreglar definitivamente su posición.»

El general Valencia se dirigió á la casa de su yerno D. Leandro Mosso, calle de San Agustín, y al presentarsele el mayor general, se revistió de la mayor energía, consiguiendo quedar en libertad sin compromiso alguno, y pudiendo dirigirse á cualquiera punto de la República con una fuerza de quinientos caballos. Valencia, su familia y Arrieta se fueron á San José Acamilpa, otra hacienda de su propiedad, á ocho leguas de Cuernavaca, viéndose luego obligados á volver á México. Poco tiempo despues y ántes de que los invasores se retiraran de la capital, falleció el general Valencia en su casa de la calle de la Encarnación. (1)

(1) Estos datos los debemos á la bondad de nuestro amigo el Sr. coronel D. Luis Arrieta, sin que haya podido recordar fechas, pero sí muchos detalles que no mencionamos para no hacer cansada esta relación. Dicho jefe habla con el mayor respeto de su general y lo celebramos, porque á los hombres que caen en desgracia, vivos ó muertos, todos se complacen en censurar.

Volvamos ahora al desenlace de la accion de Padierna.

En el puente que corta el camino de San Angel, anterior á Anzaldo, el general Salas, 2º en jefe, sable en mano y al frente de la caballería, en medio del fuego, y reinando el más espantoso desorden, detuvo un poco la dispersion y al intentar dar una carga al enemigo, cayó prisionero con todos sus oficiales y soldados.

Así acabó el valiente ejército del Norte y entonces sonrieron satisfechas la ambicion y la envidia.

Aunque ya hemos hablado de varios de nuestros muertos, heridos y prisioneros, diremos que los primeros fueron: general D. José Frontera; comandantes de batallon D. Juan Fernandez Cota y de escuadron D. Luciano Calvo; capitanes D. José María Fajardo, D. José María Rico, D. Cayetano Ocampo y D.

José María Múgica; tenientes D. Manuel Tejada, D. Antonio Vergara; subteniente D. Juan Sulaica y alférez D. Bernarjino Medina, D. Juan Zulueta, D. Cleofas Contreras y D. José María Quiriarte.

Los heridos fueron los generales Parrodi, Gonzalez de Mendoza, Blanco, en el rostro; D. José María García, en una pierna; D. Antonio M. Jáuregui, en la cabeza: los coroneles Ruiz y D. Joaquin Fuero, padre de D. Carlos, que es hoy general del ejército; tenientes coroneles Ramirez y Aguirre y otros jefes y oficiales de diversos grados.

Entre los prisioneros además de muchos de los heridos que acabamos de mencionar, estaban los generales Salas y D. Nicolás Mendoza, los tenientes coroneles D. Plutarco Cabrera, D. Agustín Zires, D. Mariano Reyes, Palafox y D. Francisco de P. Silvá, los comandan-

tes D. Manuel Fernandez Zimavilla, D. Ramon Tabera y otros dos, así como noventa y seis oficiales y un crecido número de soldados. Se perdió, además, todo el armamento y la artillería, consistente en veintidos cañones.

El general Santa Anna, que como hemos visto se retiró para San Angel al oscurecer del 19, se alojó en la casa del general Mora y Villamil é inmediatamente ordenó se trasladara á aquel pueblo la brigada Rangel, que guarnecía la Ciudadela de México y formaba los batallones de Granaderos, mixto de Santa Anna y San Blas, guardia nacional de Morelia y compañías de San Patricio, con un total de dos mil hombres.

Cubierto el punto de San Angel por el general Rangel se dirigió el general Santa Anna con la brigada Perez á las seis de la mañana del 20 para el campamento de Valencia; al escuchar el fuego

redobló el paso, pero ya era tarde, porque el ejército del Norte había concluido, presentándose á poco los dispersos y algunos trozos de caballería al mando de los generales Torrejon y Jáuregui.

No teniendo ya objeto la marcha, ordenó el general Santa Anna que sus tropas diesen media vuelta, y con este movimiento el primer regimiento ligero, que iba á la vanguardia quedó á la retaguardia. Su jefe, el coronel D. Domingo Gayosso, se puso á la cabeza de la última compañía, que resultó primera, y el comandante de batallon D. Leonardo Márquez, se colocó detrás de la primera compañía, que resultó última. En seguida iba el general en jefe, quien despachó inmediatamente á todos sus ayudantes con diversas órdenes para que todas nuestras tropas, que defendían la primera línea, se concentrasen á la segunda, formada en las garitas de la capital.

En esta virtud la brigada Rangel, á excepcion de las compañías de San Patricio, con el general Lombardini á la cabeza, se dirigió á México desde San Angel por Panzacola, entraudo por la garita del Niño Perdido.

Los batallones de guardia nacional VICTORIA é HIDALGO, compuestos de personas decentes, abandonaron á San Antonio, dirigiéndose á Churubusco, y su retirada la sostuvo el jefe de la línea, general Bravo, con la brigada de Zerecero, que desde Xotepingo rompió sus fuegos sobre las fuerzas del general Worth, movidas de Tlalpan.

El general Gaona, jefe del punto de Mexicalcingo, se dirigió con los soldados que lo guarnecian para la garita de la Candelaria.

Como á las diez de la mañana llegó el general Santa Anna á Churubusco, perseguido por el enemigo, tanto que el

comandante Márquez, que cubria la retaguardia, se vino batiendo en retirada con un pequeño destacamento del 1º ligero. El citado general se detuvo en Churubusco hasta ver desfilas el último soldado de las fuerzas que lo acompañaban. Hizo continuar los batallones VICTORIA é HIDALGO, y estos sin detenerse en ninguna parte, entraron á la capital por la Candelaria.

En Churubusco quedaron los batallones INDEPENDENCIA y BRAVOS, reforzados por las compañías de San Patricio y los piquetes de Tlapa, Chilpancingo y Galeana, al mando del coronel D. Florencio Villareal, que algunos años despues habia de ser el primer signatario del plan de Ayutla, para morir á la caída del imperio en la miseria mas espantosa. Tambien dejó el general Carrera, director de artillería, cinco caño-

nes de diversos calibres y como de antemano había dos, se contaron con siete, cuyo mando se dió al jefe de división del arma D. Juan Bautista Argüelles.

El general Santa Anna previno en alta voz al general D. Manuel Rincon, jefe de Churubusco, «que defendiera aquel punto de su mando á todo trance, porque habian llegado los momentos del sacrificio, sacrificio que la patria exige de sus buenos servidores,» ofreciendo Rincon que así lo haria por su honor. (1)

En el acto el general Rincon, de acuerdo con su segundo el general Anaya, dictó las medidas más convenientes para la defensa, colocando la artillería del modo siguiente: en el fortin de la

[1] Carta del general Santa Anna al general D. Manuel María Escobar, fecha 20 de Agosto de 1874, publicada cinco dias despues en el número 196, tomo V, de *La Vos de México*.

derecha dos cañones de á ocho y uno de á cuatro, á cargo del teniente D. José de la Cuesta, que aún vive, y del subteniente D. Luis Arizmendi; en dos troneras del centro, un cañon de á ocho y otro de á cuatro, al mando de los subtenientes D. Manuel Estrada y D. Francisco Fernandez. En el fortin de la izquierda á barbata un cañon de á ocho á cargo del alférez D. Mariano Espinosa y en una tronera para defender el flanco izquierdo otro de á seis.

Churubusco, que lleva á la vez los nombres de San Mateo y San Diego, es un pueblecillo de indígenas que se dedican al cultivo de la caña y habitan unas chozas muy humildes. En el centro y de Oriente á Poniente está la iglesia de San Diego, mirando su puerta principal para el camino de Coyoacan. Las bóvedas, como todas las construcciones antiguas, son muy sólidas, y la

torre, aunque poco elevada, tiene mucha robustez. El convento, donde hoy existe un hospital, está detras del templo, de Norte á Sur y hacia la izquierda de Oriente á Poniente.

En Coyoacan habia un destacamento de ciento cincuenta hombres al mando del teniente coronel D. Francisco Penñuri, pero tuvo que replegarse á Churubusco, en presencia del mismo enemigo.

Parte del batallon INDEPENDENCIA se colocó en las alturas del convento y el resto en la deresha hácia el puente, en el terreno que no estaba fortificado, y dos casitas de adobe que se atronaron para impedir que el enemiga flanqueara por ese punto. El batallon BRAVOS y compañías de San Patricio ocuparon los redientes y cortinas del frente é izquierda, fortificadas á barbata.

Los piquetes de Tlapa, Chilpancingo

y Galeana, mandados por el general Santa Anna en auxilio del general Rincon, se situaron en la parte descubierta al Oeste del convento.

Hé aquí como refiere la gloriosa defensa de Churubusco el elegante escritor D. Márcos Arróniz en su "Manual del viajero en México," edicion de Paris 1858.

"El dia 20 de Agosto de 1847, se presentó el enemigo vencedor en Padierena, y bajo cuyos auspicios emprendian el nuevo ataque. Los soldados mexicanos habian escuchado el eco del cañon con uno ansiedad indefinible, pues que se disputaba en los alrededores de la Magdalena la suerte de la República, y poco tiempo despues sufrieron el infausto resultado. En seguida vieron pasar los restos de aquellas tropas, las fuerzas que se hallaban en San Angel, y las de San Antonio en el movimiento

de reconcentraci3n que se verificaba, y conocieron que su suerte era la de sacrificarse para asegurar la retirada del ejército; pero en cumplimiento de su deber solo pensaron en combatir al enemigo, aunque en medio de circunstancias tan aciagas. El general Twiggs ataca por el rumbo de Coyoacan, y Worth por el de San Agustín, (1) y el fuego de la fusilería no cesa un solo instante acompañado del estruendo repetido del cañ3n. Los enemigos avanzan con resoluci3n, pero son rechazados por nuestras tropas en su primera acometida. En los momentos comprometidos de la segunda carga, el general Anaya subió á la explanada á caballo, mandó cargar una pieza á metralla, y él mismo dirigió la puntería, pero se incendió el parque abrasando á cuatro ó cinco arti-

(1) Tlalpan tiene también el nombre de San Agustín de las Cuevas.

lleros, al capitán O'leary que la servía, y el general quedó ciego por un espacio de tiempo, pero permaneció imperturbable sobre el teatro de la acción, que continuó encarnizada por ambas partes, y nuestro pabellón ondeaba valientemente iluminado por los fuegos y remecido por nubes de humo que lo circundaban como guerrero incienso. Aquellas miserables chozas tiemblan al trueno de la artillería como conocedoras del peligro, y algunas vienen á tierra con los estragos de la lucha, en que brilla la impetuosi3n de nuestros nacionales que saltan de los parapetos para acercarse más al enemigo. Mil hechos gloriosos podrían citarse de abnegaci3n y bizarría con que procuraban distinguirse nuestros oficiales y soldados. El enemigo mostró una calma y obstinaci3n en el ataque dignas de las mejores tropas, y el pabellón de las estrellas, que al

fin empuñó el general Twiggs, recibió veintidos balazos, cambiando muchas veces de manos. Tres horas y media había durado la lucha, repitiendo los americanos sus esfuerzos que hacian inútiles los defensores de Churubusco; pero nuestro fuego fué cesando poco á poco, hasta que se extinguió completamente, pues se agotaron las municiones. Los generales Rincon y Anaya mandan que la tropa se repliegue al interior del convento, lo cual ejecuta con la más profunda tristeza. Entonces Peñúñuri carga al enemigo con unos cuantos soldados á la bayoneta, y cae víctima de su arrojo. El patriota capitan de cazadores D. Luis Martinez de Castro, al abrirse paso por entre los enemigos, recibe una herida mortal; y este jóven deja un vacío lamentable entre los buenos ciudadanos y entre la literatura nacional. Replegadas las fuerzas nues-

tras, creyeron los enemigos que era un ardid de guerra, y no se decidian á avanzar; el primero que penetró fué el valiente capitan Smith, del 3º de línea, quien viendo que aguardaban su suerte los nuestros, sin hacer fuego, contiene á los que le siguen para evitar que los suyos se cebaran en los vencidos. De los defensores, unos rompian sus armas de cólera, otros se desesperaban y buscaban por todas partes un cartucho para tener el gusto de quemarlo por última vez hiriendo á algun enemigo. La defensa mereció elogios hasta de los mismos enemigos, quienes permitieron, como distincion honorífica, que los oficiales prisioneros conservaran sus espadas. El general Rincon, que mandó la defensa, se mostró con inalterable sangre fría. Gorostiza, nuestro célebre autor dramático, dió pruebas de inalterable valor; y todos cumplieron con su deber

haciendo pagar al enemigo bien cara la posesion de aquel punto, y dando tiempo suficiente al grueso de nuestro ejército para que se rehiciese. Sin la heroica defensa de Churubusco, ese mismo día hubiera entrado el enemigo, orgulloso y vencedor, en la capital de la República.

Nuestras pérdidas en el convento fueron: muertos, seis oficiales y ciento treinta y seis individuos de tropa; heridos, tres oficiales y setenta y nueve soldados. Dispersos, catorce oficiales y trescientos treinta y tres soldados. De las compañías de San Patricio murieron dos oficiales y treinta y tres soldados, quedando el resto prisionero.

De los defensores viven todavía: D. José Hidalgo, mayor del batallon Bravos, que despues fué un diplomático muy distinguido, desempeñando en el imperio de Maximiliano la Legacion de

México en Francia; D. Agustin Camacho, D. Agustin Cortés y D. Ignacio Uribe, capitanes de las compañías 1^a, 2^a y 4^a del mismo batallon; sub-ayudante D. José Villa; subtenientes D. Manuel Irizarri y D. Juan Barros; sargentos Bernardo Garrido, Cleto Alvarado, Domingo Valencia, Nemesio Leon; cabos José Concepcion Gallardo, Félix Terrazas y Luis Romero y corneta Alejandro Silva. Del batallon INDEPENDENCIA viven: capitanes D. Luis Vidal, D. Epifanio Padila y D. Lorenzo Garcia; subtenientes D. Jesus Concha, D. Luis Vergara, D. Manuel Bustamante, D. Ignacio Herrera, D. Hesiquio Iriarte y D. Ignacio Mendez (hoy coronel) y cabo Bárbaro Velazquez. (1)

(1) A la bondad de nuestro amigo el Sr. coronel D. Agustin Camacho, debemos la lista de los defensores de Churubusco, ignorando él mismo si aún viven otros: pero como nos proponemos hacer otra edicion de esta obrita, las personas que

El general Santa Anna fué injusto no solo con el general Valencia, sino tambien con los heroicos defensores de Churubusco, asentando en su carta al general Escobar; fecha 20 de Agosto de 1846 que *el general Rincon habia levantado bandera de parlamento para capitular, como siempre miserablemente*, cosa que no fué cierta; pero el presidente Comonfort mandó en 1856, que se erigiera un sencillo monumento á la memoria de los héroes de aquella jornada, frente al ex-convento y que se ve á corta distancia del camino de fierro de México á Tlalpan.

«En aquel monumento, dice el Sr. Rivera Cambas, (1) están á un lado los

gusten pueden remitirnos sus nombres para confrontarlos con la lista que el general Rincon acompañó á su parte respectivo.

(1) «México pintoresco, artístico y monumental», tomo II, 1882.

nombres de Francisco Peñúñuri, Paz Montes de Oca y José María Gonzalez, en otra carta se lee: «A la memoria de los valientes y esforzados mexicanos, que combatiendo en defensa de su patria, le hicieron el sacrificio de sus vidas en este mismo lugar, el día 20 de Agosto de 1846. La nacion mexicana consagra este monumento de gratitud; de honra y de gloria. Siendo presidente de la República Ignacio Comonfort, 1856.» En la parte opuesta está la misma inscripcion en latin. En la tercera cara del monumento se lee: «Luis Martinez de Castro, Rafael Oliva, Pascual Merás, Agustín Gutierrez.» La construccion fué dirigida por el arquitecto D. Vicente E. Manero. Casi borradas están las inscripciones de las gabetas en que yacen los restos de Luis Martinez de Castro, capitán de cazadores, y

la del sepulcro de José Revilla y Pedreguera, abierto al pie del monumento.

El viento que constantemente bate la llanura, parece gemir al chochar con la tumba de los héroes ínclitos, esclarecidos, que despreciaron sus vidas y las depositaron en el altar glorioso de la independencia de su patria.

Hemos dejado al general Santa Anna presenciando el desfile de su division en Churubusco, y cuando pasó el último soldado, se dirigió al puente del mismo nombre. Allí con otras fuerzas pudo reunir cinco mil infantes, que al instante formó en las dos alas ó avenidas del puente y en la hacienda de Portales colocó de reserva á la caballería del general Torrejon.

Aun á riesgo de repetir muchos puntos de que ya hemos hablado, vamos á transcribir íntegra una comunicacion dirigida al ministerio de la guerra en 14 de

Mayo de 1881 por el general D. Miguel de la Peña, y de la que este señor ha tenido la bondad de darnos copia. En ella trata del participio que tuvo el primer regimiento ligero, de que era cadete en los dias 10 y 20 de Agosto de 1847, pues al formarse su hoja de servicios, el archivero de aquel ministerio, basándose en el parte del general Rincon sobre la heróica defensa de Churubusco, dijo que no existia constancia alguna de que el citado 1º ligero hubiese prestado entonces ningun servicio. Dice así el Sr. Peña:

„República Mexicana.—Division Canales.—General, jefe del estado mayor, general de la division.—La batalla de Churubusco, bajo el punto de vista político, tiene dos aspectos, y bajo el punto de vista militar tiene dos incidentes culminantes, muy distintos.

El dia anterior, 19 de Agosto de 1847,

se libró la batalla de Padierna por el ejército mexicano del Norte, al mando del Sr. general de división Gabriel Valencia, contra el de los Estados Unidos, en que todos los batallones y regimientos que concurren á ella se llenaron de gloria; pero á la caída de la tarde principió á declinar para los nuestros la victoria tomando el enemigo formidables posiciones, circunvalando casi las nuestras y arrojando grandes masas sobre nuestros diezmos batallones, que disputaron palmo á palmo, pero en detall, el terreno á los invasores, hasta la madrugada del dia siguiente en que, adversa la fortuna se declaró la derrota, prision y destruccion de aquella parte heróica y aguerrida de nuestro ejército, cayendo prisioneros su general en jefe (1) y la mayor parte de sus generales.

[1] El general Valencia no cayó prisionero, pero sí el 2.º en jefe de la division general Salas.
Nota del autor.

jefes y oficiales, entre los que se hallaba el coronel Joaquin Fuero, compilador de la Ordenanza, que herido, lo mismo que muchos, despreció las amenazas y rehusó juramentarse. A esta batalla prestaron su concurso, *más bien como espectadores*, formados en línea, los cuatro regimientos de infantería que componian la division de reserva, al mando del mismo presidente de la República, general Antonio López de Santa Anna, y eran: el 1.º, 3.º y 4.º regimientos ligeros de infantería permanente y el 11.º batallon de línea, mandando el 1.º el Sr. coronel graduado, teniente coronel Domingo Gayosso; el 3.º, el teniente coronel Miguel María Echeagaray; el 4.º, el Sr. general graduado, coronel Carlos Brito, y el 11.º de línea, el Sr. general graduado, Francisco Perez, siendo cuartel maestre general del ejército, el Sr. general de división José María Tornel,

pues dichos batallones permanecieron á pié todo el día, sobre las lomas de Contreras (ó San Angel, frente á las de Padierna) hasta mucho despues de la caída de la tarde, en que al abrigo de una densa oscuridad y de la lluvia, costeadando las lomas de Padierna, muy cerca del enemigo, se retiraron á pernoctar en San Angel y tomar sus ranchos: (1) A la mañana siguiente, al ir á ocupar de nuevo sus posiciones, les anunció la catástrofe, la multitud de heridos de nuestro ejército del Norte que pudieron evadirse del campo enemigo, y la proximidad misma de éste, cuyas columnas se dirigian rectamente á Churubusco. La division de reserva regresó por San Angel hasta Coyoacan, donde descansó unas horas y principió á to-

(1) Ya hemos dicho que en las lomas del Toro, frente á San Jerónimo, estuvieron formadas la tarde del 19 las tropas del general Santa Anna.— Nota del autor.

mar rancho. El enemigo seguia su marcha, y la division emprendió la suya llevándola de flanco hasta Churubusco, que se hallaba guarnecido por algunas tropas.

Esta posicion merece una descripcion especial, hecha hasta donde puede permitirlo la memoria despues de tantos años, y se componia de dos grandes baluartes, uno hácia la derecha de ella, encerrando el famoso *Convento de Churubusco*, que dió su nombre á la primera batalla, y el otro muy á la izquierda, apoyado en el rio y resguardando *el Puente*. Cada uno de ellos, formando un poligono de bastante extension y capacidad para ser defendidos por dos ó tres mil hombres, ligándolos entre sí una ancha calzada que conducia á México, por otras, hácia la garita de San Antonio Abad. El primer ligero y el 11.º de línea pasaron sin detenerse por

el convento y fueron á establecerse sobre la línea de fortificacion en el baluarte del puente ocupado á la sazón por el batallón de irlandeses de San Patricio, que fué relevado y pasó á la derecha á ocupar el baluarte del convento en union de un batallón de guardias nacionales. En el puente no habia sino tres ó cuatro piezas de batalla, pues la de sitio y plaza destinadas para artillar aquellas posiciones, se hallaban desmontadas en el suelo por falta de tiempo y personal para montarlas.

«Poco despues de tomar posiciones y establecer la línea de batalla en que el 4º ligero fué uno de los que formaron la reserva, pasaron en retirada para dentro de la línea y de allí á México, por el puente, los batallones de guardias nacionales, Victoria é Hidalgo, quedando fuera de ella como á unos seis ó setecientos metros un convoy de carros

de parque que custodiaban y fueron, momentos despues de perdido el punto, incendiados.

«Así, pues, á la batalla de Churubusco asistieron: la division toda de reserva, al mando del mismo presidente de la República; los generales de division, Tornel, Bravo y Filisola; de brigada D. Lino José Alcorta, Lombardini y otros; el primer regimiento ligero, el 3º idem idem, el 4º idem idem, que sostuvo la retirada, el 11º de línea y alguna caballería, tal vez el regimiento de húsares, (1) el batallón de San Patricio y el de guardia nacional Independencia, á quienes tocó defender el convento. (2)

«Sus posiciones fueron: primer regi-

(1) La caballería se componia de los regimientos de húsares y ligero de Veracruz, y de los diversos trozos que salvaron en Padierna los generales Torrejon y Jáuregui.

(2) Además estaba en el convento el batallón BRAVOS y los nacionales de Tlapa, Chilpancingo y Galeana.—Notas del autor.

miento y 11º, el puente; San Patricio é Independencia, el convento; 3º y 4º ligeros, de reserva hácia el centro.

«He dicho que esa batalla bajo el punto de vista político, tiene dos aspectos: el que le corresponde bajo las condiciones militares de la ciencia y de la defensa de nuestra patria en que estábamos empeñados; y el que toma de las diversas opiniones y sentimientos de partido, que suelen realzar el mérito de unos y oscurecer el de otros.

«La gloria de los irlandeses y los guardias nacionales del batallon Independencia no necesita para ser grande, por la valentía y heroismo que allí desplegaron, el que se menoscabe en lo mas mínimo la que cupo y supo arrebatár á la adversa fortuna el ejército mexicano, formado y renacido á cada instante, despues de multiplicadas derrotas, atribuidas á causas absurdas, no habiendo otra

más que el abandono á que se le redujo por la anarquía que germinaba en los principales elementos de la República.

«La prueba es, que un hecho notorio como fué el de esa batalla se oscurece hasta el extremo de ignorarse hoy que tuvieron participio en ella los *únicos cuerpos de linea que pudieron librarla* y siguieron siendo en las demás batallas la sola esperanza de la patria, correspondiendo á ella con la del Molino del Rey, *del 8 de Setiembre*, que por fortuna tambien se conmemora, y en ella tuvieron una parte tan brillante, que solo por defecto de la caballería no fué más espléndida y decisiva la victoria. Los dos incidentes notables de la accion de Churubusco fueron que la línea se redujo para su defensa á las dos extremidades, el *Puente á nuestra izquierda*, una; y el combate, á la *derecha*, la otra librándose en ellos dos reñidos combates distintos, pero simultáneos.

Que el ejército americano no atacó al principio ni una ni otra de frente, y no trató de hacer sino una mera diversion hacia aquella parte, y su punto objetivo, sin duda era otro. Que el presidente de la República se apercibió de ello por lo poco numeroso de las columnas enemigas que había al frente, y las que por Mixcoac y otros puntos de los alrededores parecían dirigirse hacia el Poniente. Que retiró los batallones Victoria é Hidalgo, compuestos de lo mejor y más granado de la sociedad mexicana, para resguardar la ciudad, en union de otros también de guardia nacional, como el batallon artillería de Mina, el Verduzco, etc., de contrapuestas opiniones, sostenidos por el de granaderos de la guardia. Que estableció la línea con los ya indicados y su reserva, dejando expedita la retirada á la capital por la garita de San Antonio

Abad, teniendo fija toda su atención hacia el lado donde el enemigo intentara inclinarse; y por consiguiente, la batalla no tuvo este carácter, sino en fuerza de la necesidad de una retirada para ocupar diversas posiciones, más no porque el ejército fuese obligado á ella abrumado del combate, como lo demuestra la brillante y correcta retirada de algunos cuerpos, especialmente el 4.º ligero, que la practicó á cubierto de su línea de tiradores, primero, y después de replegados estos, todo él en línea de batalla.

La retirada fué precisa bajo el punto de vista de la disciplina, porque lo ordenó el general en jefe; bajo el punto de vista estratégico, porque el enemigo iniciaba nuevo y vigoroso ataque hacia otro punto tal vez de mayor peligro; y bajo el político, porque la ciudad misma en manos de ciudadanos y guardias

nacionales de opiniones muy diversas, que hacía poco habían combatido dentro de ella unos contra otros, era muy aventurado dejarla.

«La batalla principiaria á las diez de la mañana, con algunos disparos, y luego un nutrido fuego de fusilería á cortos intervalos sobre el enemigo, que venia ocultándose entre las milpas y sembrados. La artillería jugó muy poco. El primer tiro de fusil del enemigo, hacia la izquierda, fué disparado sobre el entonces teniente coronel graduado, capitán de tiradores del primer ligero, Luis Gonzaga Osollo, que se hallaba observándole de pié sobre el parapeto, cerca de una de las piezas establecidas sobre las plataformas, y le dió sobre el puño de la mano derecha, rosando las sardinetas y arrancando los botones sin herirlo. Uno de los muchos cohetes á la Congreve que nos fueron dispa-

dos, hirió á varios soldados y al entonces coronel graduado teniente coronel Domingo Gayosso, en un pié, estando á caballo, por cuya causa recayó el mando en el entonces comandante de batallon Leonardo Márquez. La tropa toda estaba á cubierto resguardada por el hermoso y bien formado parapeto, desde donde hacía fuego sin peligro alguno, y los soldados salian de él á recoger las sábanas y almohadas de Holanda y de batista abandonadas á su paso como inútiles por los opulentos guardias nacionales.

«El general en jefe visitó la línea con frecuencia, y cada vez que lo hizo, ordenó que se suspendiera el fuego y se economizara el parque. También concurrieron, una ó dos veces, los generales Bravo y Filisola, y ambos comunicaron, y sucesiva y reiteradamente la orden de retirada como á las 12 ó 1 de

la tarde, la que al fin se ejecutó con repugnancia.

«Y la acción distinguida del teniente Ausencio Espinosa de la primera compañía del primer regimiento ligero, si bien lo fué por su arrogante bizarria, no dejó por eso de ser harto vituperable, pues consistió en permanecer con ella en el puesto que ocupaba cerca de la cabeza del puente, sin apoyo alguno, contra la orden expresa de sus superiores, inducido de su propio espíritu y sostenido por el valor característico, pero irreflexivo, del teniente coronel capitán Pedro Navarrete, y capitán Albino Gallo, que no pertenecían al cuerpo, resistiendo el choque del enemigo en el asalto del baluarte, hasta ser acuchillado por él y recibir la metralla de sus propias piezas ya volteadas en contra, sin más recurso que una laboriosa retirada á través de potreros llenos de agua, cor-

tados por zanjas en todas direcciones, llegando á México el día siguiente con los mutilados restos de la compañía, por la garita del Peñon. El convento se sostuvo tanto como nosotros ó un momento más, mientras el enemigo desembocó contra él por la calzada que unía uno y otro puntos, tomándonos de frente y de costado con el auxilio de las tres armas, que desde luego cooperaron simultáneamente sobre nuestra línea de retirada. En seguida, fueron incendiados los carros del parque.

«Ignoro si los del convento recibieron también la orden de retirarse, pero bien pudieron haberlo ejecutado los de las líneas sucesivas que formaron el 3º y el 4º ligero, que fué el último en la retirada: (1) lo mismo pudo haber hecho, á

(1) El ejército se retiró á México fraccionado, tomando unos cuerpos por Mexicalcingo para el Peñon y otros por la hacienda de Portales á la garita de la Candelaria. Segun nos refiere el Sr. D.

su tiempo incorporado á su batallon la primera compañía citada, y entonces, la *batalla perdida*, no hubiera tenido otro nombre que el de una simple retirada para haber vuelto á ocupar más tarde las mismas posiciones. Pero esto no menoscaba en lo más mínimo el heroísmo de los soldados de San Patricio, que supieron morir asidos de su bandera y posiciones, como los mártires antiguos de su propia patria; ni el valor ejemplar y brillante de aquellos guardias nacionales que defendieron palmo á palmo;

Alejandro Argandar, subteniente del 3.º ligero, este cuerpo anduvo todo el día 20, sobre 14 leguas en marchas y contramarchas desde San Angel desde las cinco de la mañana hasta las seis de la tarde, que llegó al Peñon, haciendo muchos rodeos por estar anegados todos los caminos. Allí durmieron aquella noche todas las tropas reunidas y el siguiente día, 21, se retiraron á México, bajo las ordenes del Sr. general D. José Joaquin Herrera (primo del teniente coronel Echeagaray), quedando abandonada nuestra línea exterior de Oriente.—
Nota del autor.

hasta el último piso de la acribillada torre del convento de Churubusco, ni ménos la de los soldados del ejército que cumplieron lo que sus generales les mandaron.

«Lo expuesto, Sr. Ministro, al tomarme la libertad de decirlo á vd. respetuosamente en respuesta á su oficio fecha 7 de Marzo último, seccion 2ª, mesa 3ª, número 7,712, no tiene más objeto que probar, como creo debia hacerlo, hasta donde mi memoria alcanza y el criterio militar que tan limitado debia ser por mi escasa edad y subalternísima clase de cadete, en aquella época, que mi regimiento el primer ligero permanente, y mi compañía la 1ª de él, que mandaba en comision el teniente Ansencio Espinosa, *asistieron á esa batalla*, y la última se distinguió, aunque al hacerlo valerosamente se hizo culpable su jefe.

«En corroboracion de lo dicho, puede ocurrirse á los archivos del gobierno y allí se verá por las listas de revista, las bajas que hubo en la de Setiembre, por dispersion, prisioneros y *heridos*, siendo yo uno de estos, que fui conducido al hospital de Jesus y estoy gozando por diploma del supremo gobierno, la cruz de honor, que á los que allí y en las demás acciones del Valle de México combatimos, nos fué concedida; creyendo ser de justicia, que en revindicacion del expresado primer ligero de infantería permanente, al que algunos años despues, cuando se intituló 1º de línea, perteneció el actual presidente de la República, y más tarde 2º batallon de línea, *base y sosten* del gobierno en Veracruz durante la guerra de Reforma, se declare en vista de nuevos datos, por la seccion del cuerpo especial de estado mayor general del ejército, que asistió,

porque así fué, a la batalla de Churubusco, y mereció como todos los que allí combatieron, bien de la patria; de biendo suponer el que suscribe que el parte del Sr. general Rincon, se refiere solo á uno de los incidentes ó episodios de la batalla, que es el del *convento de Churubusco*; y que hizo punto omiso de los demás de ella y de los otros cuerpos que allí combatieron, por no haber estado bajo sus inmediatas órdenes, pues repito que los cuatro expresados cuerpos permanentes, siempre estuvieron á las del presidente de la República.

«Ruego á vd., se sirva perdonar lo difuso de mi nota, y acceder á la peticion que formalmente hago de que se rectifiquen los antecedentes que promueven estos, con otros que sin duda deben existir en ese ministerio, como existen todavía muchos militares de aquella época en el ejército.

„Libertad y Constitucion. H. Matamoros, Mayo 14 de 1881.—El general graduado *Miguel de la Peña*.—Sr. Ministro de la Guerra y Marina.—México.”

La nota que acabamos de transcribir, no puede haberla escrito el Sr. general Peña con más precision é imparcialidad, pues coloca los sucesos bajo su verdadero punto de vista, y dá á cada uno lo que es suyo.

Para concluir nuestra larga narracion de la defensa del puente y retirada del ejército, insertamos algunos párrafos de la carta del general Santa Anna al general Escobar, que ya hemos citado dos veces en páginas anteriores:

„El enemigo apareció en columna de diez á doce mil hombres por el camino de Tlalpan, y por mi derecha (la del puente) pude percibir otra gran parte considerable de sus fuerzas.

„Todo esto era festinado en instantes y el ataque en consecuencia fué solemnemente rudo.

„El enemigo se encontraba á pecho descubierto, y mis soldados, desde sus débiles parapetos hacian sobre él destrozos inauditos con la certeza de sus tiros.

„Esta intrepidez, esta presencia de ánimo, este desesperado arranque del patriotismo mexicano, detuvo el ímpetu del enemigo.”

Luego, hablando de la pérdida del convento, dice: „que el enemigo envalentonado con su posicion, redobló sus ataques sobre el puente y sobre sus flancos.

„Poderosos esfuerzos fueron necesarios para rechazar las cargas repetidas del tenaz enemigo, portándose los valientes veteranos que ahí lucharon, con admirable constancia y heroicidad.

„Así pasamos ocho horas, habiendo logrado contener y poner en confusión al enemigo, en términos que no hizo el menor movimiento al vernos levantar el campo para retirarnos pausadamente hácia la fortificación de la Candelaria: por una razón, por habérsenos concluido todo el parque de las cartucheras y algunas otras cajas que extraordinariamente cargaban de refacción cada uno de los cuerpos que me acompañaban.“

Terrible y aciago día fué para México el 20 de Agosto de 1847, con la completa derrota de la división del Norte, la pérdida del convento de Churubusco y la desastrosa retirada del ejército que cubría las líneas exteriores de la capital.

El general Santa Anna se retiró á Palacio, y reuniendo allí á los ministros y otras personas notables, hizo una relación de los sucesos. Escuchadas las

las diversas opiniones que se emitieron con entera calma, convinieron todos los asistentes en que era preciso solicitar del enemigo una tregua para que nuestro ejército pudiese descansar algunos días despues de tanta fatiga, y reorganizarse de una manera conveniente para seguir combatiendo por la integridad del territorio mexicano. Terminada la junta se retiró el Presidente á sus habitaciones, pero siempre infatigable, cuya cualidad no se le puede negar, á las dos de la mañana del 21 montó á caballo con su Estado Mayor para recorrer la línea fortificada y dictar las medidas oportunas para resistir un ataque, pues abrigaba temores de que el enemigo lo emprendiese, suponiendo que nuestros soldados estarían en completa desmoralización.

Aunque en la citada junta se acordó pasaran al campamento enemigo los

Sres. D. Salvador Bermúdez de Castro representante español, y Mackintosh, cónsul general de Inglaterra, parece que sólo éste último lo verificó acompañando de D. Rafael Veraza, que por muchos años fué correo de gabinete de la Legación de S. M. B. El general Scott dice en su parte al gobierno americano que rechazó los términos en que esos señores le propusieron la tregua, pero es [de creerse lo contrario, pues aún cuando sus soldados obtuvieron el día anterior ventajas muy importantes, fué á costa de mucha sangre que era preciso restañar. Sea lo que fuere y quizá al mismo tiempo que nuestros comisionados se dirigían al cuartel general enemigo, Scott envió una comunicacion fechada en Coyoacan, el mismo día 21, á nuestro ministro de la guerra, quien dió cuenta con ella al general Santa-Anna en la garita de la Viga. Solicitaba el

general Scott un armisticio para que las dos grandes repúblicas del continente americano entrasen en negociaciones para dirimir sus diferencias honrosa y amigablemente.

Aceptado el armisticio por ambas partes, fueron nombrados para ajustar el convenio respectivo, por la del general Santa-Anna los generales D. Ignacio Mora y Villamil, director de Ingenieros, y D. Benito Quijano, jefe del Estado Mayor, y por la del general Scott el mayor general Quitmann y los brigadieres Persefor Smith y Franklin Pierce. El 22 se reunieron en Tacubaya y despues de largas conferencias, acordaron que cesaban las hostilidades en un radio de treinta leguas de México, miéntras los comisionados de una y otra parte negociaban la paz ó hasta que cualquiera de los dos generales en jefe diera aviso de la cesacion del ar-

misticio, con cuarenta y ocho horas de anticipacion. Se prohibió levantar fortificaciones ofensivas y defensivas, reforzarse con gente, armamento y municiones, y hacer ningun movimiento militar. Que los invasores no impedirían la entrada de víveres á la plaza de México y en cambio ellos podrían sacar los recursos que hubieran menester exceptuándose armas y municiones. (1)

(1) Esta concesion dió lugar á sucesos desagradables, pues en la mañana del 27 de Agosto entraron cien carros del enemigo hasta la plaza de armas para proveerse de víveres, y al verlos el pueblo se amotinó llegando á formarse treinta mil personas de ambos sexos y de todas edades, llamando traidor al general Santa Anna y apedreando á los carreteros y á la escolta. Los generales Herrera, comandante general y Tornel, gobernador del Distrito, lograron contener el motin poniendo sobre las armas dos mil quinientos hombres de caballería. Los carros salieron de la ciudad sin provisiones, habiendo muerto uno de los conductores y otros fueron heridos.

En vista de este suceso, se arregló que en lo sucesivo saliesen de noche los víveres, pero nuestro pueblo que odiaba á los invasores, una noche prendió los depósitos que había en las calles An-

Convínose tambien en el cange de prisioneros, pero clase por clase, lo cual fué una imprevision de los comisionados, pues en poder del enemigo existían tres generales, y otros oficiales superiores, mientras que nosotros sólo teníamos subalternos y tropa. Por último, para cangear las ratificaciones se designaron veinticuatro horas que deberían contarse desde las seis de la mañana del 23 de Agosto. Este mismo día anunció el general Scott desde Tacubaya, que el teniente Semner, de la marina americana, se presentaría en México acompañado de otro oficial, á la hora señalada para recoger de nuestro general en jefe la aprobacion del convenio.

cha y San Juan de Letran, saqueándolos completamente.

CAPITULO IX.

Conducta antipatriótica del Congreso.—Nombramiento de comisionados.—Conferencias con Mr. Trist.—Son desechadas sus pretensiones.—Fin del armisticio.

Desde que se inició el armisticio y debiendo tal vez celebrarse un tratado internacional, cuya aprobacion correspondía al Congreso de la Union, el ministro de Relaciones dirigió una nota al presidente de la Cámara D. Antonio María Salonio, para que convocase á los representantes del pueblo, que desde el 10 de Agosto habían clausurado las sesiones ordinarias, á una extraordinaria que debería tener lugar á las doce del día 21, á fin de que tomasen parte en aquellos negocios importantes, pero des-

graciadamente eran las tres de la tarde y sólo se habían reunido veintiseis, cuyos nombres, que no aparecen en varias publicaciones, nos complacemos en dar á conocer:

D. José B. Alcalde, D. Longinos Banda, D. Francisco Banuet, D. Tiburcio Cañas, D. Clemente Castillejo, D. José Agustín Escudero, D. José María Espino, D. José Trinidad Gómez, D. Luis Gutiérrez Correa, D. Francisco Herrera Campos, D. José Mariano Jáuregui, D. José María Lafragua, D. Pedro José Lanuza, D. Miguel Lazo de la Vega, D. Lugardo Lechon, D. Manuel M. Medina, D. Ambrosio Moreno, D. Manuel Muñoz, D. J. Noriega, D. N. Navarrete, D. M. Ortiz de Zárate, D. Antonio M. Salonio, D. Francisco Suarez Iriarte, D. Mariano Talavera, D. Manuel Zetina Abad y D. Miguel Zinacúnegui:

No habiendo el quorum correspondiente, se acordó excitar á los faltistas para que se presentaran, pero fué en vano, y era el 7 de Setiembre sin que pudiera haber sesion, por lo cual acordó la Cámara disolverse. Los diputados que ocurrieron al llamamiento, fueron: D. José María Benitez, D. Miguel Bringas, D. Agustín Buenrostro, D. Manuel Buenrostro, Castro, Morales, Ortega, Parada, Parra, Ramírez España, Urquidi, Valle, D. Joaquín Vargas, Yañez y D. Manuel Zapata.

Por enfermedad no concurrieron los diputados D. José Ignacio Alvarez, que falleció en aquellos mismos días, Enciso y Espinosa de los Monteros, y con licencia los Sres. Agreda, Pacheco y Perdigón.

«La conducta de la mayoría de los representantes del pueblo, dice el apreciable historiador D. Niceto de Zama-

cois, que dejó de asistir á las sesiones que nunca hubieran sido de más importancia que en aquellos días de aflicción para la patria, indignó sobremanera á todo el país, y llegó á influir poderosamente en el desprestigio en que han caído los Congresos que le han sucedido» (1) y los autores de la obra «Apuntes para la historia de la guerra,» no obstante sus ideas liberales, no pueden ménos de manifestar con toda franqueza que fué indigna la conducta de los diputados que no concurrieron al llamado del gobierno, por indiferencia, cobardía ó mala fé, desentendiéndose de sus más santos deberes en los momentos de mayor conflicto para la patria. ¡La historia imparcial y severa, dicen los citados autores, les destinará una página de oprobio é ignominia!

(1) «Historia general de México,» tomo XII, página 750, edicion de Barcelona 188'.

Nosotros no podemos lanzarles ningún anatema por ignorar las verdaderas causas de la falta de concurrencia de cada uno, y día llegará en que se sepa. Si diremos que en Toluca había varios diputados enemigos acérrimos del general Santa-Anna, que en lugar de venir á ayudarle con sus luces para la salvacion de su patria, no se paraban en medios para ponerle obstáculos, y uno de esos señores, D. Ramon Gamboa, publicó en el «Boletín de noticias de Toluca» una terrible acusacion al mismo general, señalándolo como traidor á la patria, pero fué vista con la mayor indiferencia, y D. Manuel Rivera Cambas, escritor liberal de nuestros tiempos, dice que el expresado Sr. Gamboa no concurrió á ningún combate y de consiguiente no pudo estar al tanto de las providencias y combinaciones del general en jefe. «Sin duda que Santa-Anna

erró muchas veces y de una manera irreparable, que no tenía las altas dotes para salvar la difícilísima situación en que se hallaba México, y que la fortuna le fué contraria; *pero de esto á ser traidor hay una distancia inmensa, tanto más difícil de salvar si se tiene en cuenta las veces que en el combate se expuso y el sello de sus intenciones impreso en el empeño y actividad que desarrolló para cumplir la oferta que había hecho de combatir al invasor.* (1)

Los diputados que no concurrieron á ninguna de las sesiones, fueron:

Aguilar, Eugenio M. de Aguirre, Arriola, C. Barandiarán, José de la Barchena, Juan José Bermudez, José María Berriel, Camarena, Joaquín Cardoso, Teófilo G. Carrasquedo, Carvajal, Caserta, Juan Bautista Cevallos, Ignacio

[1] Galería de Gobernantes de México, tomo II, pág. 335.—Año de 1873.

Comonfort (por ocupaciones del servicio militar), Mateo Echaiz, Pascasio Echeverría, Bernardo Flores, Galindo, Ramon Gamboa, Roman García, García Rojas, García Vargas, Garmendia, Valentín Gómez Farías, Feliciano González, Gonzalez Fuentes, Gonzalez Veyna, Gordoá, Guerrero, Hernandez, José Joaquín de Herrera (por ocupaciones del servicio militar), Iturribarria, Benito Juárez, José María de Lacunza, Maldonado, Muñoz Campuzauo, Octaviano Muñoz Ledo; Mariano Navarro, Mariano Otero, Othon, Paez, Ricardo Palacio, Rejon, Reynoso, del Rio, Mariano Riva Palacio, Rivera López, Robredo, Maximino Rojas, Eligio Romero, Luis de la Rosa, Rubio, Salcedo, Sanchez Espinosa, Sañudo, Serrano, Terreros, Torres, Pomposo Verdugo, Villada, Juan Zapata y Zubieta.

Al concluir el anterior capítulo mani-

Estamos que el 24 de Agosto quedó ratificado el armisticio, y desde luego se ocupó el general Santa-Anna de acuerdo con su Gabinete, en fijar las bases á que se deberían sujetar nuestros comisionados en las conferencias que iban á celebrar con los del gobierno de la Casa Blanca, siendo la principal que habian de tratar de la paz «como si se hubiese triunfado y como quien puede todavía llevar adelante la guerra con ventaja.» Para tan difícil encargo fueron nombrados los Sres. general D. José Joaquín de Herrera, Magistrado D. Antonio Fernández Monjardía y D. Antonio Garay; los tres presentaron su renuncia, pero el gobierno sólo admitió la de los dos últimos y para sustituirlos nombró á los Sres. Lic. D. José Bernardo Couto, general D. Ignacio Mora y Villamil, Lic. D. Miguel Atristain y como secretario intérprete á D. José Miguel Arroyo.

A otro día se recibió en la secretaría de relaciones una nota de D. Nicolás P. Trist, dándose á conocer como Enviado Extraordinario de los Estados Unidos, investido con plenos poderes, y pedía se fijase lugar, día y hora para tratar con los comisionados del gobierno mexicano. Se le contestó que el 27, á las cuatro de la tarde se reunirían en Atzacapotzalco, lo cual aceptó el Sr. Trist.

■ Singular coincidencia! En aquel mismo pueblo, el día 19 del propio mes de Agosto del año de 1821 se libró una batalla entre las huestes independientes acaudilladas por el bizarro D. Anastasio Bustamante, y las realistas al mando del coronel Concha, quedando victoriosas las primeras. Aquel triunfo aceleró la independencia de México consumándose el memorable 27 de Setiembre siguiente por el ilustre Liber-

tador D. Agustín de Iturbide. Veintiseis años después en el mismo Atzacapotzalco, los representantes de una nación debilitada por los horrores de las guerras civil y extranjera, iban á tratar con el de una potencia fuerte, y que orgullosa por sus recientes victorias no se detenía en medio para arrancarnos una gran parte de nuestro territorio.

El 27 de Agosto se celebró la primera reunión en el citado lugar de Atzacapotzalco, comenzando por el cange de credenciales. Mientras que las instrucciones del Sr. Trist eran amplísimas, las de nuestros comisionados se reducían á recibir las propuestas de aquel si ya estaban escritas, ó á consignarlas en un memorandum si eran verbales. Trist hizo observar esta limitación y se le contestó que llegada la ocasión de tratar se le presentarían más extensas. Pidió el mismo individuo que la próxima

conferencia se verificase en un lugar cercano al cuartel general de Scott é indicó como apropósito la casa de Alfaro, entre México y Chapultepec, ó este mismo castillo, y por último, entregó un proyecto de tratado, que en la misma noche nuestros comisionados pusieron en manos del general Santa-Anna.

En el artículo 4º de ese proyecto se fijaban los límites entre los Estados Unidos del Norte y la República Mexicana, perdiendo ésta los Estados de Texas y Nuevo México, una gran parte de Tamaulipas, otra de Coahuila, otra de Chihuahua, la mitad de Sonora, la Alta y Baja California, los rios navegables de estos terrenos y el dominio del mar Bermejo ó golfo de California. Por el artículo 8º se pretendía que el gobierno de México concediese y garantizase para siempre al gobierno y

ciudadanos de los Estados Unidos, el derecho de trasportar al través del istmo de Tehuantepec, de mar á mar por cualesquiera de los medios de comunicacion que existiesen, libres de todo peaje ó gravámen, todos ó cualquier artículo, ya fuera de producto natural, ó productos ó manufacturas americanas, ó de algun otro país extranjero, pertenecientes al gobierno ó á los súbditos de los Estados Unidos; y tambien el derecho de libre paso por el istmo á los mismos súbditos.

Por el artículo 9º todas las mercancías importadas al país durante la guerra por cualquier lugar ocupado por el enemigo, quedarían libres de confiscacion, multa ó pago de derechos al gobierno de México.

Grande fué la sorpresa del general Santa-Anna al ver las pretensiones del gobierno americano, pues que al prin-

cipio de la guerra sólo se reducían á la posesion del Estado de Texas, pero era muy natural que despues de la serie de triunfos obtenidos por su ejército, se aumentasen.

En compensacion del inmenso territorio á que aspiraban los Estados Unidos, ofrecían en el artículo 5º del proyecto, abandonar para siempre todo reclamo contra Mexico, á causa de los gastos de la guerra, y además nos pagarían, situándola en nuestra misma capital la suma que de comun acuerdo se pactase. (1) Por el artículo 6º se comprometían los Estados Unidos en asegurar y pagar á los acreedores de México todos los abonos que se les debían ó

[1] Nuestros comisionados en el curso de las conferencias nunca preguntaron la cantidad que se daría á México, y el Sr. Trist en las comunicaciones que dirigió al gobierno americano, no puede ménos de aplaudir la dignidad de aquellos señores.

que en adelante se venciesen conforme á las convenciones concluidas entre las dos repúblicas el 11 de Abril de 1839 y 30 de Enero de 1843. También asumiría el gobierno americano hasta una suma que no pasase de tres millones de pesos, todos los reclamos no decididos con anterioridad al 13 de Mayo de 1846.

El 28 de Agosto se reunieron por segunda vez los comisionados mexicanos y americanos en Atzacapotzalco, pero nada se trató, reduciéndose únicamente á citar la primera conferencia para dentro de tres días, pues que el gobierno necesitaba tiempo para examinar el proyecto presentado y dar su resolución.

A las once de la mañana del miércoles 1º de Setiembre tuvo lugar la tercera junta en la casa del inquisidor Alfaro, y nuestros comisionados muestra-

ron al Sr. Trist las nuevas credenciales que les expidió el gobierno el 30 de Agosto. La discusión fué muy larga y sosegada sobre los puntos capitales del proyecto, continuándose todo el siguiente día juéves 2, y el resultado de ella fué que el expresado Sr. Trist se «manifestara resuelto á abandonar su primera pretension sobre la Baja California y sobre una parte de la Alta, para que aquella pudiera comunicarse por tierra con Sonora. Ofreció que si no quedaba otro punto de diferencia para concluir la paz que el relativo al territorio que se prolonga entre el Bravo y el Nueces, consultaría sobre él á su gobierno con alguna esperanza de buen éxito, si bien este paso debía ocasionar una demora de cuarenta y tantos días en la negociacion. Mas la cesion de Nuevo México por parte de la República Mexicana era condicion de que

no podía separarse, ni aún someterla á nueva consulta en Washington, por la plena certeza que tenía de que su gobierno la consideraba como condicion *sine qua non de la paz.*» (1)

Varios días empleó el general Santa-Anna en discutir con sus ministros y otras personas respetables el proyecto del Sr. Trist; las opiniones fueron muy variadas y al fin se resolvió dicho general por la del Secretario de Relaciones D. José Ramon Pacheco. Este señor reputaba la prolongacion del armisticio como un ardid del enemigo para acopiar recursos durante esos cuarenta y cinco días; manifestó que era preciso escarmentar el orgullo americano y que con un esfuerzo patriótico, y general, se lograría un triunfo muy brillante, concluyendo por asegurar el citado Mi-

(1) Nota de los comisionados mexicanos al gobierno, fecha 7 de Setiembre de 1847.

nistro que nunca firmaría la paz que se le proponía.

El día 5 pasó el gobierno á nuestros comisionados una nota diciendo que no aceptaba la próroga del armisticio, ni ménos ceder á Nuevo México, porque en Nuevo México y en las pocas leguas que median entre la derecha del Nueces y la izquierda del Bravo, estaba la paz ó la guerra.» Se les decía, además: «Si el comisionado de los Estados Unidos no deja al gobierno mexicano escoger más que entre esta cesion y su muerte, en vano le mandó su gobierno; desde átes pudo asegurarse cuál sería la respuesta.—Si tambien los Estados Unidos han hecho su eleccion, y prefieren la violencia ó nuestra humillacion, ellos serán los que den cuenta á Dios y al mundo.»

Desde luego se ocuparon nuestros comisionados en formar un contraproyec-

to, y el lunes 6, al medio día, lo entregaron personalmente al Sr. Trist en la casa de Alfaro, con una extensa nota, que por ser de mucho interés histórico, vamos á reproducir para que el lector se imponga de todos los puntos discutidos con el expresado Sr. Trist.

Dice así:

„A S. E. el Sr. D. Nicolás Trist, comisionado con plenos poderes por el gobierno de los Estados Unidos cerca del gobierno de la República mexicana, —Casa de Alfaro en la calzada de Chapultepec, Setiembre 6 de 1847.—Los infrascritos, comisionados por el gobierno de la República mexicana para concertar con V. E. un ajuste de paz, al poner en sus manos el contraproyecto que han formado con arreglo ó las últimas instrucciones de su gobierno, estiman oportuno acompañarlo de las observaciones que contiene esta nota, las

cuales servirán para poner más en claro las pacíficas disposiciones de México en la contienda que desgraciadamente divide ambos países.—El artículo 4º del proyecto que V. E. se sirvió entregarnos la tarde del 27 de Agosto próximo pasado, y sobre el cual han rodado nuestras conferencias posteriores importa la cesion por parte de México:—1º del Estado de Texas.—2º del territorio fuera de los límites de dicho Estado, que corre á la orilla izquierda del Bravo, hasta la frontera meridional de Nuevo México.—3º de todo Nuevo México.—4º de las Californias.

La guerra que hoy existe se ha empeñado únicamente por razon de territorio del Estado de Texas, sobre el cual la República de Norte América presenta como título el acta del mismo Estado en que se agregó á la confederación norteamericana, despues de haber pre-

clamado su independencia de México.— Prestándose la República mexicana (como hemos manifestado á V. E. que se presta) á consentir, mediante la debida indemnizacion, en las pretensiones del gobierno de Washington sobre el territorio de Texas, ha desaparecido la causa de la guerra, y ésta debe cesar, puesto que falta todo título para continuarla. Sobre los demás territorios comprendidos en el art. 4º del proyecto de V. E., ningun derecho se ha alegado hasta ahora por la República de Norte América, ni creemos posible que se alegue alguno. Ella, pues, no podría adquirirlos sino por título de conquista, ó por el que resultara de la cesion y venta que ahora le hiciese México. Mas como estamos persuadidos de que la República de Washington no sólo repelerá absolutamente, sino que tendrá en ódio el primero de estos títulos, y

como por otra parte fuera cosa nueva y contraria á toda idea de justicia el que se hiciese guerra á un pueblo por sola la razon de negarse él á vender el territorio que un vecino suyo pretende comprarle; nosotros esperamos de la justicia del gobierno y pueblo de Norte América, que las amplias modificaciones que tenemos que proponer á las cesiones de territorio (fuera del Estado de Texas) que se pretende en el citado art. 4º, no será motivo para que se insista en una guerra que el digno general de las tropas norteamericanas, justamente ha calificado ya de *desnaturalizada*.

En nuestras conferencias hemos hecho presente á V. E. que México no puede ceder la zona que queda entre la márgen izquierda del Bravo y la derecha del Nueces. La razon que para esto se tiene, no es sola la plena certe-

za de que tal territorio jamás ha pertenecido al Estado de Texas, ni tampoco el que se haga de él grande estima, considerado en sí mismo. Es que esa zona, con el Bravo á su espalda, forma la frontera natural de México, tanto en el orden militar como en el de comercio; y de ningun pueblo debe pretenderse, ni puede ningun pueblo consentir en abandonar su frontera. Mas para alejar todo motivo de duda en el porvenir, el gobierno de México se compromete á no fundar nuevas poblaciones, ni establecer colonias en el espacio intermedio entre los dos rios; de modo que conservándose en el estado de despoblacion en que hoy se halla, preste igual seguridad á ambas Repúblicas. La conservacion de este territorio es, segun nuestras instrucciones, una condicion *sine qua non* de la paz — Sentimientos de honor y delicadeza

(que el noble carácter de V. E. sabrá estimar dignamente), más todavía que un calculo de interes, impiden a nuestro gobierno consentir en la desmembracion de Nuevo México. Sobre este punto creemos supérfluo agregar nada á lo que de palabra hemos tenido la honra de exponerle en nuestras conferencias.

La cesion de la Baja California, poco provechosa para la República de Norte-America, ofrece grandes embarazos á México, considerada la posicion de esa península frente á nuestras costas de Sonora, de las cuales la separa el estrecho golfo de Cortés. V. E. ha dado todo su valor á nuestras observaciones en esta parte, y con satisfaccion le hemos visto ceder á ellas.—Bastaria el hecho de conservar México la Baja California, para que le fuese indispensable guardar una parte de la Alta, pues de

otra manera aquella península quedaría sin comunicacion por tierra con el resto de la República; lo cual es siempre de grande embarazo, especialmente para una potencia no marítima como México. La cesion que por nuestro gobierno se ofrece (mediante la debida compensacion) de la parte de la Alta California que corre desde el grado 37 arriba, no sólo proporciona á los Estados Unidos la adquisicion de un excelente litoral, de fértiles terrenos, y tal vez de minerales intactos, sino que le presenta la ventaja de continuar por allí sin interrupcion sus posesiones del Oregon. La sabiduría del gobierno de Washington y la loable aplicacion del pueblo americano, sabrán sacar ópimos frutos de la importante adquisicion que ahora les ofrecemos.

En el artículo 8.º del proyecto de V. E. se pretende la concesion de un paso

libre por el istmo de Tehuantepec para el mar del Sur, en favor de los ciudadanos norte-americanos. Verbalmente hemos manifestado á V. E. que hace algunos años está otergado por el gobierno de la República á un empresario particular, un privilegio sobre esta materia, el cual fué luego enajenado con autorizacion del mismo gobierno á súbditos ingleses, de cuyos derechos no puede disponer México. V. E. pues, no extrañará que en este punto no accedamos á los deseos de su gobierno.

Hemos entrado en esta sencilla explicacion de los motivos que tiene la República, para no prestarse á enajenar todo el territorio que se le pide fuera del Estado de Texas, porque deseamos que el gobierno y pueblo norte-americanos se persuadan de que nuestra negativa parcial no procede de sentimientos de aversion, engendrados

por los antecedentes de esta guerra, ó por lo que en ella se ha hecho padecer á México, sino que descansa en consideraciones dictadas por la razon y la justicia, que obrarían en todo tiempo respecto del pueblo más amigo y en medio de las relaciones de más estrecha amistad.—Las demás alteraciones que hallará V. E. en nuestro contraproyecto, son de menor momento, y creemos que no habrá contra ellas objecion importante. De la que se contiene en el art. 12, se ha hablado ántes de ahora en el país de V. E.; y nosotros nos lisonjamos de que la lealtad de su gobierno no rehusará contraer un empeño tan conforme á la honradez y á la buena armonía en que deben vivir los pueblos vecinos.

La paz entre ambos países quedará más sólidamente establecida si una potencia amiga (la Inglaterra) que tan no-

blemente ha ofrecido sus buenos oficios á México y los Estados Unidos en la presente contienda, se prestara ahora á otorgar su garantía para la fiel guarda del tratado que se ajuste. El gobierno de México entiende que sería muy conveniente solicitar esa garantía.

Nos ordenó nuestro gobierno recomendar á V. E., que su resolucion sobre el contraproyecto que tenemos el honor de presentarle, se sirva comunicarlo dentro de tres días.

La obra buena y saludable de la paz no podrá en nuestro juicio, llevarse á feliz término, si cada una de las partes contendientes no se resuelve á abandonar alguna de sus pretensiones originales. Siempre ha sucedido esto y las naciones todas no han dudado en tales casos hacer grandes sacrificios por apagar la llama asoladora de la guerra. México y los Estados Unidos tienen razones es-

peciales para obrar así. No sin rubor debemos confesar que estamos dando á la humanidad el escándalo de dos pueblos cristianos, de dos repúblicas al frente de todas las monarquías, que se hacen mutuamente todo el mal que pueden por disputas de límites, cuando nos sobra tierra que poblar y cultivar en el hermoso hemisferio en que nos hizo nacer la Providencia. Nosotros nos atrevemos á recomendar estas consideraciones á V. E. antes de que tome una resolución definitiva sobre nuestras proposiciones.—Nos honramos en ofrecerle con este motivo toda nuestra consideración y respeto.—*José J. de Herrera.—Bernardo Cauto.—Ignacio Mora y Villamil.—Miguel Atristain.*»

El Sr. Trist recibió el contraproyecto y la nota que hemos insertado, y sin entrar en discusión alguna ofreció contestar al día siguiente 7 de Setiembre.

Regresó á Tacubaya, y es de presumir que en el acto dió cuenta con aquellos documentos al general en jefe Scott, quien encontrando inadmisibles las proposiciones de México, en vez de procurar una nueva conferencia para ver si podían conciliarse los intereses de ambas repúblicas, dió por terminado el armisticio, enviando una nota altanera al general Santa-Anna, pero dando por razon que algunos artículos del convenio de 24 de Agosto se habían violado por parte nuestra, y en consecuencia el ejército norteamericano tenía derecho á romper las hostilidades sin previo anuncio, pero que concedía el tiempo necesario para una satisfacción y una reparación si era posible, pues de lo contrario el martes 7 despues de medio día, consideraría terminado el armisticio.

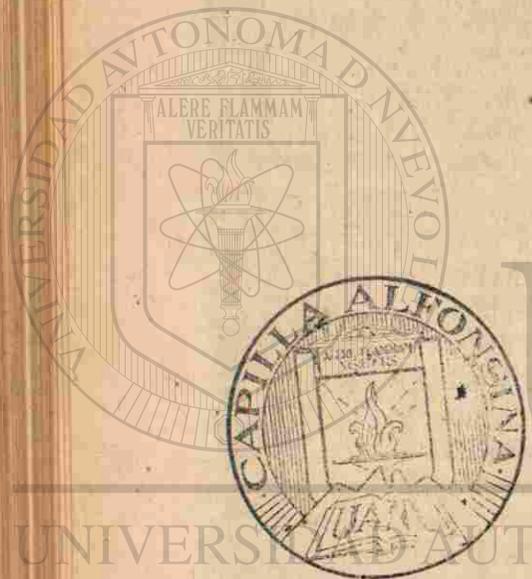
El general Santa-Anna contestó inmediatamente negando que por parte

de México se hubiera violado el armisticio y más bien lo había hecho el ejército americano, pero que había querido guardar silencio por no entorpecer una negociacion que prestaba esperanzas de terminar una guerra escandalosa, y que el mismo general Scott había caracterizado de *justamente desnaturalizada*. «Mas no insistiré en ofrecer apologías, dice el general Santa-Anna, porque no se me oculta que la verdadera, la indisoluble causa de las amenazas de rompimiento que contiene la nota de V. E. (Scott), es que no me he prestado á suscribir un tratado que menoscabaría considerablemente no sólo el territorio de la República, sino tambien esa dignidad y decoro que las naciones defienden á todo trance. Y si estas consideraciones no tienen igual peso en el ánimo de V. E., suya será la responsabilidad ante el mundo, que bien penetra

de parte de quien está la moderacion y la justicia.» Al dia siguiente de haberse cambiado las anteriores notas entre Scott y Santa-Anna, recibieron otra nuestros comisionados del de los Estados Unidos, diciendo que quedaban terminadas las conferencias por no haberse podido llegar á ningun arreglo.

Para concluir este capítulo debemos decir que la comision mexicana hizo cuanto humanamente le fué posible en defensa de los intereses nacionales, y si no se llegó á ningun resultado, fué por las exageradas pretensiones del gobierno norteamericano. Aunque el presidente de la comision era el ilustre veterano de la independencia, D. José Joaquín de Herrera, puede decirse que D. José Bernardo Couto, honra y gloria del foro mexicano, fué quien llevó sobre sus hombros todo el peso de las negociaciones.

nes, siendo acreedor á la gratitud nacional.



FONDO EMETERIO
DIRECCIÓN GENERAL DE
VALVERDE Y TELLEZ

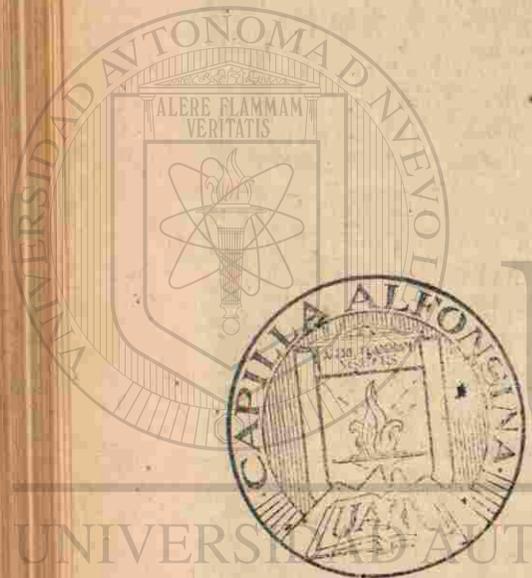
CAPITULO X.

Formacion de la linea de batalla:—Disposiciones del general Santa-Anna.—Ataque del Molino del Rey y Casa Mata.—Son rechazados varias veces los invasores.—Se apoderan de dichos puntos y al fin se retiran con grandes pérdidas.

Concluida toda esperanza de avenimiento por la vía diplomática y declarada por el general Scott la ruptura del armisticio, se dió el toque de generala en la puerta principal de Palacio y el de alarma por medio de la campana mayor de Catedral para que todos se aprestaran á la lucha.

Como el grueso del enemigo estaba en Mixcoac y Tacubaya, el general Santa-Anna calculó que del segundo punto se desprendería para atacarnos, y en consecuencia formó su línea de ba-

nes, siendo acreedor á la gratitud nacional.



FONDO EMETERIO
DIRECCIÓN GENERAL DE
VALVERDE Y TELLEZ

CAPITULO X.

Formacion de la linea de batalla:—Disposiciones del general Santa-Anna.—Ataque del Molino del Rey y Casa Mata.—Son rechazados varias veces los invasores.—Se apoderan de dichos puntos y al fin se retiran con grandes pérdidas.

Concluida toda esperanza de avenimiento por la vía diplomática y declarada por el general Scott la ruptura del armisticio, se dió el toque de generala en la puerta principal de Palacio y el de alarma por medio de la campana mayor de Catedral para que todos se aprestaran á la lucha.

Como el grueso del enemigo estaba en Mixcoac y Tacubaya, el general Santa-Anna calculó que del segundo punto se desprendería para atacarnos, y en consecuencia formó su línea de ba-

talla el día 7 apoyando la derecha en Casa Mata y la izquierda en el Molino del Rey, protegidos ambos lugares por los fuegos del castillo de Chapultepec.

El Molino del Rey está dividido por medio de un acueducto en dos secciones, siendo una de ellas el molino de harinas conocido con el nombre del Salvador y la otra el antiguo molino de pólvora, que ya desde entónces servía y sirve aún para fundición de cañones. Ambos edificios de tezontle y cantería, construcción muy sólida, están limitados: al Oriente, por el castillo de Chapultepec, que ocupa hoy una parte del Colegio Militar y la otra el Presidente de la República en algunas épocas del año; al Norte, por la calzada de Anzures que quiebra para la de la Verónica; al Sur, los campos y lomas de Tacubaya, y al Noroeste, por la Casa Mata. Este local, de forma cuadrada cons-

truido de tezontle y cal servía para depósito de pólvora y estaba rodeado entónces de un pequeño foso y algunas fortificaciones, que por defectuosas, presentaron una resistencia débil.

Ya hemos dicho que en Casa Mata se apoyó la derecha de la línea de batalla y fué nombrado jefe el general D. Francisco Perez, cubriéndole los regimientos de infantería, 4º Ligero y 11º de Línea.

El centro ó sea el terreno abierto entre Casa Mata y el Molino del Rey se confió al general D. Simeon Ramirez, con los regimientos 2º Ligero, 1º y 12º de línea y Fijo de México.

La izquierda del Molino del Rey con sus dos edificios, fué guarnecida por los batallones de guardia nacional Libertad, Unión, Querétaro y Mina, y tres piezas de artillería, á las órdenes del general Don Antonio Leon, y

después fué reforzada por la brigada Rangel compuesta de los batallones Granaderos de la Guardia, Activo de San Blas, Mixto de Santa-Anna y Activo de Morelia.

El 3.^o Ligero de infantería al mando del teniente coronel D. Miguel María de Echeagaray formó en la parte exterior del Molino del Rey, sosteniendo la artillería de la brigada Leon, y el 1.^o Ligero á las órdenes del comandante D. Leonardo Márquez, que al principio, estaba de reserva en el bosque de Chapultepec, fué apostado por orden del general Santa-Anna, que comunicó su ayudante el general D. Benito Zenea, en una calzada pequeña, á la derecha de la línea, esto es por Casa Mata, para que llegado el momento oportuno cargara á la bayoneta sobre el enemigo, envolviendo su ala izquierda. (1)

[1] Roa Bárcena. "Recuerdos de la invasión norteamericana" páginas 425 y 444.

La division de caballería al mando del general D. Juan Alvarez con un total de tres á cuatro mil dragones, fué situada á poco más de tiro de fusil de Casa Mata, y el general Santa-Anna lo colocó personalmente, dando instrucciones muy minuciosas para que cuando el enemigo atacara los puntos inmediatos, obrara de una manera decisiva para obtener la victoria.

La manera como se formó la línea de batalla fué muy aplaudida por los conocedores del arte de la guerra y al recorrer el campamento el general Presidente, rodeado de sus ayudantes, recibió numerosos aplausos. El entusiasmo del ejército y la guardia nacional era inmenso, y puede asegurarse que si en aquellos momentos el enemigo hubiera lanzado sus columnas de ataque, su derrota habría sido segura, pero desgraciadamente Scott no recogió el guante,

limitándose á que el capitán de ingenieros Masson hiciera su reconocimiento.

El General Santa-Anna tuvo noticias de que otra division se estaba reuniendo en la hacienda de Portales con la mira de atacar las garitas de la Candelaria y Niño Perdido, que estaban unidas por una larga cortina de defensa, y como el grueso de nuestro ejército se encontraba en Molino del Rey, Casa Mata y Chapultepec, mandó que la brigada Rangel viniera á la Ciudadela, el 1.º Ligeró á la Casa Alfaro, manifestando al Comandante Márquez quedar sujeto al cuartel general y que sólo en caso de atacar el enemigo á Chapultepec, marchara á darle auxilio. Pocas horas duró allí, pues á las doce de la noche se le hizo venir á la garita de San Antonio Abad para reforzar sus parapetos.

El 3.º ligero durmió en el bosque de Chapultepec, y por último el general Santa-Anna se retiró al Palacio Nacional á fin de estar listo para cualquiera ataque del enemigo.

Respecto á la brigada del general D. Simeon Ramirez que cubría el centro de la línea entre el Molino del Rey y Casa Mata, no se dice á dónde pernoctó y sólo sabemos que dos compañías del 2.º Ligeró quedaron en el Molino del Rey.

Ahora nos ocuparemos del enemigo y de la desgraciada cuanto gloriosa jornada del 8 de Setiembre.

El general Scott que tenía su cuartel general en el palacio arzobispal de Tacubaya dió orden al general Worth para que con su 1.ª Division de Regulares, la brigada Cadwallader, cuatro piezas de artillería (dos ligeras y dos de sitio) tres compañías de dragones y otra de

rifleros, atacase al amanecer del 8 nuestras posiciones del Molino y Casa Mata.

Desde las tres de la mañana comenzó Worth sus operaciones formando su línea del modo siguiente en las lomas de Tacubaya y camino para Chapultepec:

La brigada Garland compuesta del 2º y 3º de artillería y 4º de infantería, apoyada por dos piezas de la batería del capitán Drum, para hacer frente al Molino del Rey, y sostener á la columna que debería asaltar nuestro centro, formándola quinientos oficiales y soldados escogidos de diversos cuerpos bajo las órdenes del mayor Jorge Wright.

A la derecha de la columna de asalto y en un lugar elevado, á unas seiscientas varas del Molino, se colocaron dos cañones de sitio al mando del capitán Huger.

La 2ª brigada que por enfermedad de su jefe el coronel Clarke mandaba de su igual graduacion Mackintosh, se situó á la izquierda, frente á nuestra derecha de Casa Mata. Los cuerpos 5º, 6º y 8º de infantería y ligero Smith, así como la batería Duncan componían esta brigada y también debería sostener la columna de asalto en caso necesario.

La brigada Cadwallader quedó de reserva en un punto conveniente y la caballería al mando del mayor Sumner cubriría la extremidad izquierda para obrar según las circunstancias.

Serían las cinco de la mañana cuando la batería del capitán Huger dió la señal de ataque, rompiendo sus fuegos sobre el Molino del Rey y acto continuo, la columna del Mayor Wright, guiada por los oficiales de ingenieros Masson y Foster, avanzó á dar el asal-

to. Cuando llegó á doscientas varas del citado Molino, se le recibió por la brigada del general Leon, repartida en las azoteas y en el acueducto, con un nutrido fuego de fusilería, pero sin arredrarse siguió avanzando con intrepidez y decision, hasta apoderarse de tres cañones que estaba en un magueyal frente á los Molinos y que á pesar de las activas diligencias del director general de artillería D. Martin Carrera, quedaron durante la noche sin custodia alguna.

El 3º Ligero mexicano que habla dormido en el bosque de Chapultepec, ya estaba listo á la madrugada y al oír los primeros disparos de cañon se dirigió inmediatamente por el mismo bosque hácia el Molino del Rey, llegando cuando el enemigo acababa de apoderarse de nuestros tres cañones, y se retiraba. Entonces su valiente jefe Echeagaray, sin orden de nadie, puesto que

no habla ningun jefe superior, llevado de su ardor patriótico, arengó á sus soldados y á la voz de «A ellos,» se lanzó á carrera abierta sobre el enemigo; éste hizo alto rompiendo vivo fuego de fusil y de cañon sobre el 3º Ligero, y despues de una sangrienta lucha se retiró abandonando las tres piezas que se llevaba como trofeo, y recobraron nuestros soldados. El teniente coronel Echeagaray, viéndose á larga distancia de su Rinea y amagado por la artillería Duncan y la brigada Cadwalader, se retira al pie de los Molinos; allí dió frente al enemigo y formando en batalla rompió sus fuegos de fusil y de cañon, sirviendo la artillería el capitan Mendez, el teniente Martinez y algunos soldados del 3º Ligero. Entonces salieron del Molino en su apoyo dos compañías del 2º Ligero, batiéndose desde luego y cuando el fuego era más vivo, se presentaron á pie

los generales D. Antonio Leon y D. Juan N. Perez. Como el teniente coronel no pertenecía á aquellas fuerzas, ni había general en jefe, el Sr. Leon le dijo: «¿Obedecerá vd. mis órdenes?» «Sí, mi general, estoy dispuesto á todo para que salvemos á nuestra patria.» (1) Entonces el general Leon mandó al general Perez á que llevara refuerzos de Chapultepec, y estaba dictando otras disposiciones cuando una bala de fusil vino á herirlo de gravedad, muriendo á muy pocas horas.

El enemigo siguió batiendo á Echeagaray y despues de pretender durante media hora ganar nuestra posicion retrocedió á su base para tomar descanso. Entonces nuestros soldados aprovecharon el tiempo en retirar á los heridos, recoger el armamento y proveerse de

(1) El mismo Sr. general Echeagaray nos ha referido este suceso.

parque de fusil, pues el de cañon se agotó por completo.

Trascurrida otra media hora emprendió el enemigo un nuevo ataque, no sólo sobre el Molino del Rey, sino tambien sobre Casa Mata, que como se recordará estaba guarnecida por el 4º Ligero y 11º de Línea al mando del general D. Francisco Perez. En ambos puntos fueron rechazadas heroicamente las columnas americanas que habían sido muy reforzadas, pero habiendo cargado de nuevo sobre el Molino, llegaron á la puerta en medio de una lucha encarnizada. Desalojados nuestros tiradores que estaban en el acueducto, el enemigo pudo pasar del otro lado de la cerca, y al abrigo de las milpas penetró por detrás de los edificios, rompiendo otra puerta y batiéndose con algunos soldados que la defendían. (1)

(1) Cuando los momentos eran más solemnes es

Ocupado el Molino del Rey por el enemigo y haciendo fuego por la espalda á nuestras fuerzas que estaban en la parte exterior, y comenzando á huir algunos oficiales y soldados, el teniente coronel Echeagaray reunió toda la fuerza que pudo y emprendió su retirada bajo una verdadera lluvia de balas por la calzada de Anzures. Poderosos esfuerzos se hicieron para salvar la artillería, trayéndose á cabeza de silla y á brazo por la falta de ganado de tiro, pero al fin fué preciso abandonarla.

Desde el principio del nuevo ataque sobre el Molino, se lanzó sobre Casa Mata una columna al mando del teniente coronel Mackinstosh, protegida por la batería de Duncan, y cuando los presentó y puso á las órdenes del teniente coronel Echeagaray, el de su misma clase D. Lucas Balderas con su batalloncito de guardia nacional "Mina," que formó otra columna de ataque. Comenzaba á batirse, cuando un tiro vino á herir á este honrado artesano, falleciendo el mismo día.

vasores estuvieron á tiro de fusil, nuestros soldados les rompieron un fuego mortífero, pero á pesar de esto llegaron al pié de nuestras fortificaciones. Murió el teniente coronel Martin Scott y fueron heridos el mayor Waite y el mismo Mackinstosh, jefe de la columna, y como nuestros fuegos no cesaban los asaltantes se retiraron en completo desorden perseguidos por los nuestros que saltaron trincheras, hácia la izquierda de la batería de Duncan, dejando en el campo de batalla muerta ó herida una tercera parte de sus soldados inclusive la mitad de los oficiales, lo que prueba el valor con que combatieron los defensores de Casa Mata, pero desgraciadamente para éstos, ya habíamos perdido el Molino del Rey y entonces el enemigo pudo cargar con todas sus fuerzas haciéndose dueño de aquella posición, despues de haberla defendido heroica-

mente el general Perez, quien con sus soldados pudo retirarse por las milpas situadas detrás del edificio hasta llegar á la calzada de la Verónica.

Al hablar de la formación de nuestra línea de batalla el día 7, hemos dicho que la caballería al mando del general D. Juan Alvarez se situó á tiro de fusil de Casa Mata para obrar decisivamente sobre los americanos rompiendo su flanco izquierdo. Por desgracia ese general, á quien los liberales consideran como uno de los patriarcas de la libertad, no dió pruebas ni de energía, ni de valor, ni de patriotismo, permaneciendo impasible no obstante las órdenes que recibió por conducto del coronel Ramiro, capitán Schiaffino y Lic. D. Juan José Baz para cargar sobre el enemigo. El general Alvarez se excusaba diciendo que no querían obedecer algunos jefes y otros de éstos decían que no era

á propósito el terreno, ni había por donde pasar. Nuestra caballería intentó buscar el paso por otro punto casi inaccesible y una fuerza americana de doscientos setenta dragones al mando del mayor Sumner, le salió al encuentro, precisamente por el punto que los citados jefes habían juzgado intransitable. El fuego de la batería de Duncan comenzó á desorganizar nuestras columnas que mandaban los generales D. José Julian Juvera y D. Angel Guzman, las que viéndose sin apoyo por el flanco izquierdo, se empezaron á desbandar, sin que fuese ya posible ordenarlas, apesar del valeroso comportamiento de sus jefes.

D. Juan Alvarez pretendió hacer recaer la responsabilidad sobre el general D. Manuel Andrade, á quien destituyó del mando que tenía, en la misma tarde del 8, ordenando se presentara á la co-

mandancia general. Esta lo mandó procesar y pocos meses despues un consejo de guerra lo absolvió de tódo cargo.

En nuestro concépto el general Santa-Anna cometió un error al encomendar el mando de la caballería al general Alvarez, porque como dice el Sr. Balbontin en su obra "La invasion americana:" "este antiguo jefe independiente estaba educado en la guerra de las montañas y en consecuencia poco familiarizado con las batallas campales y ménos con el mando de la caballería." Una masa de cuatro mil ginetes, dice el mismo escritor, necesita ser mandada por jefes de mucha instruccion y de cualidades excepcionales; de ojeada militar segura, de concepcion pronta y de ejecucion rápida y enérgica." (1)

(1) Se nos ha asegurado que el motivo de haberse confiado el mando de la caballería al general Alvarez, fué porque no lo aceptó el general D. Mariano Arista, que á su valor reunía conocimien-

La batalla del Molino del Rey careció de general en jefe, pues el general Santa-Anna no lo nombró, creyendo que el ataque sería por la Candelaria. Se redujo, pues, á los esfuerzos aislados de los valientes generales D. Antonio Leon y D. Francisco Perez, tenientes coroneles Gelaty, Balderas y Echeagaray y otros dignos jefes y oficiales que les estaban subordinados.

El general Santa-Anna, que estaba recogido en el palacio nacional, fué despertado á las cuatro de la mañana del 8 por su ayudante el general D. Antonio Vizcayno, á quien había mandado para observar al enemigo, diciéndole: "no caber duda de hallarse á la vista de la Candelaria, pues se advertía bien su campamento y las luces que toda la no-

tos especiales en esa arma, alegando estar sujeto á un proceso por su conducta en las batallas de Palo Alto y la Resaca de Guerrero en Mayo de 1846.

cha habían estado en movimiento. Inmediatamente se dirigió el general Santa-Anna con su Estado Mayor hacia la garita citada, llegando al mismo tiempo que el 1.º Ligero, procedente de la Casa de Alfaro, é hizo que en el acto cubriera algunos de los parapetos laterales. También ordenó á su ayudante D. Vicente E. Manero, que aún vive, saliera á observar al enemigo y al regresar dió parte de que las fuerzas que estaban en Portales, Ladrillera, San Andrés y Nativitas se dirigían rumbo al Oeste, dejando una batería frente á nuestras fortificaciones de la Candalaria y Niño Perdido.

Al rayar la aurora del día 8 se dejó oír por el rumbo de Tacubaya un fuerte cañoneo y considerando el general Santa-Anna que iba á ser atacada la línea de Chapultepec y Casa Mata dispuso marchar en su auxilio con el 1.º

Ligero. pero antes aseguró la Candalaria, Niño Perdido y Belem con varias fuerzas, entre las que se contaba el intrépido batallón de Inválidos al mando del coronel D. Antonio Barrios, y los de guardia nacional *Victoria é Hidalgo*.

El general Santa-Anna y el 1.º Ligero tuvieron que atravesar potreros cortados de zaujas hasta salir al Salto del Agua y siguieron luego por la arquería rumbo á Chapultepec. Al pasar por la Ciudadela dió orden para que se le incorporase la brigada Rangel, pero sin aguardarla continuó adelante; entretanto ya había cesado el fuego y en la calzada encontró el general en jefe á los dispersos y á los armones de las piezas que con sus carreteros seguían para México. Al saber Santa-Anna la derrota se encendió en cólera y reprendió á los fugitivos, haciendo que se reunie-

ran al 1° Ligero. A poco se encontraron á los heridos: el Ayudante Manero recibió orden de informarse quiénes eran, y en la primera camilla reconoció al subteniente del 3° Ligero D. Alejandro Argandar, que había recibido un balazo en el brazo izquierdo, y de cuya herida lo asistió el inteligente Doctor D. Ladislao de la Pascua, hoy canónigo de la Colegiata de Guadalupe.

Por fin llegó el general Santa-Anna á la puerta de Chapultepec, donde había un gran grupo de generales, jefes y oficiales de distintos cuerpos. En el acto mandó reforzar las fortificaciones establecidas en los dos caminos que van para Tacubaya y la Casa Mata, y á poco se vió bajar de las lomas una columna enemiga apareciendo en la calzada de Anzures. El general Santa-Anna llamó al comandante Márquez, que mandaba el 1° Ligero, y le dijo

que si detenía aquella columna le daría un ascenso y una gratificación de dos pesos á cada soldado. «Nada me ofrecas vd, mi general, contestó Márquez, no quiero más recompensa que la gloria de servir á mi patria.» «El comandante Márquez, dice el Sr. Roa Bárceña en sus «Recuerdos de la invasion,» que por su valor y pericia se había distinguido en la Angostura, prestó el 8 de Setiembre un servicio cuya mencion no se podría omitir sin agravio de la justicia. Mandó armar bayoneta, se puso á la cabeza del 1° Ligero, empuñando su bandera, y avanzó contra el enemigo, no obstante que el primer cañonazo de éste abrió calle en la columna mexicana. La contraria fué, no sólo detenida, sino rechazada en forma.»

El 1° Ligero constaba de 600 plazas y la oficialidad se componía de dos tenientes coroneles graduados capitanes

D. Lucio Trejo y D. Luis G. de Osollo; capitanes: D. Joaquín Baños, D. Santos Bastida, D. José Iturria, D. Eduardo Vizcaino, D. *José María Olvera*, D. Francisco Marín y D. Manuel Jiménez; 2.º ayudante: D. Sabás Fernández; tenientes: D. Ausencio Espinosa, D. Roque Melo, D. José María Hernández, D. Lucas Mondragón, D. *José María Uribe*, D. N. Cerisola y D. N. Marcha; subtenientes: D. José María González, D. Pedro García, D. Juan Velez, D. *Macario Macías*, D. *Julio Taboada* y D. N. Díaz de León; cadetes: D. Miguel de la Peña, que restablecido de su herida que recibió en el combate del puente de Churubusco había salido del hospital de Jesús el 4 ó 5 de Setiembre; D. Manuel Salavarría, D. N. Salamanca y D. N. Tello de Meneses. También iba como sargento 1.º D. José María Camacho, que según sabemos actualmente

es coronel y mayor de órdenes de la plaza de Veracruz. (1)

Mientras el 1.º Ligero marchaba á detener al enemigo, el general Santa-Anna, seguido de su Estado Mayor subió al castillo de Chapultepec, y ordenó al jefe de division de artillería D. Manuel López Bueno que con el mortero situado en el caballero alto disparara sobre la Casa Mata, y á la segunda bomba voló el repuesto de pólvora que había en aquel edificio, pereciendo el teniente americano de ingenieros Armstrong.

Algunas fracciones de las columnas enemigas intentaron penetrar en el bosque de Chapultepec, pero fueron contenidas por nuestros valientes soldados

(1) Los oficiales cuyos nombres hemos subrayado murieron al rechazar al enemigo en las lomas del Molino del Rey y Casa Mata, á excepcion de D. Julio Taboada, muerto el día 13 en la garita de Santo Tomás. ®

de San Blas y de Querétaro. Este último batallón, lleno de entusiasmo, obró con tan buen éxito, que el enemigo desistió de su intento.

Los americanos se retiraron definitivamente como á las tres de la tarde, dejando el campo en poder de nuestras tropas, que por el mal estado en que habían quedado, mandó el general Santa-Anna pernoctaran en sus cuarteles á excepcion de la brigada Leon, que en número de cuatrocientos hombres y al mando de su segundo jefe, general Don Juan M. Perez Castro, reforzó la guarnicion de Chapultepec.

La pérdida del enemigo fué entre muertos y heridos, de cincuenta y ocho jefes y oficiales, y setecientos veintinueve soldados, á cuyo guarismo deben agregarse los dispersos.

En cuanto á la del ejército mexicano fué tambien de consideracion, pues se-

gun los partes de Scott cayeron prisioneros cincuenta y dos jefes y oficiales y ochocientos soldados. Respecto á nuestros heridos y dispersos de tropa, no hemos encontrado ningun dato en los periódicos de aquella época, ni en las publicaciones posteriores. (1) Tampoco hay noticia nominal de oficiales heridos á excepcion del coronel Tenorio y subteniente Argandar.

En cuanto á los jefes y oficiales muertos, el presidente D. Ignacio Comonfort, que en la defensa del Valle de México estuvo de ayudante del general Santa-Anna, justo apreciador del heroísmo de aquellos, mandó erigir en 1856, bajo la direccion del arquitecto D. Vicente E. Manero, un sencillo monumento de mármol semejante al de los

[1] En la circular que pasó el ministerio de la guerra sobre los sucesos del 8 de Setiembre, se dice que la pérdida total de las fuerzas mexicanas fué de quinientos hombres.

héroes de Churubusco. Está frente á la fundición de cañones y el Molino del Rey, á la mitad de uno y otro punto. En la parte que mira al Poniente se leen los nombres de: general Antonio Leon, teniente coronel Gregorio Gelaty comandante Manuel Vazquez, capitanes Pedro Mendez, (1) Pedro Medero, y Manuel Valera, tenientes Juan Delgadillo, José María Uribe, Miguel García, Margarito Suazo y Mariano Martínez, subtenientes Julio Acosta, Macario Macías, Luis Martínez y Luis Arriaga. En la parte que ve al Oriente figuran los nombres de: teniente coronel Lucas Balderas, comandante Juan Aguayo, capitanes Francisco Paz, José María Olvera, Tiburcio Gonzales, José María Mateos, tenientes Rafael Sa-

(1) El capitán Mendez no murió en el Molino del Rey, sino en el bosque de Chapultepec la tarde del 12 de Setiembre,

chez, Manuel Y. Enriquez, Francisco Hernandez, Joaquin Bravo y Enrique Ibañez, subtenientes Miguel Carrasco, Simon Reyes, José María Camacho y Agustin Farfan. (1) En el lado que ve al Norte, dice: «A la memoria de los ilustres y esforzados mexicanos que combatiendo en defensa de su patria, le hicieron el sacrificio de sus vidas en este mismo lugar el 8 de Setiembre de 1847, la Nación mexicana consagra este monumento de gratitud, de honra y de gloria, siendo Presidente de la República, Ignacio Comonfort.—1856.» En la parte opuesta se lee esta misma inscripción en latin, y corona el monumento una pequeña estatua con la vista al Sur ó sea para las lomas de Tacubaya, indicando que de allí se desprendie-

(1) Estos jefes y oficiales, á excepcion de dos ó tres, figuran con el empleo inmediato y antigüedad del 8 de Setiembre de 1847 en el escalafon general del Ejército, año de 1854.

ron las columnas de ataque enemigas.

También el gobernador del Estado de Oaxaca, general D. Luis de Mier y Terán, mandó construir hace pocos años un monumento en Huajuapán, á la memoria del ilustre hijo de este lugar general D. Antonio León.

CAPITULO XI.

Bombardeo, ataque y toma de Chapultepec.—Defensa de las garitas de Santo Tomás, San Cosme y Belen.—Evacuacion de México.

Después de la terrible acción que hemos descrito en el capítulo anterior y en la que los bravos hijos de las dos grandes repúblicas del Nuevo Mundo vertieron profusamente su sangre, el general Scott tuvo un ágrío altercado con el general Wörth, que dirigió el ataque, tal vez por no haber obtenido las ventajas que él soñaba. En seguida dictó varias órdenes para sepultar los cadáveres, atender á los heridos, enviar á Mixcoac á nuestros soldados que cayeron prisioneros y en fin, procedió á reorganizar sus tropas que tan mal tre-

ron las columnas de ataque enemigas.

También el gobernador del Estado de Oaxaca, general D. Luis de Mier y Terán, mandó construir hace pocos años un monumento en Huajuapán, á la memoria del ilustre hijo de este lugar general D. Antonio León.

CAPITULO XI.

Bombardeo, ataque y toma de Chapultepec.—Defensa de las garitas de Santo Tomás, San Cosme y Belen.—Evacuacion de México.

Después de la terrible acción que hemos descrito en el capítulo anterior y en la que los bravos hijos de las dos grandes repúblicas del Nuevo Mundo vertieron profusamente su sangre, el general Scott tuvo un ágrío altercado con el general Wörth, que dirigió el ataque, tal vez por no haber obtenido las ventajas que él soñaba. En seguida dictó varias órdenes para sepultar los cadáveres, atender á los heridos, enviar á Mixcoac á nuestros soldados que cayeron prisioneros y en fin, procedió á reorganizar sus tropas que tan mal tre-

chas quedaron. Se dedicó también á combinar un ataque, empleando dos ó tres días en reconocer personalmente ó por medio de su seccion de ingenieros nuestras garitas de la parte Sur de México. Por su parte el general Santa-Anna no perdió un solo instante para preparar la defensa, y como frente á San Antonio y el Niño Perdido estaban numerosas fuerzas americanas y dos baterías de la Ermita, á la derecha de la Piedad, no dudaba que de un momento á otro se ejecutaría el asalto.

Nuestra garita de San Antonio enlazada con la del Niño Perdido, se artilló con seis cañones de grueso calibre, cuatro menores y dos de campaña, siendo jefe de esta línea el general D. Mariano Martínez, y de la segunda garita el coronel D. Antonio Barrios.

La garita de Belen, á cargo del general Terrés y de su segundo el coronel

D. Guadalupe Perdigon Garay, tenía tres cañones de á 6 y de á 8.

En la fuente de la Victoria, en el paseo de Bucareli, se colocó una pieza de artillería y otra en la calzada que entonces había entre la plazuela de San Fernando y la estatua ecuestre de Carlos IV, hoy calle de Rosales.

La línea de San Cosme á Santo Tomás se encomendó al general D. Joaquín Rangel con tres cañones de á 8, 12 y 24, y los batallones de Granaderos y Mixto de Santa-Anna. Era el jefe accidental del primero el Mayor D. Antonio Manero, y del segundo el coronel Ortoll.

El cerro y bosque de Chapultepec, que se encuentra á cerca de una legua al S. O. de México, se encomendó al benemérito de la patria, general D. Nicolás Bravo, uno de los héroes más distinguidos en la guerra de independen-

cia. Era segundo jefe el general D. Mariano Monterde, comandante de ingenieros el Teniente coronel D. Juan Cano y de artillería D. Manuel Gamboa. También prestaban sus servicios los generales D. Nicolás Saldaña, Dosamantes, Noriega y D. Juan N. Perez Castro, y los tenientes coroneles Don Manuel y D. Luis Robles Pezuela.

Chapultepec se consideraba entonces como la llave de la capital, porque una vez posesionado el enemigo del castillo, podía lanzar sus columnas, sin obstáculo alguno, sobre Balen y Santo Tomás.

En el camino para Tacubaya se construyó un hornabeque, (1) en la puerta de Chapultepec que mira al Oriente un

[1] Hornabeque (Del al. *hornwerk*) m. Fort. Fortificación exterior, que se compone de dos medios baluartes trabados con una cortina. Sirve para el mismo efecto que las tenazas, pero es más fuerte, por defender los flancos mutuamente, sus caras y la cortina. (Diccionario de la lengua castellana por la Real Academia Española, 1884.)

parapeto y en la barda que rodea el bosque por la parte Sur se formó una flecha, abriéndose un foso con una anchura de ocho varas y una profundidad de tres.

Las fortificaciones interiores de Chapultepec, á medio concluir, eran: en el perímetro del jardín botánico una banqueta apoyada en la pared, que servía de parapeto; unas doscientas cincuenta varas de andamio que debería rodear la cerca del bosque y proporcionar que á cubierto pudiesen hacer fuego los soldados; tres flechas, una al Sur enfilando la entrada, otra al Oeste y la última en la glorieta al pié del cerro. Por la parte occidental que se juzgaba atravesaría el enemigo, se hicieron seis fogatas, de las cuales sólo se cargaron tres, sin que se prendiesen en el momento oportuno.

En la primera escala plana hácia el

Sur se construyó un parapeto y otro en la glorieta entre las dos rampas y por último la parte alta del castillo estaba guarnecida con blindajes y el perímetro del edificio rodeado de sacos á tierra. (1)

Segun parte del general Bravo, la fuerza que estaba á sus órdenes en la mañana del 12 de Setiembre consistía en 250 hombres del 1º Batallon de infantería, 277 del de Guardia nacional Mina y 305 de los piquetes á que quedaron reducidos los batallones de Querétaro, la Union, Toluca y la Patria. La artillería constaba de dos cañones y un obús de á 24, un obús de á 68, un cañon de á 8, tres de á 4 y dos obuses de montaña, dotadas todas las piezas

(1) En 1847 ya existía la magnífica rampa que hoy conduce al castillo por las partes Norte y Occidental. Esa mejora con otras de mucha importancia, se debió al infortunado emperador Maximiliano por los años de 1865 y 1866.

con su competente número de artilleros. Además se encontraban allí los intrépidos jóvenes alumnos del Colegio Militar, muchos de los cuales, entre ellos D. Miguel Miramon, se crearon despues una brillante posicion en la carrera de las armas.

El general Scott despues de madurar bien su plan se propuso bombardear el castillo de Chapultepec y al efecto en la noche del 11 de Setiembre mandó construir las obras necesarias para el establecimiento de cuatro baterías. La primera al mando del capitán Drum y tenientes Benjamin y Porter, compuesta de dos cañones de á 16 y un obús de ocho pulgadas inglesas, se situó en la hacienda de la Condesa. La segunda á las órdenes del capitán Hunter, con un cañon de á 24 y un obús de ocho pulgadas, fué colocada á la izquierda de la primera en la loma al Sur del

Molino del Rey, y ambas permanecieron ocultas con ramas y arbustos á fin de que no fuesen vistas por nuestros soldados. La division Quitman fué destinada á sostener estas dos baterías.

A las tres de la mañana del 12 el general Pillow, se movió de Tacubaya con los regimientos de Cazadores, 9º, 11º, 14º y 15º de infantería, la batería de campaña de Magruder y la de obuses de montaña para cohetes á la Congreve del teniente Reno, al lugar donde se efectuó la batalla el día 8, dictando sus disposiciones para ocupar el Molino del Salvador y la fundicion de artillería, y como no estaban defendidos, pudo entrar el teniente coronel Herbert, aunque bajo los fuegos de nuestras baterías de Chapultepec que impidieron situar las dos que pretendían establecer los invasores. Sin embargo, en la tarde

pudo montar el capitan Lee un cañon de á 16 y un obús de 8 pulgadas detrás del acueducto de Molino del Rey. Por último la batería núm. 4, al mando del teniente Stone, formada de un mortero de 10 pulgadas, quedó establecida tambien en los Molinos al abrigo del acueducto.

La division Twigs continuó amagando el día 11 el Niño Perdido y San Antonio Abad, y la batería de Steptoe, de piezas de á 12, situada en la Ermita, al amanecer del día 12 rompió sus fuegos sobre la segunda garita y calzada del mismo nombre, para desviar la atencion del general Santa-Anna, mientras operaba el enemigo por el rumbo de Tacubaya. En efecto, poco despues, á las seis y media de la mañana, las baterías números 1 y 2 situadas en la Condesa y en las lomas al Sur del Molino del Rey, comenzaron á vomitar sus proyec-

tiles sobre Chapultepec y el edificio sufrió una verdadera lluvia de bombas, granadas y bala rasa. El castillo, cuya azotea es más baja que las lomas, contestó los fuegos enemigos con cuatro cañones, pero uno de estos se inutilizó á los primeros tiros.

El general Santa-Anna se encontraba entre las garitas del Niño Perdido y San Antonio, á las que puede decirse consagraba toda su atención, temeroso de un próximo asalto, y al oír el cañoneo sobre Chapultepec, se dirigió á este punto con varias brigadas en número de cinco mil hombres (1) llegando como á las once de la mañana cuando el fuego era más nutrido. El general Santa-Anna lleno de valor despreciaba el peligro,

(1) La brigada Rangel seguramente fué retirada la tarde anterior de la línea de San Cosme y Santo Tomás, pues al amanecer del 12 estaba en el muelle de la Viga, pasando luego á la Ciudadela y de este punto marchó á Chapultepec.

dictando las disposiciones convenientes. A la derecha de la entrada de Chapultepec, en el puente del mismo nombre, colocó al batallón de Matamoros de Morelia, que era de guardia nacional y lo mandaban el coronel Elguero y teniente coronel Larralde; á la izquierda el batallón de San Blas con su jefe el teniente coronel D. Santiago Xicotencatl. Fué nombrado comandante de esta línea el general Rangel y le servían de reserva los batallones de Granaderos y Mixto de Santa-Anna.

Trató también el general en jefe de situar la brigada Ramirez en la falda del cerro de Chapultepec, pero una bomba vino á poner en tierra como treinta hombres entre muertos y heridos, contándose en los primeros al valiente capitán D. Pedro Mendez, que tan bizarramente se portó en la acción del día 8, y esta circunstancia hizo que el

general Santa-Anna retirara aquella brigada, á donde tuviera abrigo.

El enemigo pretendió establecer otra batería á poco más de doscientas varas del hornabeque con que estaba defendido el camino de Chapultepec á Tacubaya, pero la compañía de cazadores del bizarro batallon de San Blas, saltó los parapetos para impedirlo, protegida por una pieza de á 4 y otra de á 12 que dirigió personalmente el general Rangel.

Los fuegos enemigos siguieron más terribles y para observarlos mejor el general Santa-Anna subió á la rampa de Chapultepec, acompañado de sus ayudantes D. Antonio de Haro y Tamariz y el coronel Carrasco. Este último continuó para el castillo conduciendo municiones y encontró al general Bravo, cuyo nombre no desmentía un solo instante, almorzando con la mayor calma

en medio de una lluvia de hierro que destruía las paredes y techos del edificio. El general Bravo, aprovechando el regreso del coronel Carrasco, mandó pedir con él al general en jefe uno ó dos batallones para reforzar la guarnicion del bosque, y encontrando Santa-Anna justa esta peticion le envió al batallon activo de San Blas; pero en la tarde, sin aviso de ninguna especie, lo mandó retirar para la casa de Alfaro, lo mismo que á los batallones de Granaderos y Mixto de Santa-Anna. Unicamente quedaron en el hornabeque la guardia nacional de Morelia y la compañía de Cazadores de San Blas.

Entre seis y siete de la noche el general Bravo bajó del castillo de Chapultepec, á la puerta para conferenciar con el general Santa-Anna, y éste le comunicó su resolucion de abandonar completamente el bosque, reduciendo

la defensa á la altura de la fortaleza. Bravo hizo varias observaciones, pues que la guarnicion estaba espantada con el horroroso fuego que habia sufrido todo el día, y pedía se relevase con otra tropa. Santa-Anna contestó que tambien á las tropas de abajo les habia cundido el espanto, y de consiguiente era inútil el cambio, pero que si al amanecer atacaba el enemigo, él personalmente marcharía en su auxilio. Despues de esta entrevista el general en jefe se retiró á su centro de operaciones que era el palacio nacional de México.

El bombardeo sobre Chapultepec por las cuatro baterías americanas fué terrible desde las cinco de la mañana hasta las siete de la noche, esto es, catorce horas, y fácil es calcular lo que sufriria el edificio. El hospital de sangre improvisado en las piezas altas, estaba lleno de cadáveres y de heridos y esto

naturalmente tenía consternados á sus valientes compañeros.

En la noche, la seccion de ingenieros bajo la dirección del general Monterde, trabajó empeñosamente en reponer los blindajes, y reparar hasta donde fuera posible el estrago causado en las fortificaciones.

En la tarde, durante el bombardeo, para llamar la atención del general Santa-Anna, dispuso el general Scott que la division Quitman viniera de Tacubaya á la Piedad, amenazando las garitas de Belen y Niño Perdido, cuya circunstancia obligó al primero á retirar las fuerzas que durante el día habian combatido en Chapultepec. La citada division Quitman en union de la brigada Smith, perteneciente á la division Twigs, volvió en la noche al cuartel general, sin que su movimiento fuese notado por nuestros soldados. Tambien marcharon

siete oficiales y 125 hombres de la brigada Riley, quedando el resto de esta frente á nuestra línea Sur.

En la noche del 12 al 13 de Setiembre dictó Scott sus órdenes para emprender el asalto, que debería ser simultáneo. La division Pillow que ocupaba el Molino del Rey y la fundicion de cañones, atacaría la parte occidental de Chapultepec, sosteniéndola todos los cuerpos de la division Worth; y la division Quitman, apoyada por la brigada Smith, lo haría por el Sur, viniendo de Tacubaya por el camino de la Condesa que conduce al citado Chapultepec.

Al amanecer del 13, las baterías enemigas lanzaron nuevamente sus proyectiles y el general Santa-Anna cumpliendo su ofrecimiento al general Bravo, se presentó con sus fuerzas en las inmediaciones de Chapultepec. En el acto

hizo que el batallon de San Blas compuesto de 400 hombres, á excepcion de la compañía de cazadores, penetrara al bosque y mandó al teniente coronel Xicontecatl pidiera órdenes al jefe de la fortaleza. Poco despues fué reforzado por la 4.^a compañía del batallon de Granaderos, que envió el general Don Matías de la Peña y Barragan.

Dos compañías del Mixto de Santa-Anna cubrieron la entrada principal de Chapultepec. El resto de este batallon reforzó al de Guardia nacional de Morelia, que defendía el hornabeque, y á su izquierda se situó el de Granaderos.

Quedaron de reserva para atender á donde fuese necesatio los regimientos 1.^o, 3.^o y 4.^o ligero, 11.^o de línea, Activo de Morelia y de Guardia nacional Hidalgo á las inmediatas órdenes del general Lombardini.

Cuando Scott juzgó que los fuegos

de sus baterías habrían causado su destructor efecto en el castillo de Chapultepec dió lo señal para que las columnas dispuestas emprendieran el asalto, protegidas por las mismas baterías que no cesaron de vomitar granadas, balas y bombas.

El general Pillow encargado de asaltar la parte occidental de Chapultepec, hizo que los regimientos de cazadores, 9º y 15º y la batería para obuses de montaña y cohetes á la Congreve penetraran al bosque. La tropa mexicana que en corto número defendía aquel lado, fué obligada á retirarse á las fortificaciones interiores y los invasores continuaron hasta el pié de la cumbre. Allí se detuvieron en espera de las escalas y útiles indispensables y cuando llegaron, el capitán Mackenzie con una columna de 260 soldados escogidos y 20 artilleros y zapadores, avanzó haciendo uso

de la bayoneta. Una vez formada en batalla empezó á subir en buen orden hasta donde el terreno lo permitía. Al fin llegó al foso debajo de una granizada de proyectiles que se le dirigía. El teniente Armistead fué el primero en asaltarlo siguiéndole toda la tropa.

En la mitad de la pendiente del cerro había un reducto, pero habiéndolo flanqueado el capitán Dhase, del 15º de infantería, fué abandonado por los mexicanos que lo defendían.

Los asaltantes continuaron su avance encontrándose con el batallón de San Blas que se dirigía á reforzar las alturas, pero ya no pudo hacerlo y en la falda y pendiente del cerro se batió desesperadamente hasta concluir en su totalidad y los pocos que respetó el plomo americano fueron hechos prisioneros. Entre estos se encontraba el capitán D. Tomás Murphy, que segun dice el Sr.

Balbontin en sus "Apuntes," á pesar de estar herido, corrió el peligro de ser fusilado á causa de su apellido inglés y color rubio. (1) Murieron heroicamente varios oficiales, entre ellos D. Policarpo Aguilar, y el jefe del batallon, teniente coronel D. Santiago Xicotencatl á quien el Sr. Roa Bárcena llama con mucha justicia el héroe de la jornada.

Al mismo tiempo que los generales Pillow y Cadwalader comenzaban sus operaciones por la parte occidental de Chapultepec, la division Quitmann seguida de la brigada Smith, se movía

(1) El Sr. coronel Murphy, no obstante haber tenido á su cargo en los últimos meses del Imperio el ministerio de la Guerra, y en cuyo tiempo nos cupo la honra de ser el único empleado que trabajó á su lado, distinguiéndose con una confianza ilimitada, fué agraciado por el gobierno del Sr. D. Sebastian Lerdo de Tejada, con una pensión que disfrutó hasta su muerte, por el bizarro comportamiento que tuvo en la defensa de Chapultepec el 13 de Setiembre de 1847.

de Tacubaya y la Condesa para atacar por el Sur, y al llegar á tiro de fusil del hornabeque, Smith con sus soldados desfiló en dispersion hácia su derecha, haciendo retroceder á la compañía de cazadores de San Blas despues de batiirse denodadamente con pérdida de la mitad de la tropa y parte de sus oficiales. A la izquierda se movió la brigada Shields compuesta de los regimientos Voluntarios de Nueva York y Carolina del Sur y el 2º de Pensylvania, avanzando hasta llegar á la barda de Chapultepec y como ya había abierta una brecha, pudo penetrar al bosque en momentos que las fuerzas de Pillow acababan de destrozar al batallon de San Blas. Unidas todas las tropas continuaron su ascension al cerro, sin arrearles el nutrido fuego que se les dirigía de la altura, y al llegar á ésta, los artilleros mexicanos que habían esca-

pado de la muerte ó de alguna herida, abandonaron sus cañones; como era preciso, entró la confusión y el desorden entre los pocos defensores, pues muchos de ellos habían desertado la noche anterior, y el enemigo pudo entonces penetrar á la parte baja del castillo, haciendo prisioneros á los generales Bravo, Saldaña (herido), Dosamantes y Noriega y todos los jefes y oficiales á quienes respetó la muerte, pues no hubo uno sólo que abandonara su puesto. Entre los cadáveres estaba el general Perez Castro, dividido en dos partes por una bala de cañon, y el teniente coronel Cano, jóven yucateco de treinta y dos años de edad, con el dorso atravesado de parte á parte por el rifle de un yankee que le acechaba y pudo distinguirse entre aquellos valientes; capitanes D. Marcelo Estrada, D. Joaquín Montoya, D. Joaquín Niño de Ri-

vera y D. Felipe Esquivel, y tenientes D. Juan N. Nava y D. José María Ríos. Este último murió á consecuencia de haber reventado un cañon de á 24, que él servía.

En la parte alta del edificio seguían combatiendo los alumnos de la Escuela Militar, pero bien pronto aquellos intrépidos jóvenes y niños á pesar del fuego de amor patrio de que estaban inflamados sus pechos, tuvieron que sucumbir, cayendo en manos de una compañía del regimiento de Nueva York que subió á intimarles rendicion.

Ciento setenta y un individuos entre generales, jefes, oficiales, alumnos y soldados fueron encerrados en la biblioteca del colegio, destrozada completamente por el plomo invasor. Allí tambien se amontonaron los cadáveres y heridos, que fueron vistos con la mayor pena por los valientes prisioneros, pero

todavía fué más grande su dolor al ser arriado el glorioso pendon de Iguala para sustituirlo con la antipática bandera de las estrellas y de las barras.

Veinticuatro años despues en 8 de Setiembre de 1871, se fundó en México la asociación del Colegio Militar con los individuos que allí hicieron sus estudios en diferentes épocas, y uno de sus primeros pensamientos fué consagrar un monumento á sus compañeros que se batieron contra los americanos, pero las dificultades con que en nuestro país se tropieza con todo proyecto, debido á la falta de recursos, hizo que no pudiera llevarse á cabo sino hasta los años de 1880 y 1881, y esto por la protección que le dispensaron los señores presidentes D. Porfirio Diaz y D. Manuel Gonzalez.

El monumento está al pié del cerro de Chapultepec hácia la entrada princi-

pal. Es de mármol hermosísimo y está circundado de un elegante envejado de hierro pintado de blanco y oro. En la parte que ve al Poniente se leen los nombres de los muertos, que fueron: teniente Juan de la Barrera, alumnos Agustín Melgar, Francisco Márquez, Vicente Suarez (1), Fernando Montes

(1) En el discurso pronunciado en el bosque de Chapultepec el 8 de Diciembre de 1884 por el cabo del Colegio Militar, D. José T. de Cuellar, hoy empleado superior del Ministerio de Relaciones exteriores se refiere un episodio relativo al alumno D. Vicente Suarez.

"Perteneía, dice el Sr. Cuellar, por su pequeña estatura, á la 2.^a compañía; era delgado, nervioso y de constitucion delicada, pero de mirada viva y penetrante y de ánimo resuelto. Desde que comenzó el asalto, el fuego de fusilería se generalizó por todas las líneas. Yo me mezc é de mi orden en un peloton de seis soldados del batallón de San Blas, y me puse con ellos á hacer fuego en el pasillo ó gabieta semicircular del mirador. De siete habíamos quedado cuatro; tres soldados de San Blas murieron á mis piés y despues de haber agotado el parque de mi cartuchera, una detonación sobre mi cabeza me hizo volver la cara: el enemigo estaba á cinco pasos. En ese momento ví correr á Suarez con su pequeño fusil en la mano, á

de Oca y Juan Escutia.—Chapultepec, 13 de Setiembre de 1847.

Al Oriente aparecen los tres alumnos heridos, Andrés Mellado, Hilario Pérez de Leon y Agustín Romero. Prisioneros, general coronel D. Mariano Monterde director, capitán profesor D. Francisco Jiménez, tenientes D. Manuel Aleman, D. Agustín y D. Luis Díaz, *D. Fernando Poucel*, subtenientes *Ignacio de la Peza*, D. Amado Camacho, D. Luis Bannuet y D. Miguel Poucel, despenzaron D. Eusebio Llantadas. Al

tiempo que el primer americano bajaba la escalera. Suarez subió á su encuentro y con formidable golpe atravesó al enemigo por el estómago.

En vano busqué despues á Suarez. No supe de él, sino cuando se contaron los cadáveres [á los tres días en el cerro al lado Norte]. Si fueron aciagos y terribles los cuatro días de bombardeo al castillo, el descenso del Colegio Militar en masa fué espantoso. Al día siguiente cada sinuosidad, cada pequeña planicie de las rocas estaba señalada con grupos de cadáveres; es que había puntos en que, siendo imposible descender, no quedaba más recurso que elegir el género de muerte."

Sur se leen los nombres de los prisioneros pertenecientes á la 1.^a compañía, á saber: capitán D. Domingo Alvarado, tenientes D. José Espinosa y D. Agustín de la Peza, cabo *D. José T. de Cuellar*, tambor Simón Alvarez, alumnos Francisco Molina, Mariano Covarrubias, Bartolomé Díaz de Leon, Ignacio Molina, Antonio Sierra, Justino García, Lorenzo Pérez Castro, Agustín Camarena, Ignacio Ortiz, Manuel Ramírez Arellano, Carlos Bejarano, Isidro Hernandez, Estéban Zamora, Santiago Hernandez, *Ignacio Burgoa* y Ramon Rodríguez Arangoity, y en el lado que mira al Norte están los nombres de los prisioneros de la 2.^a compañía: teniente D. Joaquín Arguez, sargento 2.^o Teófilo Noris, corneta Antonio Noris, alumnos Joaquín Moreno, Pedro Banuet, *Ignacio Valle*, Francisco Lazo, *Antonio Pola*, Sebastian Trejo, Luis Delgado,

Ruperto Perez de Leon, *Castulo Garcia*, Francisco Morelos, Miguel Miramon (1), Gabino Montes de Oca, Luciano Becerra, Adolfo Unda, Manuel Diaz, Francisco Morelos, Vicente Herrera, Onofre Capelo, Magdaleao Ita y Emilio Laurent (2).

Diremos con el Sr. Roa Barcena: ¡noble y heroica juventud que, como primicias de su patriotismo, ofrecieron á México la libertad, la sangre ó la vida!

Durante el asalto de Chapultepec, el general Rangel seguía batiéndose en el hornabeque contra las fuerzas de Quitmann y Smith, y cuando más necesidad

(1) El alumno Miramon figura sólo como prisionero y el Sr. Daran lo considera entre los heridos. Algunos de sus compañeros que se batieron á su lado nos aseguran no haber recibido ninguna herida, pero ateniéndonos á la biografía que publica el Sr. Rivera Cambas, formada con presencia de la hoja de servicios del general Miramon, diremos que fué herido de posta en la cara.

[2] Los nombres que aparecen subrayados son de los alumnos que segun nuestros informes, viven en la actualidad.

tenía del cañon que enfilaba la calzada, se inutilizó lo mismo que los fusiles del batallon de Matamoros. El 3º Ligero fué á relevarlo, pero á ese tiempo se acababa de perder el castillo y los vencedores batían por la espalda á las tropas de Rangel.

Tambien desde el principio del ataque, el general Pillow colocó en la calzada de Anzúres para impedir que por el Norte se auxiliara á Chapultepec, al coronel Trousdale con los regimientos 11º y 14º y una seccion de la batería Magruder. Bien pronto esta fuerza trabó combate con los regimientos de granaderos y 1º ligero, que al mando del general Peña y Barragan estaban situados en la calzada de la Verónica al pié de Chapultepec. La resistencia fué heroica y segun confesion de Pillow, la artillería enemiga quedó terriblemente maltratada y herido el jefe de la co-

lumna, Trousdale. Su situación era desesperada y se salvó de una derrota completa por haber salido en su auxilio por la misma puerta del bosque el general Worth con la brigada Garland, el batallón ligero de Smith, parte de la batería de Duncan y tres escuadrones de caballería. Entonces, el general Peña, sufriendo el fuego del castillo, perdido el hornabeque, y viéndose rodeado por todas partes, consideró inútil toda resistencia que sólo conduciría al sacrificio de sus valientes, que podían seguir luchando en otro punto con mejor éxito y emprendió su retirada para la garnita de Santo Tomás en el mejor orden posible, y á poco se le incorporó el general Rangel con 100 hombres del batallón de Matamoros, igual número del Mixto de Santa-Anna y parte del 3º Ligero.

En la defensa del hornabeque y la

Verónica se distinguieron mucho los generales Peña y Barragan, Rangel y los jefes Manero, Márquez, Echeagaray y Traconis.

Momentos ántes de la pérdida del hornabeque, el general Santa-Anna se retiró á México, no huyendo del peligro, sino para preparar la defensa de las garitas, y lo acompañaba el general Lombardini con el resto del 3º Ligero al mando del mayor Lazcano, el 4º Ligero, 11º de línea, guardia nacional Hidalgo (1) y Activo de Morelia.

Serían las diez de la mañana cuando el enemigo estaba triunfante, aunque con pérdidas muy sensibles para él, pues murieron el coronel Ramson, del 9º de infantería, el teniente coronel Baxter, el mayor Twigs, el capitán Van-Olinda

[1] Mandaba el Batallón Hidalgo D. Félix Galindo, que aún vive y está empleado en la secretaría de Relaciones exteriores.

y los tenientes Gantt y Rodgers; y fueron heridos los generales Pillow y Shields, el coronel Trousdale, los tenientes coroneles Johnston y Geary, el mayor Woods, tres capitanes, veinte tenientes y cuatro subtenientes.

El general Scott, como militar entendido, al ver retirar nuestras fuerzas, consideró que de la rapidez en sus operaciones dependería el buen éxito para la toma de México, y sin dar descanso á sus soldados, destacó inmediatamente al general Worth sobre la garita de Santo Tomás y al general Quitmann sobre la de Belen, quedando de reserva el general Pillow en Chapultepec.

Como los generales Peña y Lombardini aún no entraban á la capital dispuso el primero que sostuviera la retirada el batallón de granaderos con su comandante Manero, y el segundo hizo colocar en el puente de los insurgen-

tes al batallón activo de Morelia. Su jefe, el coronel D. Joaquin Castro, acompañado de D. Antonio de Haro y Tamariz, D. Ignacio Comonfort, D. Juan José Baz y D. Vicente García Torres, ayudante del general Santa-Anna, hizo una defensa valerosa hasta concluir las municiones, replegándose luego en buen orden á la garita de Belen.

La columna Worth que marchaba sobre Santo Tomás componíase de la sección Trousdale, las brigadas Garland, Clarke y Cadwallader y una batería de cañones de sitio. Parte de estas fuerzas ocuparon momentáneamente la hacienda de la Teja, incorporándose luego, á excepcion del 6º de infantería que vino á salir á la calzada de Belen uniéndose á la division Quitmann.

La fortificacion de Santo Tomás se encontraba desartillada y guarnecida por algunos cuerpos de dragones al

mando del general Torrejon Al llegar Peña y Rangel se ocuparon las alturas con infantes y para evitar que el enemigo atacase por retaguardia, el ayudante del general Santa-Anna, D. Vicente E. Manero, con peones de Casa Blanca, rancho de su propiedad situado entre la hacienda de la Teja y el Ceboillon, hizo violentamente una cortadura en el camino que de la calzada de la Verónica conduce por aquella finca á la iglesia de San Cosme, pero Worth no lo intentó y siguió de frente sobre Santo-Tomás. Entónces los generales Peña y Torrejon salieron con el 3º de caballería á contenerlo, pero fué sin éxito, y regresaron llevando herido al jefe de ese cuerpo, teniente coronel Ramiro.

El enemigo se apoderó del panteon de los protestantes y las fuerzas mexicanas se retiraron en el mejor órden posible á la garita de San Cosme, cuya

portada y alturas inmediatas cubrieron. Worth, despues de recibir órdenes verbales del general Scott, que había llegado al mismo panteon, avanzó en persecucion de nuestras tropas y al llegar á la iglesia de San Cosme estableció dos obuses, que inmediatamente rompieron sus fuegos. La brigada Garland tomó por la derecha del acueducto, y la brigada Clarke por la izquierda con objeto de desalojar á los soldados que defendían las azoteas y flanquear la garita por sus dos costados.

El general Santa-Anna, satisfaciendo los deseos del general Rangel, envió de refuerzo á la garita de San Cosme dos compañías del 11º de infantería, el resto del 3º Ligero con su mayor Lazcano, un obús de á 24, dos cañones de á 6 y una culabrina de á 4.

Dos compañías del 1º Ligero al mando del general Peña y Barragan, situa-

das en un parapeto, hicieron retroceder al enemigo, pero reforzado éste cargó de nuevo, y fué preciso abandonarlo.

En esto se presentó el general Santa-Anna, que desde las cuatro de la mañana no se apeaba del caballo, y pudo observar con disgusto el desorden que reinaba en la garita. Dictó desde luego sus disposiciones, y los soldados reanimaron con su presencia. Las fuerzas fueron colocadas en la casa de Pinillos, á donde años despues tuvieron su habitacion los mariscales Forey y Bazaine, el convento de San Fernando y otros puntos inmediatos.

Parte de la brigada Clarke se desprendió de San Cosme y atravesando el rancho de Santa María, convertido hoy en una hermosa colonia, vino á aparecer por los potreros á donde hoy están situadas las estaciones de los ferrocarriles Central y Veracruz, es decir, entre

Nonoalco y la casa de D. Atilano Sanchez, esquina del Puente de Alvarado y Buenavista, queriendo amenazar la retaguardia del general Rangel, pero éste mandó al comandante Márquez que con el 1º Ligero, ocupara una casa fronteriza á aquel rumbo para observar y contener al enemigo, como en efecto lo hizo con buen éxito, segun lo dice en su parte el mismo general.

Entónces los americanos intentaron flanquear la izquierda de la garita, que tenía dos entradas. En la de la calzada interior de los arcos colocó el general Rangel cien infantes del 11º de línea, que rompieron inmediatamente sus fuegos sobre los asaltantes. La otra entrada era por la antigua calzada del Resguardo y para evitar que el enemigo penetrase por la casa del Molinito (1)

(1) En la antigua casa del Molinito existe hoy un jardin á donde se expenden plantas y semillas.

el citado general mandó romper la puerta á cañonazos y ordenó al coronel D. Luis Manuel de Herrera, penetrara á hacer un reconocimiento con una compañía del 3.º Ligeró, pero esta fuerza no pudo entrar dispersándose demasiado. Entonces Rangel previno al teniente coronel Echeagaray que con el resto de su cuerpo ocupara las alturas de la misma casa del Molinito, lo cual ejecutó con valor y serenidad, pero ya era tarde.

La defensa y el ataque se hacían á quemaropa y pronto quedaron fuera de combate los artilleros y mulas de los trenes. Las municiones estaban agotadas, y ninguno de los defensores había tenido á su alcance el más mínimo alimento, ni una sola gota de agua con que apagar su sed, porque las diferentes maniobras desde la madrugada, y los rudos ataques, no lo habían permiti-

tido, y por otra parte el entusiasmo por la defensa de la patria era tan grande que nadie pensó en satisfacer las necesidades de la vida. Entonces se vió el sublime patriotismo del ejército mexicano, y el refinado egoísmo de millares de personas que en medio de tanto infortunio para el país, disfrutaban de toda clase de comodidades, viendo con la mayor indiferencia lo que pasaba.

Hemos dejado al general Quitman haciendo replegar el batallón activo de Morelia, del puente de los Insurgentes á la garita de Belen, y en seguida avanzó, yendo á la vanguardia los regimientos de Rifleros y Carolina del Sur, interpolados seis hombres bajo cada arco. A retaguardia marchaban el 2.º de Pensilvania, 6.º de infantería (procedente de la hacienda de la Teja) y el resto de las brigadas Shields y Smith. Toda la columna se dirigió resueltamente sobre

la garita, que fué asaltada y tomada cosa de las dos de la tarde.

Como se recordará estaba á cargo del general D. Andrés Terrés y la guarnecían los batallones activos 1º y 2º de México, Guanajuato y Morelia, y los de Inválidos y Guardia nacional de Lagos. Al acercarse el enemigo se le rompió el fuego de fusil y de cañon, pero el general Santa-Anna sin obrar de acuerdo con Terrés, ni participárselo siquiera, hizo algunas variaciones en la línea de defensa, que como era natural tenían que ser muy perjudiciales.

El general Terrés despues de haber combatido valerosamente se retiró con su gente á la Ciudadela, cuyas baterías y las del paseo de Bucareli no cesaron de disparar sobre las fuerzas de Quitmann, que no se atrevió á seguir adelante, manteniéndose en la garita y la arquería frente á la misma Ciudadela.

El general Santa-Anna se encontraba en aquellos instantes por el rumbo de San Cosme y al participársele el abandono de la garita de Belen vino inmediatamente á la Ciudadela con sus fuerzas de reserva. Allí encontró al general Terrés y sin oír explicaciones de ninguna clase, cegado por la cólera y la desesperacion, se arrojó sobre Terrés, dándole de latigazos en la cara; mandó además se le arrancasen las divisas y la espada y que fuera arrestado en la misma Ciudadela. Es muy sensible haya obrado de esta manera el general Santa-Anna, tan celoso de la dignidad del soldado, y al hablar de este punto el general Terrés en su parte al Ministerio de la Guerra, dice: "Mi resentimiento personal cedió ante la disciplina que ha sido siempre la norma de mi carrera militar. Yo no ví en aquel momento en S. E. más que al caudillo del

ejército nacional," y el general Santa-Anna cuando volvió al poder en Abril de 1853, uno de sus primeros actos fué separar aquella injusticia, expidiendo un decreto para que se considerase al Sr. Terrés como general de brigada efectivo, con la antigüedad de 23 de Febrero de 1847, recompensando de esta manera los distinguidos servicios que prestó ese día en la batalla de la Angostura, y como ya había muerto, su viuda é hijas deberían disfrutar el montepío correspondiente.

Pasado el lance desagradable que acabamos de referir, mandó el general Santa-Anna se batiese la garita de Belén con el cañon situado en la fuente de la Victoria, encomendando esta operacion á su ayudante el coronel Carrasco, y á la vez D. Antonio de Haro y Tammariz discurrió colocar una pieza del otro lado de los arcos hacia la antigua

casa de ejercicios, convertida actualmente en cárcel nacional, con objeto de desalojar á los rifleros que parapetados en la arquería hacían fuego á la Ciudadela. El coronel Castro con unos cuantos soldados secundaba al Sr. Haro desde la azotea de la misma casa de ejercicios.

«El coronel Carrasco, dicen los autores de la obra «Apuntes para la historia de la guerra,» con solo dos artilleros y un puñado de paisanos, trasportaba la pieza en todas direcciones y aprovechaba perfectamente todos sus tiros, de manera que realmente equivalía á una batería completa. El valiente oficial que mandaba la pieza situada en las cercanías de Belén de las Mochas, por su parte hacía tambien muy buenas punterías, hasta que sucumbió víctima de su arrojo y patriotismo. El mejor elogio que puede hacerse de estos mili-

tares, es referirnos á lo que el general Quitmann asienta en su parte oficial, donde pone las siguientes palabras: *«Cuando yo creía haber vencido á los enemigos y arrojados de la garita recibían mis tropas una lluvia de fierro.»*

Sin embargo del valor desplegado por nuestros soldados, ningun resultado favorable se obtuvo, y una columna que intentó reocupar la garita de Belen, fué rechazada por la artillería enemiga, quedando Quitmann en pacífica posesion de aquel punto como á las cinco de la tarde.

Por el rumbo de San Cosme, el general Rangel despues de hacer poderosos esfuerzos en la garita, tuvo que retirarse dejando tres cañones por falta de mulas, é hizo alto frente á la casa de los Pinillos, mientras bajaban las fuerzas que allí habla.

El general Santa-Anna dió orden

para que todas las tropas se concentrasen en la Ciudadela, incluyendo en ellas la seccion de 600 hombres que al mando del gobernador del Estado de México, D. Francisco Modesto de Olaguíbel, había hostilizado al enemigo durante algunos días por Santa Fé y Rio Hondo.

Cosa de las siete de la noche entró á la Ciudadela el último soldado de la brigada Rangel, y el general Santa-Anna pudo observar la desmoralizacion en que se encontraban todos los cuerpos, sin poderse ya esperar nada bueno, pues como ya hemos dicho, no habían probado un solo bocado, y además se les adeudaban cuatro días de socorro.

A las ocho de la noche el general presidente reunió en un pabellon al oriente de la Ciudadela, al ministro de la Guerra Alcorta, al director de artillería, Carrera, á los generales Lombardini y

Perez, al Lic. Betancourt, á D. Domingo Romero y al Sr. Olaguibel con objeto de pedirles su opinion, sobre si debia ó no continuar la defensa. El general Carrera, á quien secundaron despues sus compañeros Alcorta, Lombardini y Perez, dijo que la defensa no podia ser favorable, por la suma desmoralizacion y por haberse perdido una gran parte de la artilleria y armamento. El Sr. Olaguibel opinó porque se convocara una junta más numerosa en el palacio nacional con asistencia de los ministros y mayor número de generales, pero en nuestro concepto esa reunion demandaba algunas horas, y no habia que perder un solo instante. Por fin, el general Santa-Anna dispuso se evacuara la capital, nombrando general en jefe del ejército al Sr. Lombardini, y 2º en jefe á D. Francisco Perez.

El general Lombardini dió sus órde-

nes para la salida de las tropas, y la caballería al mando de D. Juan Alvarez marchó inmediatamente para San Cristóbal Ecatepec, lugar en que fué inmolado el ilustre caudillo Morelos, quedando en la Villa de Guadalupe el Regimiento de Húsares.

La infantería salió en cuatro secciones hácia la misma villa, por distintas calles, á fin de que no se estorbasen mutuamente. La 1ª seccion compuesta de la guardia nacional de Toluca al mando de Olaguibel, la 2ª de los batallones de Lagos, Iturbide y Tula, á las órdenes del comandante Arroyo; la 3ª con muchos piquetes de diferentes cuerpos al mando del general Martinez, y la 4ª con los restos de los cuerpos 1º, 2º, 3º y 4º ligero y 11º de línea á las órdenes del general Perez.

Al terminar la junta de guerra se presentó el Sr. D. Ignacio Trigueros y

en su coche se llevó al general Santa-Anna á su casa, calle de Chavarría número 31. Allí se le sirvió una ligera cena á que concurrieron además algunos de sus ayudantes y amigos.

Muchas personas se presentaron en la casa del Sr. Trigueros, pocas á pretender continuara la defensa, y las más á suplicar acabara de evacuarse la ciudad porque se temían grandes desgracias y además porque no había de proporcionar la población ningunos recursos.

El general Santa-Anna despues de cenar se dirigió á la garita de Peralvillo, á donde estaba reuniéndose la infantería y como era natural hubo una desercion considerable.

A la una de la mañana del 14 de Setiembre se continuó la marcha para la villa de Guadalupe, quedando desguarnecida la ciudad y con el enemigo en

las garitas de Belen, San Cosme, convento de San Fernando y otros puntos inmediatos.



FC. ESTERIO
VALVERDE Y TELLEZ

CAPITULO XII.

Protesta del Ayuntamiento.—Ocupacion de México.—Combate en las calles.—Marchas y contramarchas del ejército mexicano.—Renuncia la presidencia el general Santa-Anna.—Fin de la campaña del Valle de México.

Una vez desocupada la capital de la República, el Ayuntamiento, que desde las primeras horas de la noche del 13 había estado reunido en la sala de cabildos del palacio municipal, envió en comision al cuartel general enemigo, sito en Tacubaya, á los regidores D. José Urbano Fonseca, D. José María Zaldívar, D. Juan Palacios (que poseía muy bien el inglés) y el oficial mayor Don Leandro Estrada, quienes á las cuatro de la mañana del 14 se presentaron en Tacubaya al general Scott con la si-

guiente protesta: «El Ayuntamiento de México protesta del modo más solemne á nombre de sus comitentes, ante la faz del mundo y del general en jefe del ejército norteamericano, que si los azares de la guerra han puesto á la ciudad en poder de los Estados Unidos del Norte, nunca es su ánimo someterse voluntariamente á ningun jefe, persona ni autoridad, sino á las que emanen de la Constitucion federal sancionada por el gobierno de la República Mexicana, sea cual fuere el tiempo que de hecho dure la dominacion extraña.» (1) Presenta-

(1) Firmaban la protesta el alcalde municipal D. Manuel Reyes Veramendi; los regidores D. Juan María Flores y Terán, D. Vicente Pozo, D. Lucio Padilla, D. Rafael Espinosa, D. José Urbano Fonseca, D. Agustin Diaz, D. José María Bonilla, D. Mariano de Beraza, D. Juan Palacios, D. Pedro Tello de Meneses, D. Leonardo Pinal, D. Mariano de Icaza y Mora, D. José María Aguayo, D. José María Zaldívar, D. Antonio Balderas, D. Antonio Castañon y D. José María de la Piedra o el oficial mayor D. Leandro Estrada. Este último y los Sres. Pozo y Padilla viven todavía.

ron además algunas proposiciones en favor de la ciudad y sus habitantes pacíficos, y Scott, á reserva de ocuparse más tarde de varios asuntos, ofreció por su propio honor, la dignidad de los Estados Unidos y el espíritu del siglo, conceder todas aquellas garantías que fuesen compatibles, y por último manifestó impondría á la ciudad una contribucion moderada para objetos especiales.

Retirada la comision del Ayuntamiento, mandó Scott sus órdenes para que los generales Wort y Quitmann avanzasen á la ciudad lenta y cautelosamente, y ocupasen los puntos más fuertes y dominantes.

El general Quitmann á la hora del alba ocupó la Ciudadela, adonde encontró treinta piezas de artillería, estando la mitad desmontadas; despues continuó hácia el centro por las calles de Humboldt, 1ª de la Providencia, Alco-

nedo, Nuevo México, Rebeldes, S. Juan de Letran, 1ª, 2ª y 3ª de San Francisco y Plateros hasta la plaza de armas. Una vez en ésta, el capitan Roberts fué designado para enarbolar en el palacio nacional la bandera americana, á cuya operacion le ayudó por fuerza el guarda mayor del alumbrado Pomposo Gómez.

El general Worth, cuyas tropas ocupaban San Cosme y San Fernando, avanzó á las cinco de la mañana por las calles de San Hipólito, ocupando la Alameda, y calle de Corpus Christi, pero por orden superior se detuvo la cabeza de la columna en la esquina del Puente de San Francisco y callejon de López.

El general en jefe Scott, montado en un corpulento caballo y seguido de un numeroso Estado mayor, entró á la plaza de armas á las ocho de la mañana.

siendo saludado con entusiasmo por sus soldados.

Nuestro pueblo que había dormido en la creencia de que el general Santa-Anna no abandonaría la ciudad, al despertar y ver que en el palacio nacional ondeaba el pabellon de las estrellas no pudo contener su ira é indignacion, y pronto llegó á las vías de hecho, rompiendo un vivo fuego de fusilería desde las esquinas de las calles, puertas, ventanas y azoteas de algunas casas. El primer tiro se dirigió al general Worth, que estaba á caballo en la esquina del callejon de López, pero no le dió á él, sino que fué á herir en una pierna al coronel Garland.

El combate se generalizó y en todas las calles que ocupaban los invasores se peleaba con arrojo y entusiasmo, y los mexicanos que no tenían armas hacían uso de palos y piedras.

La conducta del pueblo mexicano indignó á los generales americanos que creían no tener ya enemigo alguno y Scott dictó medidas muy enérgicas, previniendo que con los obuses y piezas de sitio fuesen voladas las casas de donde salían los disparos, pero por fortuna no se efectúo, debido á la falta de pólvora, que era preciso traer de Chapultepec, pero multitud de casas fueron abiertas á hachazos, subiendo los soldados á las azoteas, y asesinando á cuantos caían en sus manos, quizá muchos inocentes, como la confiesa el mismo general Worth.

Sobre este particular leemos en la obra "Apuntes para la historia de la guerra:" "Aun en medio del combate, los enemigos se entregaron á los más infames excesos: horribles fueron los desastres que señalaron la ocupacion de México. El que no haya visto á una

poblacion inocente, presa de una soldadesca desenfrenada, que ataca al desar-
mado, que fractura las puertas de los
hogares para saquearlos, asesinando á
las pacíficas familias, no puede formar
se idea del aspecto que presentaba en-
tonces la hermosa cuanto desgraciada
capital de la República. Una tropa or-
denada, disciplinada y bien organizada
que aparece triunfante en una pobla-
cion, causa á los habitantes solamente
el pesar de ser subyugados por la fuer-
za; pero un ejército mal equipado en su
mayoría, desordenado y vicioso, que os-
tenta con el descaro de la embriaguez
adesios del juglar en sus vestidos, y
la feroz brutalidad del salvaje en sus ex-
cesos, más que al soldado valiente re-
presenta al bandido, y causa á la vícti-
ma de su iniquidad más que el pesar
del vencimiento, la vergüenza de la hu-
millacion.„

El Ayuntamiento de México á pesar
de comprender la justa ira del pueblo,
tenía primero que cumplir con sus sa-
gradas obligaciones en favor de la ciu-
dad que representaba, expidió una pro-
clama instando por el restablecimiento
de la tranquilidad, pero sus palabras no
fueron oídas porque los ánimos estaban
muy exaltados, y sólo con la entrada
de la noche se suspendió el combate.

Un individuo del pueblo llamado
 Próspero Perez al romperse las hostili-
dades en la mañana, marchó en busca
del general Santa-Anna para solicitar
un auxilio, y lo alcanzó en San Cristó-
bal Ecatepec, adonde estaba con la ca-
ballería, pues el general Herrera desde
la madrugada había salido de Guadalu-
pe Hidalgo para Tlalnepantla. El ge-
neral Santa-Anna vino inmediatamen-
te á México y en la garita de Peralvil-
lo mandó construir una fortificacion

que pusiera á cubierto á su infantería, compuesta de trescientos surianos, é hizo entrar en la ciudad los regimientos 1º y 9º de Guanajuato. Uno de éstos acometió por las calles de la Concepcion y Santa Isabel al 8º de infantería, que mandaba el mayor Montgomery. Juzgando el general en jefe sin ninguna importancia el movimiento del pueblo y que pronto sería vencido, dispuso á la oracion de la noche retirarse con sus fuerzas á la villa de Guadalupe, y como desde San Cristóbal había mandado orden al general Herrera para que regresara á México, le envió contraorden y que siguiera para Querétaro.

Amaneció el 15 de Setiembre y cuando se creía aplacada ya la ira popular, volvió á resonar el estallido de las armas. Se renovaron las terribles escenas del día anterior y el general Santa-Anna volvió á Peralvillo, pero todo fué

en vano, cesando las hostilidades á la oracion de la noche, y el 16 aniversario de nuestra gloriosa independencia, el general Scott estaba ya en pacífica posesion de nuestra hermosa capital.

El general Santa-Anna hizo dimision ese mismo dia en la villa de Guadalupe de la presidencia de la República, disponiendo se encargara de ella el Presidente de la Suprema Corte de Justicia D. Manuel de la Peña y Peña, asociado de los generales D. José Joaquin de Herrera y D. José Lino Alcorta. En seguida se puso en marcha rumbo á Puebla.

La infantería desde el 15 en la mañana había salido de Cuautitlan para Huehuetoca, y cuando llevaba una hora de reposo, se presentó el teniente coronel D. José María Velazquez de la Cadena, ayudante del general Santa-Anna, con orden de éste para regresar á México.

Notable fué el disgusto de los soldados con tanta marcha y contramarcha, cometiendo muchas faltas de disciplina y subordinacion, y este desorden cundió hasta el batallon de Inválidos. La infantería regresó á Cuautitlan, habiéndose desertado como mil hombres, allí pasó la noche y cuando el dia 16 se disponía á continuar para la capital, llegó otra orden del general Santa-Anna para que definitivamente marchara á Querétaro, á cuya ciudad llegó ocho días después, habiendo hecho jornadas muy penosas por la absoluta falta de recursos.

Así terminó la campaña en el Valle de México; y ya se ha visto que á pesar del valor y patriotismo del ejército, desde su general en jefe, hasta el último soldado, nos fué adversa la suerte debido á multitud de circunstancias, entre otras, las diferencias que existían entre

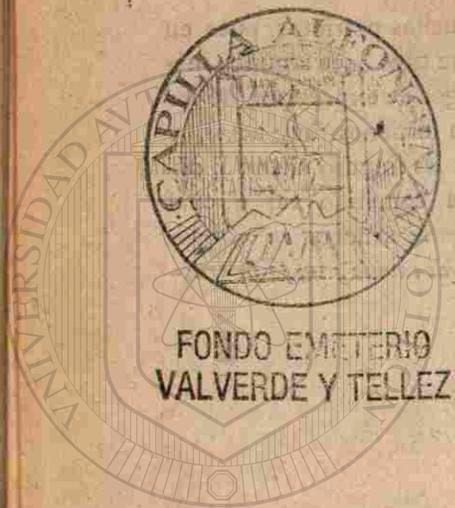
los generales Santa-Anna y Valencia, y la desobediencia del general D. Juan Alvarez para cargar con la caballería en la accion del 8 de Setiembre. Todos los cuerpos permanentes y de guardia nacional se distinguieron de una manera extraordinaria, tanto en Padierna como en el convento y puente de Churubusco, Molino del Rey, Chapultepec y las garitas de Santo Tomás, San Cosme y Belen. La mayor parte de aquellos valientes generales, jefes y oficiales han desaparecido de la tierra en un trascurso de cuarenta años y hoy sólo quedan uno ó dos centenares de ancianos enfermos, achacosos y pobres, puesto que desde la caída del Imperio en 1867, perdieron sus empleos.

Entre ellos recordamos á los valientes generales: D. Leonardo Márquez y D. Miguel María de Echeagaray, que en 1847 eran respectivamente coman-

dante de batallón y teniente coronel y mandaban el 1.º y 3.º Ligeros, cuyos bizarros cuerpos rechazaron al invasor americano el memorable 8 de Setiembre en las lomas del Molino del Rey; D. Félix Zuloaga, D. José María Alfaro, D. Miguel Andrade, D. Carlos Orozco, D. Felipe N. Chacón, D. Ignacio Orihuela, D. Agustín Zires, D. Manuel Díaz de la Vega, D. José Velázquez de la Cadena, D. Domingo Sotomayor, D. Nicolás Medina, D. Alejo Barreiro y D. Platon Roa.

Sea cual fuere la conducta política observada posteriormente por los ilustres veteranos de 1847, no vacilamos en levantar nuestra humilde voz al Sr. Presidente de la República, general D. Porfirio Díaz para que les tienda una mano compasiva, rehabilitándolos en sus empleos, y es de creerse lo haga dicho señor cuando tan buen concepto tiene

formado de aquellos patriotas, pues en una reunión que tuvo hace algunos meses, varios amigos se expresaron de los imperialistas en términos muy acres, y el general Díaz les impuso silencio, diciendo: "habrán cometido tal ó cual error político, pero, señores, *en ningún pecho mexicano ha cabido jamás la traición.*"



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

